

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

CADÁVER

— LIBRO 3 —

NICK CLAUSEN

Copyright © 2024 de Nick Clausen

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir ninguna parte de este libro en ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permita la ley de derechos de autor de los EE. UU.

CONTENIDO

LIBRO GRATIS

1. Chapter 1
2. Chapter 2
3. Chapter 3
4. Chapter 4
5. Chapter 5
6. Chapter 6
7. Chapter 7
8. Chapter 8
9. Chapter 9
10. Chapter 10
11. Chapter 11
12. Chapter 12
13. Chapter 13
14. Chapter 14
15. Chapter 15
16. Chapter 16
17. Chapter 17
18. Chapter 18

19. Chapter 19

20. Chapter 20

21. Chapter 21

22. Chapter 22

23. Chapter 23

24. Chapter 24

25. Chapter 25

26. Chapter 26

27. Chapter 27

28. Chapter 28

29. Chapter 29

30. Chapter 30

31. Chapter 31

32. Chapter 32

33. Chapter 33

34. Chapter 34

35. Chapter 35

36. Chapter 36

37. Chapter 37

LIBRO GRATIS



¿Quieres saber cómo empezó todo?

Todas las respuestas están en la precuela gratuita, *Draug*, que recibirás cuando te unas a mi boletín gratuito en:

nick-clausen.com/draug-es

1

—¿Están... infectados? —repite Marit, digiriendo visiblemente lo que Ella acaba de decirle—. ¿Pero cómo...?

—No importa cómo —la interrumpe Ella, recogiendo su bolsa de deporte, que, afortunadamente, no había desempacado—. Lo único que importa es salir de la casa y alejarnos de ellos. No son ellos mismos, ¿entiendes? Están... delirantes. Agresivos. Están tratando de atacarnos porque no nos reconocen.

Marit traga saliva, sacude la cabeza y parpadea repetidamente—. No... no entiendo...

—No necesitas entenderlo —dice Ella, levantándola del suelo—. Solo vístete.

Otro gemido se escucha al otro lado de la puerta. Este suena mucho más cerca; lo suficientemente cerca para que Marit también lo escuche—. ¿Eso es...?

—Sí —responde Ella, cogiendo los pantalones de Marit y lanzándoselos—. ¡Vístete!

Gunnar llega hasta la puerta y choca contra ella, o al menos eso supone Ella, ya que probablemente Greta no se ha convertido todavía. Por suerte, no intenta abrirla. Al menos no de inmediato. Aparentemente, ha olvidado cómo funcionan las puertas.

Ella gira sobre sí misma, buscando algo, lo que sea, para bloquear la puerta. Esta se abre hacia adentro, lo que significa que una silla o algo similar para trabar el pomo podría funcionar. Pero Marit solo tiene una silla de escritorio con ruedas, y no servirá. En cambio, Ella se da cuenta de la estantería justo al lado del marco de la puerta. Está montada en la pared, apoyada sobre unos soportes metálicos, y hay un espacio de unos centímetros entre la pared y la estantería. Lo que significa que algo puede atarse alrededor del soporte.

—¿P-papá? —pregunta Marit, con la voz temblorosa al empezar a comprender—. ¿Eres tú?

—¡No le hables! —le espeta Ella—. Ya te lo he dicho, no puede reconocerte.

Mientras habla, Ella se dirige al escritorio, arranca el cargador de Marit del enchufe y lo lleva a la puerta. Lo enrolla alrededor del soporte de la estantería y luego alrededor del pomo, formando un nudo. No es fácil, pero lo hace lo mejor que puede. Incluso a través de la puerta, puede oler a Gunnar. Aparentemente, él también la percibe, porque comienza a palpar más ansiosamente, gruñendo, jadeando y chasqueando los dientes.

Marit dice algo, pero Ella no la escucha, ya que está concentrándose en el cable.

Es entonces cuando Gunnar, probablemente por casualidad, gira el pomo y la puerta se abre.

Ella emite un grito y empuja instintivamente.

Pero algo está atascado: el pie de Gunnar, y no puede cerrar la puerta por completo. Él comienza a presionar desde el otro lado, metiendo las manos, y mientras trata de alcanzarla, Ella no tiene otra opción: suelta la puerta y retrocede.

Mirando cómo la puerta se abre unos centímetros más, está segura de que el cable se romperá y Gunnar irrumpirá en la habitación. Se prepara mentalmente para enfrentarlo.

Pero el cable aguanta. La puerta solo se abre unos quince centímetros. Es suficiente para que él meta ambos brazos, pero no para que se cuele. En su lugar, Gunnar presiona su cara contra la abertura, intentando meter la cabeza.

Marit comienza a gritar, y Ella no la culpa. Su padre es un espectáculo horrible. Además de su tez verdosa y sus ojos completamente negros, gran parte de su cara está manchada de sangre, y su mandíbula, mentón y cuello son un manojo de carne expuesta, completamente desgarrada, con piel y tendones colgando como si fueran hilos de mozzarella.

Empuja contra la puerta con movimientos rítmicos, gruñendo y jadeando y sus dedos arañando la madera. Con cada empujón, el cable se estira, y el nudo que Ella logró hacer se pone a prueba. Parece aguantar, al menos por ahora.

«Muévete», se dice.

Ella aparta los ojos de su tío, girándose hacia Marit, que sigue gritando a pleno pulmón. Se coloca frente a ella, bloqueando su vista. Marit sigue gritando, mirándola fijamente, y Ella hace lo que ha visto en las películas: la abofetea con fuerza.

Su prima resopla, parpadea y comienza a sollozar. Pero al menos deja de gritar.

—Lo siento —le dice Ella—. Pero tenemos que irnos.

Arrastra a su prima llorosa hacia la ventana. Marit sigue intentando mirar hacia atrás, pero Ella la sujeta firmemente del brazo—. No lo mires —le ordena—. Haz como que no está.

Sabe que es inútil, por supuesto. Pero para su sorpresa, Marit deja de intentar girarse.

Esto libera las manos de Ella, y ella abre la ventana de inmediato. Está dividida en el medio por un poste vertical, y solo la mitad derecha puede abrirse. Por suerte, se abre como una puerta, hacia el aire frío de la mañana. Ella se asoma y mira hacia abajo. Hay una caída de unos cuatro metros que termina abruptamente en el césped helado. El salto probablemente se pueda hacer sin romperse nada, pero Ella duda que pueda convencer a Marit de eso. Gira la cabeza y ve un tubo justo al lado de la ventana.

Perfecto.

—Marit —dice, volviendo al interior y agarrando a su prima por los hombros, forzándola a mirarla a los ojos—. Vamos a bajar ahora. Tú primero. Vamos.

Marit asiente sin casi hacer contacto visual y Ella la ayuda a subirse al alféizar. Siente que Marit se tensa y empieza a resistirse en cuanto ve la caída.

—No mires hacia abajo —le indica Ella—. Agárrate al tubo.

—No puedo... no puedo agarrarme —gimotea Marit—. Está demasiado lejos.

Un golpe se escucha desde atrás. Ella lanza una mirada hacia la puerta. Gunnar sigue presionando, y el nudo parece querer ceder en cualquier momento.

Marit sigue agachada en el alféizar de la ventana—. No creo que pueda hacerlo, Ella...

—¡Venga! ¡Ahora, Marit! O será demasia...

El cable se suelta, la puerta se abre y Gunnar irrumpe en la habitación. Se dirige hacia ellas de inmediato.

—Cambio de planes —se oye decir Ella a sí misma. Entonces empuja a Marit con fuerza por la espalda.

2

«¿Qué estoy haciendo aquí?»

La pregunta la ha estado atormentando durante horas. Desde que habló por teléfono con Ella. ¿Por qué no la ha llamado de vuelta? ¿Está a salvo? ¿Le habrá pasado algo? Anne ha intentado llamarla varias veces, pero no ha obtenido respuesta. Debería estar allí, en Mo. Si alguna vez Ella la necesitaba, ahora es el momento.

«Debería irme ahora mismo. Es un viaje de cincuenta minutos si ignoramos el límite de velocidad. Podría llevarme el coche patrulla, encender las sirenas. De esa manera, no me detendrían».

Y sin embargo, Anne se encuentra atada a su deber. Es una locura. Pero así fue criada.

Tiene una sensación en el estómago de que todo esto puede salirse de control. Que lo hará a pesar de sus mejores esfuerzos. Se está propagando demasiado rápido. El virus es demasiado agresivo. Nunca se han enfrentado a algo así antes. El COVID se queda en nada en comparación con esto. No solo el tiempo de incubación es mucho más corto, también es una enfermedad mucho, mucho peor. Los infectados no parecen simplemente enfermos. Parecen...

Muertos.

La palabra sigue parpadeando en su mente mientras observa las imágenes en la pantalla montada en la pared. La cantina huele a café y productos de limpieza. El sándwich que compró en la máquina expendedora sigue envuelto en celofán frente a ella.

Como sociedad, mejor dicho, como humanidad, esta es quizás la peor prueba que jamás enfrentarán. La peste bubónica, la gripe española, la viruela, incluso el VIH... ninguna de esas se comparará con esto si el virus cruza las fronteras del país. Con cada minuto que pasa, Anne se siente más segura de que lo hará, si no lo ha hecho ya. ¿Quién sabe si alguien ha cruzado la frontera con Suecia? ¿Alguien escondido en el maletero de un coche? ¿O peor, alguien con una

fiebre leve abordando un avión hacia algún destino en Europa Central? ¿Tal vez alguien colándose en un barco con destino a Inglaterra?

Anne aparta deliberadamente esos pensamientos sombríos. Aún queda esperanza. Todavía hay una oportunidad de detenerlo. Necesita creer en eso.

A pesar de que lo que está pasando, las noticias parece contradecirlo. La televisión está mostrando imágenes de Torik. Los reporteros van de ida y vuelta del estudio a las calles. Todos tienen expresiones serias y siguen usando palabras como "desastre", "fatalidad", "pánico" e incluso "caos", Anne intenta no escuchar. Pero no puede evitarlo. Tampoco puede evitar recordar la voz de su hija.

—Gunnar estaba infectado. Está muerto.

No puede creer que su hermano se haya ido. Pobre Gunnar. Crecieron juntos, y aunque ya no eran tan cercanos, Anne siente que un profundo sentimiento de tristeza se asienta en su estómago, justo al lado del miedo por la seguridad de su hija.

Gunnar era un tipo duro, sin duda. Y, sin embargo, todo lo que hizo falta fue una pequeña herida para acabar con él. Anne no tiene ilusiones de que este mal pueda superarse. Si Gunnar no pudo, nadie podrá. Incluso duda que alguna vez encuentren una vacuna o algo que promueva la inmunidad. Por ahora, la única acción posible es detener la propagación. Contener a los infectados, mantenerlos separados del resto de la sociedad. Y eso es prácticamente lo único que han estado haciendo. Y hasta ahora, están fracasando. Miserablemente.

Primero Torik. El hospital está prácticamente perdido. Es imposible que alguien pueda seguir con vida ahí dentro. A juzgar por la cobertura mediática, parece que ni siquiera están tan preocupados por mantener el perímetro alrededor del edificio. Porque ahora la ciudad también está cayendo.

Luego Mo. Gunnar era responsable de esa zona. Anne entiende cómo probablemente Gunnar se sintió confiado de que podría curarse. Aun así, lo que hizo es imperdonable. Abandonar su puesto. Exponer a otros al peligro (su propia familia) y propagar la infección mucho más allá de la zona cero inicial.

Simultáneamente, el virus ha llegado a Trondheim, donde está Anne. Uno de los pacientes en cuarentena en Torik trajo involuntariamente a un infectado en la parte trasera de la ambulancia que Anne misma detuvo. Otro acto estúpido de...

Su teléfono vibra en la mesa, y se da cuenta de que se estaba quedando dormida, ya que el sonido casi la hace caer de la silla. Lo coge.

No es Ella. Es un número de servicio. Contesta la llamada—. ¿Nilsen?

—Anne, soy Bo. Necesito que te quedes donde estás.

Anne se ha levantado, ya dirigiéndose hacia la puerta. Ahora se detiene, frunciendo el ceño—. ¿Qué has dicho?

—Lo sé. La cosa está bastante mal aquí abajo. Estamos intentándolo, pero...—Su superior hace una breve pausa, y Anne puede oír gritos de fondo—. Incluso nuestra propia gente se está infectando, por el amor de Dios. ¿Crees que nos darían un equipo adecuado, no? Pero lo han mandado todo al norte, y ahora nos toca limpiar este desastre que nadie pensó que llegaría hasta aquí.

—Pero... espera, Bo —dice Anne, agarrando el mando a distancia de la mesa y quitando el sonido de la televisión. Estaba mucho más alto de lo que ella pensaba. El silencio es ensordecedor—. Aún tienes contenida la calle, ¿verdad?

Bo resopla, lo que no es buena señal. Nunca ha oído a su jefe, que normalmente es calmado, hablar así—. Olvídate de la Calle Odin, Nilsen. Ni siquiera podemos contener el barrio. Por cada nuevo incidente, tenemos que retirarnos, y estamos dejando gente adentro, gente sana, algunos de los nuestros, maldita sea... Y el círculo está creciendo exponencialmente. Por eso te llamo...

Anne está mirando la puerta del frigorífico, leyendo distraídamente una nota escrita a mano que alguien dejó pegada: "En caso de emergencia... reza a Jesús". De repente, con la televisión silenciada, puede oír ruidos de fondo, y no todos vienen del teléfono. Gira la cabeza hacia las ventanas. Están demasiado altas como para ver otra cosa que el cielo azul. Un coche toca el claxon. Alguien grita. Se escucha un ruido, tal vez una puerta que se cierra de golpe. Y más cerca, de forma más sutil, puede oír gruñidos bajos, que podrían ser un perro enfadado advirtiéndole a cualquiera que no se acerque. Excepto que ella sabe que el sonido proviene de un ser humano. Ya lo había oído antes.

Dios mío... Estaba aquí sentada, mientras todo se descontrola afuera...

—Pronto llegará a tu posición —sigue Bo en su oído—. Necesito que tomes el control. He retirado a Botten, y Thune iba de camino a ti cuando fue redirigido aquí. Así que te toca a ti, Nilsen. Mantén a quien esté contigo ahí, no dejes que nadie salga y se meta en problemas. No queremos...

—No hay nadie aquí —Dice Anne—. Estoy sola.

—Bueno... eso es bueno. No tienes de qué preocuparte, entonces. Asegúrate de estar a salvo. Tienes provisiones, ¿no?

—Hay comida aquí, sí. Para unas semanas, al menos.

—Bien. No creo que sea tarde tiempo, pero la ayuda podría tardar en llegar. Para ser sincero, creo que al final tomarán medidas mucho más contundentes. Pero no digas que fui yo quien lo dijo.

En un destello, como una premonición, Anne ve aviones de caza sobrevolando, lanzando botes de gas. Infantería conduciendo por las calles en vehículos de combate, disparando a cualquier cosa que se mueva. Drones aterrizando con bombas de precisión.

—Cristo —susurra—. Está bien. Gracias por el aviso, Bo.

—Refúgiate, Nilsen. Espera. No hagas ninguna tontería.

—No lo haré. ¿Alguna noticia de Mo?

—No que yo haya oído, no. Lo siento, Nilsen. Sé que tu hija está allí, y...—Alguien grita de fondo, y Bo murmura—: ¡Mierda! —y luego cuelga abruptamente.

Anne se queda mirando el teléfono en su mano. Su corazón late desbocado en su pecho.

La idea de estar atrapada aquí, sola, durante semanas, es incluso peor que la idea de luchar en las calles. Al menos ahí afuera podría actuar. Aquí, solo puede sentarse y esperar. Y lo peor: no podrá llegar hasta Ella.

Voy a ir, piensa, guardando el teléfono en su bolsillo. Voy a por ti, Ella.

3

Ella escucha a Marit gritar al caer. Luego el sonido se corta con un golpe seco.

No pierde tiempo en comprobar si su prima está bien. En su lugar, agarra la silla del escritorio y la lanza rodando hacia Gunnar. Él debería verla venir, pero no parece importarle. Camina directamente hacia ella, haciendo exactamente lo que Ella esperaba: se cae.

Esto le da a Ella los segundos que necesita para subirse al alféizar de la ventana. Puede oír a Marit quejarse desde el césped, y cuando mira hacia abajo, espera verla sentada allí. Pero Marit está arrastrándose, dirigiéndose hacia el otro extremo del jardín. Esto confunde a Ella, hasta que Marit lanza una mirada hacia atrás. Siguiendo su mirada, Ella ve la razón por la cual Marit está ocupada alejándose: Greta aparece por la esquina de la casa.

¿Cómo ha salido?

Ella no tiene tiempo para pensar en la pregunta, ya que capta un sonido detrás. Gunnar ya está de pie, y medio segundo antes de que pueda agarrarla, decide saltar.

Ha hecho gimnasia después de la escuela y sabe cómo caer correctamente. Sin embargo, este es, de lejos, el salto más alto que ha hecho, y no la espera un colchón, sino el suelo sólido y congelado.

Amortigua la caída lo mejor que puede, agrupándose y rodando. El impacto es lo suficientemente fuerte como para enviar sacudidas de dolor por sus piernas. Pero no se rompe ni se disloca nada, lo cual es todo lo que esperaba. Se levanta de un salto; sus rodillas y espinillas le duelen, pero puede caminar. Lo que es una ventaja porque Greta ya se encuentra a pocos metros.

Ver los ojos negros como la tinta y la cara verdosa de su tía es algo horrible más allá de la imaginación, amplificado por el hecho de que la estaba mirando hace solo unos minutos, cuando estaba bien, de color normal y viva. Ahora, está babeando, siseando y extendiendo las manos, ansiosa por agarrarla y devorar su carne.

Excepto que no está mirando a Ella. A pesar de estar mucho más cerca y completamente expuesta, Greta no parece darse cuenta de su presencia. Se dirige hacia Marit.

Ella se aleja de la casa, siguiendo a Marit. Segundos después, Gunnar cae en picado desde la ventana. Aterrizo como un muñeco de trapo, con los brazos y las piernas flácidos, y algo se rompe de manera audible. Ella siente náuseas, pero no puede evitar mirar a Gunnar una última vez. Espera, o mejor dicho desea, que la caída lo haya matado. Por el contrario, su tío ni siquiera parece afectado. Simplemente comienza a levantarse con meticulosidad. Su cadera parece dislocada, y una de sus piernas está casi completamente girada, lo que le dificulta mantener el equilibrio. Aun así, cojea, dirigiéndose hacia Ella, compitiendo con su esposa muerta por llegar primero a la comida.

Ella se gira y corre detrás de Marit, que ya ha llegado a la cerca que separa el jardín del vecino. Está hecha de tablones verticales, y hay un seto grueso justo al otro lado. Al mirar hacia ambos lados, Ella no ve forma de pasar por la cerca; la única opción es escalar. La otra opción es retroceder, lo cual ahora se ha vuelto peligroso, ya que Greta y Gunnar se acercan, acorralándolas.

—Ay, mi pie —gime Marit mientras intenta levantarse—. Creo que está roto... duele mucho, no puedo...

—No tenemos tiempo —la interrumpe Ella—. Aquí, usa tu pie bueno—. Junta sus manos en un clásico gesto de apoyo. Sin embargo, aparentemente, Marit nunca subió a los árboles con otros niños, porque mira las manos de Ella como si no entendiera lo que quieren decir—. ¡Apóyate en mis manos! —grita Ella—. ¡Rápido!

Marit finalmente la entiende, levanta la pierna sana, y deja escapar otro quejido de dolor al poner peso en la pierna mala. Ella le sostiene el pie. Marit se agarra de sus hombros y luego alcanza el borde de la cerca. Ella la levanta lo más alto que puede, empujándola hacia arriba. La eleva lo suficiente para que Marit caiga al otro lado, y Ella la escucha aterrizar en el seto con un grito; las ramas desnudas y congeladas se rompen como patatas fritas.

Ella no mira atrás; no lo necesita, puede oír y sentir a Gunnar y Greta acercándose cada vez más. Simplemente se agarra a la cerca y salta.

Nunca pudo hacer una flexión sin apoyo en la barra de gimnasia. Pero aparentemente, la amenaza de ser devorada viva es toda la motivación que sus músculos necesitan. Pateando contra los tablones, se impulsa hacia arriba con poco esfuerzo, luego pasa una pierna por encima para colocarse a horcajadas en la cerca.

Marit está colgando del seto, su ropa de dormir enganchada en las ramas. Está llorando y gritando, luchando por liberarse.

Ella no tiene tiempo para planear su propio aterrizaje, porque Gunnar está a solo tres pasos, alcanzando su pierna. Así que se lanza por encima, chocando contra las ramas. Cubriéndose la cara, se estremece mientras la piel de sus brazos y piernas recibe lo peor de las rasgaduras. Rueda torpemente hasta el suelo, levantándose de un salto.

Marit logra soltarse, y Ella la agarra del brazo. Gunnar es lo suficientemente alto como para alcanzar la parte superior de la cerca, y aparentemente la muerte no ha limitado su fuerza en la parte superior del cuerpo, porque se sube con poca dificultad, chocando de cabeza contra el seto.

—¡Vamos! —dice Ella, escuchando su respiración entrecortada.

Marit la sigue sin protestar, y las chicas corren por el césped.

Solo ahora Ella se da cuenta de que la casa de al lado no es una residencia habitual. Parece más un edificio público, una biblioteca o algo similar. Hay muchas ventanas, la mayoría oscuras, y enfrente hay un aparcamiento con unos pocos coches.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Ella, deteniéndose brevemente para considerar qué dirección tomar.

—Es una... residencia de ancianos —responde Marit, mirando hacia atrás—. ¡Oh no, ya viene, Ella!

—Lo sé. Sigue moviéndote—. Ella toma una decisión rápida. Marit no puede correr, así que necesitan entrar. Tira de su prima hacia la parte trasera del edificio, esperando encontrar una puerta. Y la encuentran. De hecho, en este lado del edificio hay toda una fila de puertas de cristal, ya que cada habitación tiene su propia terraza.

Aunque la Navidad fue hace semanas, muchas de las ventanas aún tienen luces y decoraciones. La tercera habitación tiene las luces encendidas, y las cortinas no están corridas, por lo que Ella puede ver a una anciana sentada en un sillón, tejiendo. Probablemente sufra de insomnio, o tal vez sea una de esas personas mayores que se levantan muy temprano por la mañana sin razón aparente. En cualquier caso, Ella se siente aliviada de ver a alguien despierto.

Un movimiento a un lado hace que Ella gire, y Marit suelta un grito de sorpresa. Solo es un cortacésped robótico, avanzando lentamente por el césped. Por qué lo tendrían funcionando en pleno invierno, Ella no lo sabe, y tampoco le importa.

Tira de Marit hacia la puerta de la terraza, es consciente de que básicamente se están encerrando, ya que la terraza está cerrada en ambos lados por celosías de madera con rosales

trepando por ellas. Pero han ganado al menos medio minuto de ventaja sobre Gunnar, y eso debería ser suficiente para que la anciana les permita entrar.

Se resiste a la tentación de golpear fuerte el cristal ya que no serviría de nada asustar a la anciana y darle un ataque al corazón, en lugar de eso lo golpea suavemente. La señora levanta la vista de lo que está tejiendo, entrecerrando los ojos para mirarlas. Ella no está segura de cuán visibles son debido a la oscuridad. Ella agita la mano—. ¡Hola! ¿Podría abrir la puerta, por favor? Nos...

—¡Ayuda! —la interrumpe Marit, agarrando el pomo y tirando—. ¡Déjanos entrar! ¡Nos va a matar!

—Cállate —le susurra Ella, empujando a Marit hacia atrás—. Maldita sea, nunca nos dejará entrar si la asustas...

Girándose de nuevo hacia la puerta, Ella ve a la anciana ponerse de pie. Se queda allí un momento, sin saber qué hacer.

Ella pone la expresión más calmada que puede—. Por favor. Necesitamos refugio, señora. ¿Podría abrir la puerta?

Intenta no mencionar nada sobre "virus" o "infección", ya que eso sería una forma segura de que la anciana no las deje entrar. Y nunca antes en su vida había llamado a alguien "señora" o "señor"; eso no es habitual en Noruega, pero le salió de forma instintiva.

Un gruñido se escucha desde el césped.

Mierda, es rápido...

—¡Ya viene! —gime Marit, pareciendo a punto de huir.

Ella le agarra la muñeca y mira fijamente a la anciana—. ¡Por favor, abra la puerta antes de que sea demasiado tarde!

Finalmente, la anciana toma una decisión. Se acerca a la puerta, gira el cerrojo y abre la puerta. Un soplo de aire caliente y viciado sale hacia ellas.

—¿Qué está pasando? —pregunta la anciana con voz ronca, frunciendo el ceño. No se hace a un lado inmediatamente, y Ella se da cuenta de que aún no es una invitación abierta para que entren—. ¿Alguien intenta haceros daño?

—¡Sí! —responde Ella, asintiendo enfáticamente, resistiendo la tentación de empujar a la anciana—. Por favor, déjenos entrar, para que...

Marit grita.

Ella se da la vuelta y ve a Gunnar aparecer, tambaleándose alrededor de la celosía, enfocándose en ellas de inmediato.

Escucha a la anciana gritar, y luego Marit se abre paso a empujones, golpeando a Ella en el cuello. Ella pierde momentáneamente el equilibrio, y cuando se gira hacia la puerta, la anciana la cierra en su cara, volviendo a girar el cerrojo.

Ella mira a través del cristal a Marit y a la anciana, y se da cuenta, horrorizada, de que cometió un terrible error. Debería haber intentado entrar a la fuerza en cuanto la señora abrió la puerta.

Ahora, está atrapada como una rata.

4

Puede que lo llamen observación, pero para Aksel está bastante claro que es una detención.

La puerta está cerrada con llave, las ventanas no se pueden abrir y un tipo con un traje de materiales peligrosos está sentado justo fuera. Solo faltan las barras.

Incluso los tienen en habitaciones separadas, con Rosa en la habitación junto a la de Aksel y Belinda en otra habitación frente a ellos.

Parece una mezcla entre una habitación de hotel y una prisión. Aksel nunca ha estado en la cárcel ni siquiera en detención, pero sabe cómo se ven por la televisión. Hay una cama con una manta, una estantería, un escritorio con una silla y un televisor montado en la pared, en lo alto. También hay un pequeño baño, pero sin cerradura en la puerta.

—¿Aksel? —la voz de Rosa está amortiguada a través de la pared—. ¿Me oyes?

—Sí —le responde él, sentándose en la cama y mirando hacia la pared—. ¿Cómo te sientes?

—Creo que bien.

—¿Tienes calor?

—No, no tengo.

—Eso es bueno —Aksel mira el reloj sobre la puerta. Llevan aquí casi cinco horas. Al menos debería estar empezando a tener fiebre ahora—. Estoy seguro de que estarás bien —le dice.

—Eso espero —responde la chica—. ¿Puedes oír algo de lo que pasa afuera?

Sí que puede. Las ventanas están demasiado altas para que pueda ver la calle, pero los sonidos son inconfundibles, y han ido aumentando desde que llegaron. Claxon de coches. Gente gritando. Sirenas. Incluso lo que parece un disparo de vez en cuando.

—No te preocupes —le dice—. Estoy seguro de que lo controlarán.

—No creo que lo consigan —responde la chica con calma—. Creo que esto podría ser el fin del mundo. ¿No crees?

Se lo pregunta de esa manera peculiar y despreocupada a la que él se está acostumbrando lentamente. Aun así, no puede evitar reírse por la forma en que ella lo expresa. Lo que todos temen, pero nadie se atreve a decir en voz alta.

—¿Qué es gracioso? —pregunta Rosa inocentemente.

—Nada, lo siento. Es solo que... sí, creo que esto tiene el potencial de ser el fin del mundo. Pero no tiene por qué ser así.

«Mierda, ahora parezco un maestro de escuela. No, peor... parezco un padre», piensa Aksel.

—Si la policía no puede detenerlo, ¿quién lo hará? —pregunta Rosa.

—El ejército —responde Aksel—. Estoy seguro de que ya están involucrados. Y somos miembros de la OTAN, ¿no? Si esto se convierte en una crisis internacional, estoy seguro de que las otras naciones nos ayudarán.

—Eso espero —dice Rosa—. ¿Cuándo crees que volverá el médico?

—Supongo que cuando tengan los resultados de las pruebas.

—No estoy tan segura. Creo que se han ido.

Aksel frunce el ceño—. ¿Por qué dices eso?

—¿No lo oyes? Reina el silencio.

Aksel escucha por un momento. Y mientras lo hace, se da cuenta gradualmente de que ella tiene razón. Ha estado tan concentrado en los sonidos del exterior, que ni siquiera ha notado lo silencioso que se ha vuelto el edificio. No hay pasos en el pasillo. No se abren ni se cierran puertas. No se escuchan voces. Incluso la radio que estaba sonando en algún lugar se ha detenido.

—Tienes razón —murmura, sin saber si Rosa lo escucha.

—Y el guardia también se ha ido —continúa ella.

—¿Qué? —Aksel se levanta y se dirige rápidamente a la puerta. Hay una ventana cuadrada a la altura de la cara. Presiona su mejilla contra ella para ver la silla donde estaba sentado el guardia. Ahora está vacía, salvo por una taza de café. Se vuelve hacia la pared que da a la habitación de Rosa—. ¿Lo viste irse? ¿Cuándo fue?

—Creo que hace media hora, quizá.

¿Están... están evacuando? ¿Nos están dejando aquí?

—¿Rosa? —se escucha la voz de Belinda.

Aksel mira de nuevo por la ventana de la puerta y ve la parte superior de su cara asomándose desde la puerta de enfrente. Ella le saluda con la mano—. ¡Aksel! ¿Estás bien?

—Estamos los dos bien —le dice.

Escucha a Rosa arrastrar lo que supone es su silla por la habitación. Un momento después, ve alivio en los ojos de Belinda cuando aparentemente ve la cara de su hija—. ¿Cómo estás, cariño?

Antes de que Rosa pueda responder, alguien aparece repentinamente en su campo de visión. Ocurre tan de repente que Aksel retrocede y casi se cae de espaldas. El rostro es tan horrible, con los ojos negros vacíos de vida, que apenas puede evitar gritar. Una zombi, es una mujer con lo que parece ser una bata de doctora, tiene un trozo grande de cabello arrancado junto con la piel de su cuero cabelludo, de modo que está prácticamente calva de un lado, con la cúpula blanca y ósea de su cráneo visible entre el desastre sangriento.

—Joder...—Aksel respira entrecortadamente mientras ella empieza a golpear la puerta, chasqueando los dientes contra la ventana. Traga con esfuerzo, intentando bajar su corazón de la garganta.

Belinda grita.

—¿Qué pasa? —pregunta Rosa—. ¿Mamá, estás bien?

—¡Está bien! —grita Aksel—. ¡Cálmate, Belinda! Rosa, tu madre está a salvo. Solo es una... mujer muerta junto a mi puerta. Pero no puede entrar. Estamos todos bien.

Belinda se obliga a dejar de gritar, pero sigue respirando rápido.

—Oh, Dios... ¡están dentro! ¡Rosa, no abras la puerta!

—¡No puede! —grita Aksel, esperando que puedan escucharlo por encima de los gruñidos y gemidos de la doctora—. ¡Están cerradas por fuera, recuerdas? Solo mantén la calma, y nosotros...—Deja de hablar cuando la zombi de repente deja de atacar la puerta. En su lugar, gira la cabeza hacia un lado, gruñe y desaparece de su vista.

Alguien suelta un grito más abajo en el pasillo. Pasos apresurados se escuchan. Una puerta se cierra de golpe. Algo se cae.

Aksel se acerca de nuevo a la puerta para mirar afuera. No puede ver a la mujer zombi. Parece que ha salido del pasillo por una de las puertas.

«Espero que quien estuviera ahí haya escapado», piensa Aksel.

—Oh, Dios mío —gime Belinda—. ¿Qué va a pasar con nosotros? ¿Por qué no vienen a dejarnos salir?

Aksel sacude la cabeza.

—No estoy seguro de que quede alguien —murmura Aksel.

—¿Qué? —pregunta Belinda.

—Digo que creo que nos hemos quedado solos...

—¡Pero... nos moriremos de hambre!

—No tenemos por qué llegar a eso. Necesitamos mantener la calma. Tiene que haber una forma de salir de aquí. Déjame... déjame pensar algo.

Comienza a caminar de un lado a otro, repasando sus opciones. Resulta que no hay muchas. Las paredes son de ladrillo, el techo está demasiado alto para alcanzarlo y el suelo es de baldosas. No hay rejillas ni conductos de ventilación lo suficientemente grandes como para trepar por ellos. Así que todo se reduce a las ventanas o las puertas. Las primeras parecen demasiado estrechas para que puedan pasar, incluso Rosa, lo que deja sólo una opción: la puerta.

«Así que o abro la cerradura o la derribo».

La puerta es sólida. Lo notó cuando la atravesó. Tardaría una eternidad en hacer un agujero en ella, incluso si tuviera un mazo, cosa que no tiene. Abrir la cerradura sería casi imposible. En primer lugar, nunca lo ha hecho, y en segundo lugar, no tiene nada lo suficientemente pequeño como para caber en el diminuto agujero.

Queda una última posibilidad, y puede que sea su única opción.

—Creo que lo tengo —dice en voz alta, acercándose de nuevo a la puerta. Golpea la ventana. Como esperaba, no es de vidrio, sino de algún tipo de plástico endurecido—. Así es como saldremos de aquí.

—¿Cómo? —pregunta Belinda, con esperanza en la voz.

—Romperé la ventana de mi puerta y usaré algo para alcanzar la cerradura desde afuera.

—Pero...

—No será fácil, pero es lo único que se me ocurre.

—Pero, Aksel...

—¿Qué? —Mira al otro lado del pasillo y ve el rostro de Belinda en la ventana.

—No es una cerradura normal. Creo que... creo que usan tarjetas magnéticas.

Aksel mira la cerradura en la puerta de Belinda, y ve que tiene razón. No hay cerradura, solo una pequeña caja de metal—. Mierda...

—¿Eso significa que no podemos salir? —pregunta Rosa.

—No —responde Aksel, sintiendo cómo su esperanza se desvanece—. No, solo significa que necesito pensar un poco más...

5

Metiendo las manos profundamente en los bolsillos de su abrigo acolchado, Hagos se prepara para el aire frío de la mañana mientras se detiene brevemente frente a las puertas automáticas. Solo con mirar el aparcamiento cubierto de escarcha, tiembla.

—Nunca me acostumbraré al clima de aquí.

Habiendo pasado los primeros veinte años de su vida en su país natal, a solo unos cientos de kilómetros del ecuador, llegar a Noruega fue un shock, por decirlo suavemente. La cultura es muy diferente también. Y la gente. Parece que todos son altos, rubios y pálidos. A menudo se siente como una bola de billar entre copos de nieve.

Afortunadamente, en los dieciocho meses que lleva aquí, ha encontrado muy poco racismo. De hecho, los noruegos generalmente parecen de mente abierta hacia los extranjeros. La única excepción quizás sean las personas mayores, lo que hace aún más irónico que el municipio lo haya enviado a trabajar aquí, en el Hogar de Ancianos de Mo.

Pero los residentes aquí han aceptado a Hagos. O al menos lo toleran. Es decir, aquellos que realmente pueden recordarlo de un día para otro.

Fue difícil al principio, pero una vez que se dieron cuenta de que Hagos siempre actúa de manera amigable, profesional y, quizás lo más importante, es capaz de hablar noruego casi con fluidez, las miradas sospechosas y los comentarios murmurados desaparecieron. Le alegró haberse esforzado tanto por aprender el idioma desde el momento en que aterrizó aquí. Realmente había sido una decisión fácil. Quería integrarse desesperadamente. Su país no le ofrecía ninguna oportunidad, excepto la guerra, un montón de atrocidades y, muy probablemente, la muerte.

«Igual que Abeba. Que Dios la tenga en su gloria.»

Hagos no quiere pensar en su hermana, así que hace lo que siempre hace cuando los recuerdos comienzan a invadirle: los reprime.

Al darse cuenta de que ha caído en un estupor frente a las puertas de cristal, mira su propio reflejo. Solo se le ven los ojos bajo la gruesa capucha. Se parece a Kenny, de la serie South Park. Excepto que su chaqueta es verde y la piel alrededor de sus ojos es negra.

Respira hondo, sabiendo que el frío lo atacará en cuanto salga. Siempre intenta recordarse a sí mismo que debería estar agradecido, que pasar frío ahora es su peor problema.

Y hoy, de todos los días, debería estar especialmente agradecido. Durante toda la noche ha estado revisando las noticias en su teléfono para seguir la situación en el norte. Esas pobres personas, las que aún estaban atrapadas en el hospital, luchando por sus vidas contra alguna terrible plaga, realmente tenían motivos para...

Hagos parpadea al ver a una mujer que aparece de la nada. Está cruzando el aparcamiento, y algo en sus movimientos inmediatamente le parece extraño a Hagos. Lo que es realmente impactante, sin embargo, es el hecho de que solo lleva puesto lo que parece ser ropa de dormir.

A Hagos a menudo le ha sorprendido lo descuidado que algunos noruegos se visten, incluso cuando las temperaturas son extremadamente bajas. Especialmente los jóvenes. Más de una vez los ha visto con solo suéteres finos cuando está nevando. Es inexplicable para él. Deben tener simplemente la sangre más caliente, manteniéndolos calientes desde dentro.

Pero lo que está haciendo esta mujer es una locura, incluso para los estándares noruegos, y todo lo que Hagos es capaz de hacer al principio es mirarla mientras se dirige hacia la calle.

Desde el lado opuesto viene lo que Hagos supone es un hombre, es difícil decirlo, porque la persona lleva una bufanda gruesa de lana y un gorro con el mismo color y textura. Es bajo, corpulento y lleva a un perro Salchicha casi tan gordo como él a su lado con una correa. La mujer parece dirigirse hacia ellos.

El perro es el primero en notar a la mujer, y de inmediato eriza el pelaje y comienza a ladrar estridentemente.

El hombre disminuye el paso al ver a la mujer y, aparentemente, le pregunta algo. Parece tener la misma reacción que Hagos al ver a la mujer casi sin ropa: algo debe andar mal.

Lo único que Hagos puede pensar es que o bien la mujer ha tenido algún tipo de accidente, o está delirando. Trabajando en el cuidado de ancianos, Hagos ha tratado con personas con demencia y similares varias veces, pero esta mujer parece demasiado joven, y sus movimientos son extrañamente espasmódicos, como si estuvieran impulsados por impulsos eléctricos

aleatorios que no puede controlar del todo, algo que no se suele ver en pacientes con demencia. De hecho, le recuerda a Hagos a otra cosa. Algo que ha visto en las noticias.

«¿Podría ser realmente...?»

A medida que la mujer se acerca al hombre que ahora está parado en la acera, entra en la luz de uno de los postes, y Hagos puede ver que está gravemente herida. Su cuello y parte superior del pecho están desgarrados, y la sangre ha empapado su torso, mojando el vestido. No puede ver su rostro, pero sí ve el del hombre, y su gesto es de shock y horror.

El perro sigue ladrando, y ahora ha metido la cola entre las patas y se esconde detrás de los pies de su dueño. Esto provoca que el hombre se enrede en la correa mientras retrocede tambaleándose, obviamente queriendo alejarse de la mujer que se acerca. Tropieza, cae y aterriza de espaldas. Suelta la correa, y el perro sale corriendo calle abajo, gimiendo. El hombre lucha por levantarse, pero es muy lento, y la mujer está a solo unos pasos.

Hagos siempre fue bueno para pensar y actuar rápido en situaciones de peligro, algo en lo que ya ha tenido mucha práctica desde una edad demasiado temprana, y su cerebro solo tarda unos segundos en concluir que la mujer tiene la intención de hacerle daño al hombre.

Así que atraviesa las puertas, ignorando el aire frío, y corre para ofrecer ayuda.

6

Lo primero es recuperar su arma.

¿Por qué fue tan estúpida de seguir el protocolo y guardar su arma reglamentaria en el vestuario? Ni ella misma lo entiende. Probablemente fue porque en ese momento aún pensaba que la situación estaba bajo control.

Caminando rápidamente por el edificio, llega al pasillo trasero y gira a la derecha. Está planificando internamente su ruta de escape: recuperar el arma, salir del edificio por el lado sur, llegar al vehículo aparcado a una manzana de distancia y salir de la ciudad por las carreteras secundarias, lo que probablemente signifique pasar de largo frente a las puertas de emergencia abiertas.

Es la corriente de aire frío lo que la detiene en seco.

Se gira y mira al solar vacío detrás del edificio. La vista está bloqueada por una cerca de madera y un par de contenedores de basura. Una bolsa de plástico pasa rodando. Entonces, al otro lado, aparece un chico adolescente. Su abdomen está abierto como si tuviera una cremallera, y los intestinos le cuelgan como si fueran espaguetis. Sus ojos negros se posan en Anne. Alza los brazos y se dirige hacia las puertas.

Anne grita y corre para cerrarlas. Las alcanza medio segundo antes que el chico y se las cierra en la cara. Empujando contra ellas con el hombro, busca el cerrojo, para darse cuenta de que es uno de esos que se deslizan hacia el techo. Alza la mano, lo coloca en su sitio y luego retrocede, lista para correr si las puertas no aguantan.

Aguantan perfectamente. Aunque el chico golpea con fuerza, no hay posibilidad de que las derribe.

Anne se queda allí un momento, jadeando, sintiendo su corazón latir frenéticamente por encima de la clavícula.

—¿Quién diablos dejó las puertas abiertas?

Alguien que intentaba huir a toda prisa, obviamente. Pero eso significa que el edificio está comprometido. Se da la vuelta y mira por el pasillo. Ignorando los sonidos del chico, escucha si hay algún ruido procedente del interior del edificio. No oye nada.

«Tal vez tuve suerte y nadie más pudo entrar».

Justo cuando comienza a caminar de nuevo, siente algo pegajoso bajo la suela de su zapato derecho. Mira hacia abajo y ve un rastro de sangre. También hay huellas de al menos dos pares de zapatos que han pisado la sangre. Desaparecen en diferentes direcciones. No tiene forma de saber si fueron dejadas por personas infectadas o no.

«Debo tener mucho cuidado».

Sigue adelante, con todos sus sentidos alerta, lista para correr en cualquier momento. Evita pisar más sangre y se asegura de moverse lo más silenciosamente posible.

Al llegar a un punto donde el pasillo se divide, estando a un giro del vestuario, atisba un sonido muy perturbador. Es claramente el de alguien comiendo... puede distinguir el chasquido de dientes, masticando y sorbiendo. En cualquier otra situación, habría supuesto que el sonido provenía de un niño comiendo una gran tajada de sandía armando un escándalo. Ahora, sin embargo, está bastante segura de que lo que escucha proviene de algo mucho menos benigno.

Es difícil decir de qué dirección provienen los sonidos, así que se mantiene en el centro del pasillo mientras avanza con cuidado, girando la cabeza de un lado a otro, intentando mirar en ambas direcciones al mismo tiempo.

Los sonidos vienen de la derecha, pero no puede ver claramente a la persona que los produce. A unos metros hay una puerta abierta, y un par de piernas sobresalen, una de ellas sin zapato. Las piernas se sacuden y se mueven ligeramente, y al principio Anne piensa que la persona sigue viva y consciente. Pero al mirar más de cerca, se da cuenta de que los movimientos están sincronizados con los sonidos, y une los puntos: alguien está devorando la parte superior del pobre tipo.

«Maldita sea», piensa Anne, respirando fuerte por la nariz para mantener a raya el miedo y las náuseas. Resulta ser un error, porque trae consigo el olor a sangre y carne cruda. ¿Qué clase de enfermedad es esta? ¿Qué tipo de virus convierte a la gente en caníbales?

Parecía ciencia ficción desde el momento en que se enteró de lo que estaba sucediendo en Torik. Y ahora, al presenciarlo de primera mano, no parece mucho más real, excepto que lo es. Solía ver muchos documentales de vida silvestre, animales y naturaleza, y recuerda uno sobre parásitos y cómo pueden hacer cosas absolutamente increíbles con sus huéspedes después de

apoderarse de su sistema nervioso. Como el que infectaba hormigas, obligándolas a trepar por hierbas para que pudieran llegar al vientre de las ovejas, que era donde realmente quería vivir el parásito. Las pobres hormigas solo eran un vehículo temporal.

«Impresionante. Y había un propósito. El parásito tenía que pasar del suelo al ambiente lanoso de las ovejas».

«¿De qué se trata esta enfermedad? ¿Qué quiere? ¿Por qué los infectados sienten la necesidad de atacar, matar y devorar a los vivos?»

Anne es una firme creyente en la causa y el efecto. Cree que todo en la naturaleza tiene sentido, incluso cuando las razones no son evidentes.

Pero esto... le parece algo más allá de lo natural. Más allá de la razón, incluso. Le parece pura maldad.

Anne no puede evitar estremecerse.

—Muévete.

Gira a la izquierda, dirigiéndose al vestuario. Llega a la puerta y agarra el pomo. No se mueve.

«Mierda, lo olvidé...»

Tuvieron que cerrar con llave el vestuario, por las armas de fuego. A todos les dieron una tarjeta de acceso, y cuando la mano de Anne va al bolsillo, descubre que aún la tiene.

—¡Gracias a Dios!

La saca y se le cae. A Anne le parece que el ruido que hace al chocar contra el suelo entre sus pies suena como disparos.

Mira hacia la puerta entre las piernas, mientras coje la tarjeta del piso. Siguen allí. Quienquiera que esté dándose el festín no parece haber notado el ruido. O simplemente no le importa. O tal vez...

—Ayúdame...

Anne se da la vuelta al escuchar la voz ronca detrás de ella. Espera ver a alguien allí, pero el pasillo está vacío, salvo por una mesa rodante con algún tipo de equipo. Está parapetada contra la pared opuesta, y Anne no le prestó atención. Hasta ahora. Un hombre está sentado detrás de ella, apoyado en la pared. Está pálido, sudando, y se está agarrando el bíceps. No puede detener del todo la sangre, y un charco de ella se ha formado a su alrededor. A juzgar por su color, no le queda mucha en el cuerpo.

—Necesito... ayuda... —gime.

Lucha por mantener los ojos abiertos, su cabeza cae de un lado a otro.

—No... no tengo nada para detener la hemorragia —le dice Anne en voz baja. Está bastante segura de que el hombre no sobrevivirá, y aunque lo hiciera, está infectado. Es evidente que la herida en su brazo fue hecha por dientes, dado que la tela está destrozada. Mirando más de cerca, nota varios rasguños ensangrentados en su cuello y manos. Su piel ya empieza a volverse verde.

—Por favor —dice él, con la voz quebrada—. Tengo esposa... No quiero morir...

Anne siente el nudo en su estómago apretarse aún más. La empatía le pide que intente salvar al hombre. Pero la lógica le dice que no. Podría quitarse el cinturón. Podría comprimir la herida. Podría decirle que todo va a estar bien. Incluso podría cargarlo hasta un lugar seguro.

Pero Anne nunca es de las que dejan que las emociones gobiernen. Y no va a cambiar ahora.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta.

El hombre sigue suplicando ayuda.

—¿Cómo te llamas? —repite un poco más alto—. ¿Tu nombre completo?

Él parpadea y la mira como si se acabara de dar cuenta de su presencia.

—Bjørn... Svendson.

—Bjørn, encontraré a tu esposa y le diré que moriste pensando en ella. Lo siento, pero tengo que irme.

Su expresión pasa de la confusión al dolor, y alza su mano buena.

—¡No, no me dejes! —se inclina hacia adelante, pierde el equilibrio y cae al suelo, boca abajo. No se vuelve a levantar. Anne no es capaz de decir si sigue respirando.

Recoge la tarjeta de acceso, mira una última vez en ambas direcciones, la fiesta continúa, y luego entra al vestuario.

—¡Oye! —grita Hagos—. ¡No lo toques!

Se da cuenta de que está hablando en bantú, un idioma que solo usa en sus pensamientos y cuando habla por teléfono con algunos de sus amigos de su país natal.

Pero ahora eso no importa. Todo lo que quiere es llamar la atención de la mujer. Distraerla. Darle al hombre unos segundos para ponerse en pie.

Sin embargo, o la mujer es sorda, o está demasiado concentrada en lo que está a punto de hacer, porque ni siquiera reacciona a la voz de Hagos. En lugar de eso, se lanza sobre el hombre, que apenas ha logrado ponerse de rodillas, y chillando, él se protege la cara con ambos brazos.

La mujer lo empuja de nuevo al suelo, aferrándose a su costado como un perro furioso, agitándose y echando espuma por la boca, desgarrándole la chaqueta en pedazos. Gira la cabeza lo suficiente como para que Hagos vea sus ojos, y finalmente lo entiende.

No tiene ni idea de cómo es posible. Pero sabe, sin lugar a dudas, que esa mujer está infectada con el virus de Torik. Y que es extremadamente peligrosa.

«No puedo dejar que me toque».

Aun así, instintivamente sigue avanzando. El pobre hombre aún puede ser salvado, porque hasta ahora, la mujer solo ha desgarrado su chaqueta, el material blanco y acolchado está saliendo y la mujer sacude la cabeza para sacárselo de los dientes. El hombre intenta defenderse golpeándola, pero debido a sus gruesos guantes, los golpes son demasiado suaves como para causarle más que una ligera molestia. En lugar de eso, ella agarra el guante izquierdo y comienza a morderlo.

Es en ese momento cuando Hagos les alcanza. Coloca la suela de su bota en el hombro de la mujer y la empuja con fuerza. Ella rueda hacia un lado, arrancando el guante del hombre. Hagos se inclina, agarra al hombre por el cuello de la chaqueta y lo arrastra. El hombre, obviamente, no

ha visto a Hagos llegar, y parece convencido de que es otra persona infectada quien lo arrastra. Sigue gritando y agitando los brazos, intentando golpear a Hagos.

—Está bien —gruñe en noruego—. Te estoy ayudando.

El hombre deja de luchar, y Hagos deja de arrastrarlo. Han logrado poner algo de distancia con respecto a la mujer, pero ella ya ha dejado de morder el guante y se ha levantado. Hagos trata de levantar al hombre—o al menos lo intenta. El hombre es tan pesado que le toma varios segundos ponerse en pie. Mira su chaqueta rasgada, con los ojos grandes, aterrorizados y aturcidos.

—¿Qué...? No... ¿Por qué ella...?

—¡Entra! —le ordena Hagos, empujándolo hacia las puertas de cristal.

El hombre avanza tambaleándose torpemente, casi a regañadientes. Habiendo estado en situaciones de vida o muerte antes, a Hagos no le sorprende en absoluto que el hombre actúe como si no quisiera ser salvado.

Básicamente hay dos tipos de personas. Las que actúan bien bajo presión y las que no. Hagos ya sabía que él mismo pertenecía al primer grupo. También sabe que la mayoría de las demás personas pertenecen al segundo. Y que harán todo tipo de cosas irracionales, simplemente porque sus cerebros no están funcionando correctamente.

—¡Sigue caminando! —exige Hagos, empujando al hombre mientras intenta girarse de nuevo. No quiere que mire atrás y vea a la mujer persiguiéndolos, ya que eso podría hacer que se desmoronara o se paralizara por completo.

Las puertas de cristal se abren y los dejan entrar. Tan pronto como ambos están dentro, Hagos da un paso hacia la derecha y mira el panel de la pared. Hay un botón de emergencia, pero está casi seguro de que eso abriría las puertas permanentemente, y eso es precisamente lo contrario de lo que necesita. Hay una función de cierre, pero requiere una llave.

—Maldición —murmura, mientras que las puertas, que estaban a punto de cerrarse, se abren de nuevo para la mujer.

«No hay nada que pueda hacer para mantenerla fuera», se da cuenta, corriendo hacia el hombre, que se tambalea por el vestíbulo, como si acabara de caer de la luna.

Hagos revisa con rapidez sus alternativas. Tiene en su mente un esquema mental del edificio; básicamente es una herradura con dos alas, y ahora mismo está en el centro. Puede ir hacia el norte o el sur, izquierda o derecha. Solo hay otros dos empleados trabajando en este momento, una de ellas es Louisa, la encargada. Probablemente esté en la sala del personal, porque las rondas matutinas aún no han comenzado. La sala está en el ala norte.

Al escuchar a la mujer entrar en el vestíbulo, arrastrando los pies, gimiendo y gruñendo, el hombre se da la vuelta, y esta vez la ve. Se sorprende y está a punto de gritar, pero en ese instante Hagos lo agarra del brazo y lo empuja.

Corren por el pasillo norte, en dirección a la sala, cuando de repente la puerta de la habitación número 24 se abre de golpe. Hagos salta a un lado, esperando que una persona infectada salga tambaleándose. En su lugar, es una chica joven de pelo rojo, de no más de quince años, ciertamente demasiado joven para ser residente aquí. Obviamente ha pasado por una experiencia traumática, porque tiene muchos arañazos y solo lleva ropa de cama. Sus ojos están rojos de tanto llorar, y cuando se posan en Hagos, ve lo desesperada que está la chica.

—¡Ayuda! —grita—. ¡Por favor, necesitamos ayuda!

Hagos retrocede automáticamente cuando la chica intenta tocarlo.

—¿Estás infectada? —pregunta.

Ella parece confundida, luego sacude la cabeza. Se mira a sí misma.

—No, esto... esto no es de... es del seto... trepamos por el...

La chica deja de hablar cuando ve a la mujer detrás de Hagos. Grita, se da la vuelta y corre de nuevo hacia la habitación.

Hagos es un servidor nato. Reacciona instintivamente cuando alguien necesita ayuda. No siempre es lo mejor. Pero es como está programado. Crecer en una sociedad donde predomina la ley del más fuerte, confiando solo en su familia más cercana, le enseñó desde muy joven que si las personas no ayudan a los demás en necesidad, todos sufrirán pronto las consecuencias.

Así que toma una decisión rápida y sigue a la chica.

8

Es solo cuando entra al vestuario que se da cuenta de que muy bien podría haber alguien allí. Quizás incluso alguien infectado.

—¿Hola? —pregunta, cerrando la puerta con cuidado detrás de ella. No le preocupa anunciar su presencia, ya que prefiere ser anunciada que entrar y sorprender a alguien que podría estar armado y asustado—. Soy policía. ¿Hay alguien aquí?

Su voz genera un fuerte eco entre las paredes de azulejos y los armarios metálicos. Hay una sección de duchas detrás de la esquina que no puede ver desde allí. El vestuario parece tranquilo y no tiene olores alarmantes, nada de fiebre, nada de sangre, solo champú y loción para después del afeitado.

—Voy a entrar —anuncia Anne—. No estoy armada y no estoy infectada.

Da unos pasos hacia adelante, lo que le permite ver entre las filas de armarios. Hay mucha ropa en los bancos y colgada, pero no puede ver a ninguna persona. Para asegurarse, se agacha y mira debajo de los armarios. Están elevados unos centímetros del suelo sobre patas delgadas, y puede ver toda la habitación de esa manera. No hay pies a la vista. El único lugar que queda por revisar son las duchas.

Anne se desliza entre los armarios y asoma la cabeza hacia la sección de las duchas. Está vacía. Pero junto a la pared hay una silla que claramente está fuera de lugar. Anne mira hacia arriba y ve una de las ventanas estrechas. Está completamente abierta.

«Alguien logró escapar. Bien por ellos».

Afuera, en la calle, todavía puede oír el caos que reina... incluso es peor ahora. Se oyen muchos pies arrastrándose cerca. Eso significa que probablemente la ventana probablemente ya no sea una buena vía de escape del edificio.

Anne regresa y localiza su casillero. Marca la combinación, que es el cumpleaños de Ella, (la contraseña que siempre usa para cosas así) y lo abre. Se siente aliviada al encontrar su arma colgada en su funda. Se la pone, y de inmediato se siente mejor.

Camina de vuelta hacia la puerta del pasillo, recordándose ser cuidadosa, porque el hombre que está afuera, Bjørn Svendsen, podría estar ya...

Anne se queda congelada al ver a la mujer.

Está sentada en el banco, con las piernas recogidas contra el pecho y una chaqueta sobre ella. Su cabeza está inclinada hacia atrás, la boca abierta de par en par, los ojos cerrados y su piel de un color inconfundiblemente verde. Está relativamente ilesa, salvo por tres cortes profundos en el costado de su cuello. Las uñas que la rasgaron no le cortaron la yugular, ya que solo un poco de sangre ha salido de las heridas, pero obviamente permitieron que entrara la infección en su sistema y la matara. Y ahora...

Antes de que Anne pueda pensar o hacer algo, la mujer inclina la cabeza hacia adelante y abre los ojos. Las esferas negras se fijan de inmediato en Anne, sospecha que nunca se acostumbrará a la sensación de ser observada por esos ojos muertos; es como estar atrapada junto a un depredador... no, peor, un demonio, y la mujer deja escapar un gruñido hambriento. Torpemente se pone de pie desde el banco y se dirige hacia Anne.

Anne se encuentra retrocediendo, y su mano va automáticamente al arma.

Cuando su espalda se encuentra con la pared, levanta la pistola y apunta al pecho de la mujer.

Anne nunca disparó su arma en servicio activo. De hecho, no la ha disparado ni una vez desde que aprendió a hacerlo en el campo de tiro hace más de diez años. Como oficiales de la ley, están técnicamente obligados a mantener sus armas "en buen estado de funcionamiento en todo momento" y a "practicar disparar a objetivos estáticos y en movimiento regularmente", asegurándose de que sus habilidades no se deterioren.

Pero eso es solo una regulación. Esto es Noruega. El país menos violento de la Tierra. Donde nadie, ni siquiera la policía, dispara un arma. Y ni Anne ni ninguno de sus colegas realmente esperaba tener que disparar a alguien.

Ahora, sin embargo, Anne no solo necesita disparar su arma. Necesita matar a la mujer que viene hacia ella.

Si no lo hace, o si falla, la devorará viva. Y ya solo está a tres pasos de distancia.

Anne no pierde el tiempo advirtiéndole a la mujer. Tampoco tiene la intención de hacer disparos de advertencia, ni dispararle en las piernas. Sabe por los informes que no funcionará.

En su lugar, se prepara para disparar a matar. Exhala un largo y tembloroso suspiro.

Entonces empieza a disparar.

Ella podría golpear el cristal. Podría gritarle a Marit, suplicarle que abriera la puerta. Incluso podría intentar romper el cristal.

No se lo plantea siquiera. No hay tiempo.

Simplemente se da la vuelta para enfrentarse a su tío.

No hay forma de que lo esquive. No sin entrar en contacto físico con él. La terraza es demasiado pequeña, y él está a solo tres pasos, avanzando directamente hacia ella.

Tampoco tiene armas. No sirve de nada enfrentarse a Gunnar cuerpo a cuerpo, él solo la mordería o arañaría, y no puede golpearlo con los puños. Sin duda eso le provocaría moratones en las manos, y muy probablemente se rasgaría la piel también. Así que su única opción es usar las piernas.

A medida que Gunnar cierra rápidamente la distancia, Ella presiona su espalda contra la puerta de la terraza, levanta la pierna derecha y la tensa como un resorte. Entonces, le da una fuerte patada en el estómago. Gunnar se dobla y retrocede tambaleándose con un gruñido de sorpresa, como si no hubiera visto venir la patada en absoluto. Se choca contra la mesa, pero consigue mantenerse de pie.

Inmediatamente vuelve a avanzar. Su coordinación parece estar un poco desajustada, porque casi la pierde de vista.

Ella lo vuelve a patear.

Esta vez, Gunnar intenta agarrarle la pierna, sus uñas recorren todo el tejido y Ella grita de miedo. No le rasga el pantalón, por poco, y él vuelve a lanzarse hacia ella por tercera vez. De nuevo da la sensación de que no pudiera mantener el equilibrio, y se inclina ligeramente hacia un lado. Parece casi como si Gunnar intentara pasar de largo en lugar de atacarla directamente.

Ella se prepara para patearlo una vez más, cuando la puerta desaparece detrás de ella y se tambalea hacia atrás.

Dispara cuatro veces, queriendo matar a la mujer al instante.

Todas las balas van al pecho. Al menos dos deben de haberle atravesado el corazón.

La mujer retrocede tambaleándose, sus brazos se levantan como un péndulo al unísono, las piernas le vacilan y termina chocando contra un armario, agarrándose a él para mantenerse en pie.

Sin embargo, increíblemente, no cae. Ni siquiera se arrodilla.

Tras tomarse un momento para recuperarse, simplemente se endereza, sacude la cabeza una vez, como alguien que ha sufrido un leve mareo, y vuelve a dirigirse hacia Anne.

Anne se queda allí, sorda, mirando horrorizada e incrédula y un recuerdo aflora en su mente. Algo de su adolescencia, mucho antes de convertirse en madre o en policía. Leía muchos libros en esa época. Aunque prefería las historias realistas ambientadas en el mundo real, de vez en cuando optaba por alguna novela de fantasía. Una de ellas fue Drácula, y le dio pesadillas durante semanas. Una de las cosas que le quedó grabada fue lo difícil que le resultaba a Van Helsing y a sus ayudantes matar al conde. Tenía que hacerse de una manera muy particular. Anne aprendió más tarde que, según estos viejos mitos, esto se aplica a todos los monstruos. Los vampiros necesitan una estaca en el corazón, preferiblemente mientras duermen en su ataúd. Los hombres lobo son vulnerables solo a la plata. Y los zombis...

Anne vuelve a levantar la pistola, cierra un ojo y dispara justo al espacio entre los ojos de la mujer.

La mujer mueve la cabeza ligeramente, no para esquivar la bala, simplemente por la forma inestable en que camina, así que la bala entra por la esquina exterior de su ceja derecha.

Pese a ello, surte efecto.

La mujer se desploma como un robot al que se le ha cortado la energía. Se derrumba en el suelo y se queda completamente quieta. Un líquido marrón y delgado rezuma de la herida en la parte posterior de su cráneo.

Anne se da la vuelta, vuelve a las duchas, se inclina junto a la rejilla y vomita un par de veces bilis. Se alegra de haber dejado el sándwich sin comer en la cantina. Es una experiencia extraña: sentir y saborear el vómito, verlo salir, pero no escuchar nada. Escupe, se limpia la boca y luego respira hondo un par de veces para tranquilizarse.

No son zombis. No pueden serlo. Los zombis no son reales.

Pero encajan perfectamente. Parecen muertos. Comen a los vivos. Obviamente no sienten dolor. Y no se detienen por nada que no sea una bala en el cerebro.

«No importa lo que sean. Ahora sabes cómo detenerlos».

Revisa el cargador, aunque ya sabe cuántas balas le quedan. Pero no hay margen para errores ni incertidumbre, ya que podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Siete balas. Asumiendo que fallaré un par de tiros, digamos que tengo suficiente para acabar con cuatro, tal vez cinco de ellos. Debería ser suficiente para llegar a una salida.

Vuelve al vestuario, con los ojos fijos inmediatamente en la mujer del suelo. No se ha movido ni un centímetro.

Anne la rodea, observándola de cerca. Luego va hacia la puerta. Escucha, pero no oye nada más que un pitido agudo. Como sólo puede guiarse por su sentido de la vista, estará en una gran desventaja. Podría esperar a que el tinnitus desaparezca, pero eso podría llevar hasta veinte minutos. Y realmente no quiere quedarse en los vestuarios más tiempo del estrictamente necesario. Ella la necesita.

Anne coloca la palma de la mano sobre la puerta.

Y se alegra de haberlo hecho, porque se confirma su sospecha. Alguien está intentando entrar desde el otro lado.

Anne se prepara. La puerta se abre hacia adentro, así que solo necesita desbloquearla, girar el pomo y luego retroceder.

Después de unos veinte segundos, se siente lista.

Gira el pomo, y la puerta es empujada inmediatamente hacia adentro, tal como sabía que ocurriría.

El tipo que había dejado atrás minutos antes entra de golpe, con la boca abierta, saliva espumosa escurriendo por su barbilla, y los ojos negros. Es más rápido que la mujer anterior, pero Anne está mejor preparada. Apunta con cuidado y lo derriba de un solo disparo en el puente

de la nariz. Se estrella contra el marco de la puerta, se inclina hacia un lado y se golpea el cráneo contra el suelo al morir de verdad.

Anne asume que los disparos atraerán a más de ellos, así que no pierde tiempo y lo sobrepasa rápidamente, escaneando a la izquierda y a la derecha.

Las piernas que sobresalían de la puerta abierta ahora han desaparecido. El pasillo está vacío en ambas direcciones.

La salida más cercana son las puertas de emergencia. Pero probablemente haya alguien esperando justo afuera. Quizás el adolescente todavía esté justo allí.

Hay otra puerta en la dirección opuesta. Anne lo sabe porque es por donde entraron cuando llegaron. Está más lejos de donde ella se encuentra, pero más cerca de donde está su coche.

Así que comienza a avanzar por el pasillo, manteniendo la pistola lista y los ojos bien abiertos.

Revisa cada puerta abierta por la que pasa. La primera, la que hace solo unos minutos tenía una persona muerta, tiene un enorme charco de sangre con jirones de ropa en él. Pero no hay rastro ni de la víctima ni del agresor.

Anne llega a una esquina y se inclina para mirar. Despejado. Y no hay puertas abiertas en este tramo. Así que acelera el paso, caminando rápidamente.

A mitad del pasillo, se da cuenta de que hay un monitor montado en la pared. Muestra una pantalla dividida en cuatro habitaciones, tres de ellas ocupadas. Y reconoce a las personas que están allí. Son la joven madre y su hija, además del tipo con el horrible corte de pelo.

Siguen aquí, se da cuenta Anne. Y están encerrados.

Comienza una lucha interna en Anne. Sus instintos quieren que siga adelante. Que ignore lo que está viendo en el monitor. Que priorice llegar hasta Ella.

Pero una parte más profunda de ella no puede evitar imaginarse a sí misma y a Ella encerradas en esas habitaciones. Ella también fue una madre joven, y la idea de estar atrapada en un cuarto diminuto junto a Ella, mientras ambas mueren lentamente de sed... es demasiado espantosa.

—Mierda —murmura Anne, dándose cuenta de que ha recuperado parte de la audición—. No puedo irme y dejarlos a su suerte.

Kristoffer se pasa la lengua por los dientes, los cuales no han visto un cepillo de dientes en más de dos semanas. Su aliento debe de ser nauseabundo.

Está sentado en una roca frente a la hoguera, que ahora no es más que cenizas humeantes. Aun así, desprende suficiente calor como para que le ardan las mejillas.

El día ha amanecido, y el cielo está inusualmente hermoso. No sopla ni una brisa, los pájaros cantan y el aire es fresco y limpio.

Lo único que rompe la idílica escena son los sonidos de sollozos y gemidos. Vienen de Hans, que está sentado junto a Ingrid. Los tres necesitaron mover a la mujer muerta hasta aquí, al rellano.

Ragnar está de pie de espaldas a la hoguera. Mira hacia el horizonte norte. Las luces del complejo que se esconde justo bajo la cresta aún son visibles, pero solo si sabes dónde buscar. De vez en cuando, los sonidos cruzan el valle: el frenazo de un camión, alguien gritando, maquinaria funcionando.

Kristoffer no quiere pensar en ello ahora. Pero no puede evitar imaginar las hordas de zombis que están siendo soltadas allí. ¿Cuántos hasta ahora? ¿Cientos? ¿Miles? ¿Y si se escapan? No les llevaría muchas horas cruzar el valle. Por muy buen refugio que Ragnar haya construido aquí, no hay forma de que resista un auténtico ejército de zombis.

Y, a juzgar por el hecho de que Ragnar no ha hablado en varios minutos, Kristoffer está seguro de que es consciente de ello y está pensando en una solución.

—No... no lo entiendo —solloza Hans, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo pudo pasar esto? Quiero decir, ella estaba bien...

—No estaba bien —dice Ragnar sin volverse—. Era diabética.

—Sí, pero eso no debería matarla —insiste Hans.

Ragnar se encoge de hombros. —Su cuerpo estaba bajo mucho estrés. El frío. El esfuerzo. La falta de insulina. Sin mencionar la presión mental.

—Oh, Dios... —Hans rompe en otro ataque de llanto—. Tienes razón... Debí darme cuenta... no pude interpretar las señales... Soy un maldito idiota. ¡Idiota! ¡Idiota, idiota, idiota! —Comienza a golpearse la cabeza con la palma de la mano, primero suavemente, luego con más fuerza, hasta que Kristoffer teme que se desmaye.

—¡Eh! —dice—. Deja de hacer eso.

Hans parpadea y lo mira con los ojos vidriosos. —Pero es culpa mía... Ella está muerta por mi culpa...

—No, no es tu culpa —le dice Kristoffer—. No es culpa de nadie. Y aunque lo fuera, no sirve de nada castigarte a ti mismo.

Hans baja la cabeza.

—Creo que Ragnar tiene razón —continúa Kristoffer—. Creo que simplemente no pudo... sí, no pudo soportarlo. O tal vez tenía alguna afección subyacente, ¿quién sabe? Un defecto cardíaco o algo así.

Hans se limpia la nariz con el dorso de la mano, dejando un rastro de mocos. —Estaba sana. Más allá de la diabetes.

Kristoffer no va a debatir con él, y menos ahora. Pero está bastante seguro de que Ingrid no estaba sana, al menos no según la sabiduría convencional. Nadie que tenga sobrepeso hasta el punto de que caminar sea un desafío puede estar verdaderamente sano.

De repente, Ragnar se da la vuelta. —Tenemos que ocuparnos de su cuerpo. No podemos dejarla aquí tirada. Atraerá depredadores, alimañas.

—Oh, Dios mío —gimotea Hans.

—Lo siento —admite Ragnar—. No quiero ser insensible, pero cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

—¿La enterramos? —pregunta Kristoffer.

Ragnar niega con la cabeza. —El suelo es demasiado rocoso. No podríamos enterrarla lo suficientemente hondo. Una vez que empiece a... —Ragnar echa un vistazo a Hans, luego carraspea—. Los animales captarían el olor.

—¿Qué tal si construimos un túmulo, entonces? —sugiere Kristoffer—. Con piedras y demás.

—Eso no resolvería el problema del olor. Hay osos por aquí, y podrían desenterrarla fácilmente si captaran su aroma.

Hans sigue la conversación, y parece que va a vomitar en cualquier momento. —¿Qué hacemos entonces? ¿La... quemamos? Creo que estaría de acuerdo con la cremación...

Ragnar se muerde el labio inferior.

—Lo consideraré. Pero hay algunos inconvenientes. Primero, hacer una hoguera lo suficientemente grande como para incinerar un cuerpo humano nos llevaría todo el día. Y ardería durante días, además. Perderíamos mucha buena leña. Sin mencionar lo lejos que sería visible el humo. Y está de nuevo el problema del olor —Ragnar baja un poco la voz—. Trabajé como bombero hace años. Si alguna vez has oído un cadáver quemado, nunca lo olvidarás. No solo atraeríamos a los depredadores, sino que el olor permanecería durante semanas.

Hans emite un sonido y se cubre la cara con las manos.

—¿Qué otras opciones nos quedan? —pregunta Kristoffer.

Ragnar asiente hacia el este. —Propongo que le demos un entierro en el mar.

Hans levanta la vista. —¿Qué? El océano está a casi 130 kilómetros de distancia...

—Sí, pero el arroyo al otro lado de este acantilado desemboca directamente en él. No habría riesgo de contaminar el agua, ya que está en constante movimiento, y tampoco se congelará. He caminado por la orilla más de una vez. Nunca se estrecha demasiado y no hay ramas ni otros obstáculos. Creo que, si la envolvemos bien, hay muchas posibilidades de que llegue directamente al mar —se encoge de hombros y añade—: Es la mejor opción que se me ocurre.

Kristoffer asiente y mira a Hans.

—Estoy de acuerdo. Creo que suena como... una buena solución.

La cara de Hans se contrae de nuevo mientras mira a Ingrid. —Dios, no puedo creer que esto sea real... Hace solo un momento... estaba viva... y ahora estamos considerando cómo... cómo... oh, Dios mío...

Ragnar se acerca a Hans, y por un momento, Kristoffer teme que le diga que se controle, quizás incluso lo agarre y lo sacuda. Pero Ragnar simplemente coloca su mano sobre el hombro de Hans. —Siento tu pérdida. Despídete de ella, iré a por la lona.

Luego se dirige a la cueva, dejando a Hans mirándolo con los ojos llorosos. Mira a Kristoffer que se levanta.

—Te daré algo de privacidad —murmura, siguiendo a Ragnar.

La habitación 24 pertenece a Edith, y Hagos no se sorprende al verla despierta. Es madrugadora, y suele pasar las mañanas tejiendo junto a la ventana.

Ahora mismo, está de pie junto a la puerta de la terraza, mirando hacia fuera.

Hagos tira de la chica hacia dentro, luego cierra de golpe la puerta y gira el pestillo. Todas las habitaciones están legalmente obligadas a tener cerraduras, asegurando la privacidad de las residencias. Otro requisito es que todas las puertas puedan abrirse con las tarjetas de los empleados, lo que, en la mente de Hagos, va en contra del propósito de la privacidad, pero él no creó las reglas. La puerta es una normal, no es imposible echarla abajo, pero duda mucho que la mujer infectada tenga la fuerza o las habilidades motoras necesarias para hacerlo.

—¡Ayuda! —grita de nuevo la chica, y Hagos se da la vuelta para verla de pie también junto a la puerta de la terraza. Está señalando hacia fuera—. ¡Ayúdala, por favor!

Hagos corre hacia ellas, y ve a la chica con la espalda pegada contra la puerta de cristal. Un hombre la está atacando, y está en muy mal estado. Básicamente ha sido decapitado, su cabeza cuelga hacia un lado. Sin embargo, eso no le impide seguir acosando a la chica, que lo está pateando en el estómago para mantenerlo alejado.

Hagos gira el pestillo y abre la puerta de cristal. La chica está a punto de darle otra patada al tipo cuando Hagos la agarra y la tira hacia dentro.

La chica grita y, por instinto, lanza un golpe ciego hacia la cabeza de Hagos. Logra echarse hacia atrás lo suficiente para que no le golpee. Cierra la puerta un segundo antes de que el infectado choque contra ella y comience a arañar el cristal.

—¡Está bien! —le dice Hagos a la chica, que se está apartando de él—. Ya estás a salvo.

La chica está claramente en modo de supervivencia total, y apenas parece escucharlo. Lo escanea rápidamente con la mirada, y Hagos se da cuenta de inmediato de que ella es como él:

pertenece al grupo número uno. Está asustada, pero no está entrando en pánico. Aún puede pensar.

Luego frunce el ceño y mira el pomo de la puerta.

—¡Dios mío, no la has cerrado con llave! —Encaja el pestillo en su lugar.

Hagos parpadea. Está sorprendido de su momentáneo lapsus de concentración. Se da cuenta de lo que lo causó. La chica le recuerda tanto a Abeba —una versión más pálida, rubia, joven y alta de ella, pero aun así—. No ha visto a nadie con tanta determinación en los ojos desde que miró a su hermana.

Hasta ahora, Hagos había asumido que la gente de su parte del mundo estaba programada para la supervivencia de una forma que otros no lo estaban, ciertamente no los noruegos. Aunque estas personas altas y hermosas eran generalmente amables y calmadas, no se desenvolvían bien bajo presión.

Y sin embargo, al ver a esta adolescente actuar como cualquier miliciano experimentado, Hagos se da cuenta de que ser miembro del grupo uno no es exclusivo de un tipo de personas.

—¡Dios mío! —exclama Edith—. ¿Qué demonios le ha pasado a ese pobre hombre?

Hagos piensa por un momento que se refiere al hombre gordo, que se ha dejado caer sobre la cama de Edith sin pedir permiso, y está atendiendo su chaqueta rasgada. Pero Edith está mirando la puerta de la terraza, donde el tipo está manoseando el cristal, gruñendo y bufando.

—Está infectado —dice la chica rubia, marchando hacia la pelirroja. Sin previo aviso, le da una bofetada tan fuerte que casi la desequilibra—. ¿¡En qué demonios estabas pensando!? ¿Por qué me encerraste fuera, cobarde?

La pelirroja tartamudea, llevándose la mano a la mejilla.

—Vete al infierno, Marit —gruñe la rubia—. Te salvé la vida, ¿y así me lo agradeces?

A Hagos le parece que otra bofetada es inminente, así que se coloca de lado, poniéndose entre las chicas. Es más alto que la chica y considerablemente más corpulento también. Sin embargo, ella parece no tener miedo de enfrentarse a él si es necesario.

—Por favor —dice, levantando las palmas de las manos—. Por favor, intentemos mantener la calma...

—Mantén la calma tú —dice ella—. Tú no acabas de luchar por tu maldita vida...

—De hecho, sí —dice Hagos con naturalidad—. No ahora, pero en el pasado sí. Muchas veces. Esa es claramente la respuesta correcta, porque desconcierta a la chica. Parpadea, luego recupera la compostura. Inclinandose hacia un lado, le sisea a la pelirroja:

—De nada, Marit. —Luego se dirige al baño, cerrando la puerta de un golpe detrás de ella.

La pelirroja comienza a sollozar. Hagos no sabe qué hacer: es bueno manejando el miedo, el pánico y la ira en los demás, pero la tristeza y el dolor siempre le incomodan... lo que probablemente sea la razón por la que no puede lidiar con pensar en su hermana.

—Pero bueno —dice Edith de nuevo, girándose hacia él—. Hagos, ¿qué es esto? ¿Qué demonios está pasando? ¿Quién es ese hombre?

Hagos se da cuenta de que el hombre gordo levanta la vista, también esperando que Hagos dé una explicación.

—Bueno, creo que... —empieza.

—Es mi padre —dice la pelirroja entre sollozos—. Estaba allí... en Torik... debe de haber... debe... —Rompe en un llanto más profundo, enterrando su cara entre las manos.

Edith se acerca a ella, pasando su brazo por los hombros de la chica.

—Tranquila, cariño... todo está bien.

—Torik —murmura el hombre gordo en la cama. Es la primera vez que Hagos lo oye hablar sin sonar aturdido—. ¿Eso significa que...?

Mira a Hagos de nuevo, con el ceño fruncido.

Hagos asiente. No necesita escuchar el resto de la explicación de la chica. La palabra clave fue “Torik”.

Ahora sí, piensa, volviéndose intensamente consciente de los sonidos que provienen tanto de la puerta de la terraza como de la del pasillo. Está ocurriendo.

«Joder. Vamos a morir aquí dentro».

No puede creer que haya llegado tan lejos. Ha escalado todo un hospital a través de los conductos de ventilación y ha saltado desde el tejado, solo para acabar detenido, en el mismo lugar de donde escapó.

Y ahora, morirá de hambre en esta maldita habitación. Los zombis no pudieron con él, pero las autoridades sí. Le recuerda a cómo Al Capone esquivaba a la policía, hasta que finalmente fue la Agencia Tributaria quien lo derribó.

Agua todavía hay, por supuesto. Asume que los grifos en los baños seguirán funcionando durante un buen tiempo. Pero ¿cuánto tiempo pueden sobrevivir solo a base de agua? ¿Semanas? ¿Cómo se siente morir de hambre? ¿Se volverán cada vez más hambrientos, luego más débiles, hasta que finalmente no puedan moverse?

Se levanta de la litera y la mira como si fuera un ataúd. No voy a morir así. Si llega el momento, me pegaré un tiro.

Al darse cuenta de hacia dónde se dirigen sus pensamientos, Aksel siente una punzada de pavor.

«Bueno», le dice otro pensamiento, sonando casi jovial. «¿Qué fue lo que le dijiste a Linus? Corre en la familia, ¿verdad?»

Aksel de repente tiene problemas para respirar. Obliga a sus pulmones a expandirse. Se siente mareado. La habitación comienza a girar.

Se tumba de nuevo en la litera. Tiene frío y está cansado, así que se tapa con la manta. Puede oír a Rosa y a Belinda hablando entre ellas. Belinda está consolando a su hija. Aksel no puede evitar envidiarlas. Al menos se tienen la una a la otra. Él no tiene a nadie. Nadie que le diga que

todo estará bien. Solo la oscuridad dentro de él. La misma oscuridad que se llevó a su abuelo, a su madre y a su hermano, y que pronto se lo tragará a él.

Aksel puede sentirlo. Está asomando su cabeza fea.

Siempre ha estado ahí, pero ahora se está despertando. Ha estado huyendo de ella, manteniéndola a distancia, pero ya no tiene a dónde huir. Y le ganará. En algún momento, será demasiado débil y estará demasiado desesperado como para luchar contra ella. Le convencerá de que la opción menos dolorosa es acabar con todo por su propia mano.

Tal como lo hizo con su abuelo cuando el dolor de la artritis se volvió insoportable.

Tal como lo hizo con su madre cuando la depresión se hizo demasiado pesada.

Tal como lo hizo con Jakob cuando estaba tumbado en esa cama de hospital, faltándole un dedo, teniendo todo el tiempo del mundo para contemplar cómo había causado el maldito apocalipsis.

Aksel lo vio en sus ojos, cuando estaban de pie en el techo. No fue una decisión impulsiva, como había supuesto al principio. Fue la oportunidad que había estado esperando. La oscuridad había estado acumulándose desde que Jakob recuperó la consciencia y se dio cuenta de lo que había hecho. Ver morir a Frida frente a él fue probablemente la gota que colmó el vaso. Fue la excusa final que la oscuridad necesitaba para persuadirle de que no quedaban más opciones. Que seguir viviendo sería demasiado doloroso de soportar. Que la muerte era la mejor alternativa.

Con los pensamientos sombríos girando en su mente como restos de bilis bajando por un desagüe, Aksel se deja llevar hacia un estado que se asemeja al sueño.

Cuando oye un pitido, levanta la cabeza y ve la puerta abrirse. Es entonces cuando sabe con certeza que está soñando, porque una figura entra en la habitación. Hay una luz intensa viniendo del pasillo, cegándolo, dificultando que distinga los rasgos del visitante. Sin embargo, puede decir por la silueta que es su hermano.

—Eh, tío —dice Jakob, deteniéndose frente a la cama—. ¿Cómo lo llevas?

—Estoy bastante jodido, si te digo la verdad.

—Lo entiendo. El mundo ya estaba jodido, y ahora que se está acabando, es aún peor.

—Sí, bueno, ¿tú qué sabes?

Jakob no responde, y Aksel lamenta su tono brusco.

—Sé a lo que te refieres —dice Jakob en voz baja—. Lo siento. No estaba seguro de que el paracaídas soportaría a los dos...

—Ni se te ocurra ir por ahí. Ni siquiera sugieras que lo hiciste por mí.

Jakob suspira.

—Tienes razón. —Hace una pausa breve—. Siento lo de Frida también.

—No te culpes —responde Aksel automáticamente.

—No lo hago. Ya he hecho las paces con ello.

Aksel mira a su hermano muerto, intentando distinguir su rostro.

—¿Lo has hecho? Siempre solías culparte por cualquier cosa.

Jakob se encoge de hombros.

—Bueno, la muerte te cambia, supongo. Ahora veo que todo esto iba a suceder de todas formas. Si no éramos Viggo y yo, habría sido alguien más. —Gruñe—. No estoy diciendo que llevar a ese tipo congelado de vuelta al pueblo no fuera una maldita estupidez. Solo digo que esto es más grande que ese viejo. Es algo antiguo que ha sido despertado.

Aksel frunce el ceño.

—¿De qué demonios hablas?

—Lo descubrirás. Pero solo si no te rindes.

—¿Y por qué no debería rendirme? —dice Aksel, mirando hacia otro lado—. ¿Por qué coño debería seguir adelante cuando el simple hecho de seguir vivo es una pesadilla? Y no me vengas con esa mierda de que suicidarse es la salida fácil. Dame una razón real, joder.

Jakob guarda silencio por un instante. Luego dice suavemente:

—Porque aún no te toca morir. Es lo único que tengo, Axe.

—No me lo creo —dice Aksel—. No existe el destino. No soy una pieza en algún juego divino.

—Tienes razón —dice Jakob—. Esta es tu elección. De nadie más. Y lo que elijas determinará todo.

—¿Qué clase de tontería espiritual es esa? —gruñe Aksel—. ¿Ahora eres Jesucristo o qué?

Jakob suelta una risotada.

—Ni de lejos. Solo te doy mi opinión.

—Ni siquiera estás aquí realmente —murmura Aksel, dándole la espalda a su hermano—. Solo eres una proyección de mi mente. Estoy hablando con un recuerdo.

—Probablemente tengas razón —continúa Jakob—. Supongo que no puedo decirte nada que no sepas ya.

—Exactamente, no puedes. Solo dices lo que quiero que digas.

Hay un momento de silencio. Luego dice Jakob:

—Entonces, ¿qué tal esto? Te quiero, tío. Y siento haberte dejado solo así. Fue la única elección que pude hacer en ese momento. Me da mucha lástima que no pueda deshacerse. Ahora

lo sé, pero es demasiado tarde, ¿sabes? Si pudiera retroceder el tiempo y hacerlo bien... —Jakob suspira.

Aksel siente que se le llenan los ojos de lágrimas, y traga con dificultad para no llorar. Sigue mirando la pared, sintiendo a su hermano ahí de pie, mirándolo.

—Bueno, tengo que irme ya —dice Jakob, con tristes suspiros—. Oye, si decides acabar con todo, entonces estaremos juntos de nuevo.

Aksel se da media vuelta para mirar a su hermano.

—¿Qué coño es eso? ¿No viniste para convencerme de que no me matara?

Jakob levanta los brazos.

—¡Lo hice! Nunca quisiste pasar tiempo conmigo. Así que pensé que la idea de tenerme a tu lado por toda la eternidad te asustaría para que siguieras viviendo.

Aksel no puede evitar sonreír.

—Tienes razón. Eras tan necesitado, pasar tiempo contigo era como una tortura.

—Oye, al menos yo no me masturbaba viendo anuncios de champú.

—Era Eva Mendes la del anuncio, no podía evitarlo.

—Sí, bueno, yo sigo teniendo pesadillas después de pillarte en plena acción.

—Entonces deberías haber llamado antes de entrar en mi habitación.

—Supongo que sí. De todas formas, olía a perro muerto ahí dentro.

—¿Ah, sí? ¿Quién huele a perro muerto ahora?

—¡Eso es un golpe bajo! —ríe Jakob. El sonido es tan familiar que Aksel casi vuelve a llorar. Entonces Jakob chasquea los dedos—. Mierda, casi se me olvida. Sé que dijiste que soy solo un recuerdo y todo, y no discuto eso. Pero... mamá está aquí, e insistió en que te dijera algo.

Aksel resopla.

—¿De verdad? No me imagino qué puede querer decirme.

—Me dijo que te dijera que papá se equivocaba. Que las pastillas ya se habían acabado.

Esto hace que Aksel se detenga.

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Qué pastillas?

Jakob se encoge de hombros.

—No lo sé, tío. Eso fue lo que me dijo.

—Solo te estás inventando mierda... —Pero, incluso mientras lo dice, es consciente de la paradoja. Porque, o bien Jakob es solo un recuerdo, en cuyo caso es su propia mente la que ha inventado lo que acaba de decir. Y ¿por qué se le ocurriría algo que no tiene sentido para él? La

otra explicación es igual de inverosímil, ya que eso significaría que Jakob realmente ha entregado un mensaje críptico desde el más allá.

—Cree lo que quieras —dice Jakob, con tono apresurado—. De verdad necesito irme. Alguien más va a venir.

—¿En serio? ¿Quién es? ¿Martin Luther King?

—Es una mujer, creo. Nos vemos, Axe. Tarde o temprano.

Jakob se da la vuelta y sale por la puerta, luego la cierra suavemente detrás de sí. A medida que la luz desaparece de su vista, Aksel parpadea, intentando ajustar su visión a la repentina oscuridad.

Entonces la puerta se abre de nuevo, y entrecierra los ojos, esperando ser cegado una vez más. Esta vez, sin embargo, no hay un resplandor divino entrando, solo la luz normal de los paneles del techo del pasillo. Y la persona que está de pie ahí no es Jakob. Es una mujer, alta y delgada, con el pelo recogido en un moño tirante, y unos ojos grises fijos en Aksel.

—¿Estás bien? —pregunta.

Solo al oír su voz, Aksel se despierta por completo. Logra incorporarse y aclararse la garganta. Su cabeza da vueltas por un momento mientras se ajusta al hecho de que estaba soñando y que la puerta realmente está abierta esta vez.

—¿Estás enfermo? —pregunta la policía otra vez. No ha entrado en la habitación, y su mano sigue en el pomo de la puerta, lista para cerrarla de golpe.

—No —responde Aksel, mirándose a sí mismo—. Estoy bien. No tengo fiebre ni nada. Solo estaba descansando.

—Bien —dice ella—. Porque vienes conmigo.

Encuentra a Ragnar ocupado sacando una lona enrollada de uno de los estantes.

—¿Ragnar? —pregunta Kristoffer.

El viejo le lanza una mirada rápida.

—¿Sí?

Las preguntas están justo ahí, en la punta de su lengua. ¿Qué pasó realmente? ¿Puedes contarme cómo murió otra vez? Y la más importante, la que realmente quiere hacer: Sé honesto, Ragnar. ¿La mataste tú?

Pero algo detiene a Kristoffer. Ya sea el hecho de que no tiene pruebas concretas, aparte de una vaga sensación en el estómago, o porque Ragnar, por supuesto, lo negaría de todas formas, no está seguro. Quizás es el pensamiento de que una vez que las preguntas salgan, no podrá borrarlas, y perderá la confianza de Ragnar, probablemente para siempre. También está el hecho de que simplemente no tiene sentido. Fue Ragnar quien quiso que Hans e Ingrid vinieran aquí. ¿Por qué demonios haría eso solo para matarla a las pocas horas?

Un cambio de parecer así sería irracional. Y Ragnar no es irracional. Extraño sí. Paranoico incluso. Pero no loco. Su mente funciona perfectamente bien. De hecho, parece del tipo que siempre tiene un plan. No actúa por impulsos; piensa las cosas y también tiene mucha disciplina.

Tampoco es un psicópata, por lo que a Kristoffer le cuesta mucho creer que Ragnar invitara a Ingrid aquí solo para asesinarla por deporte. Si la mató, es más probable que lo haya hecho por rabia... ¿cómo era la palabra que usaban en CSI?... un crimen pasional. ¿Dijo Ingrid algo que lo enfureció? ¿Algo muy insultante? ¿Se comportó de una manera que Ragnar no podía aceptar? ¿Discutieron? Si hubieran estado gritando, Kristoffer probablemente lo habría oído. Ragnar parece del tipo que puede enfadarse, pero ¿lo suficiente como para asesinar a alguien con sus propias manos? Eso simplemente no...

—¿Qué pasa? —pregunta Ragnar, deteniéndose con la lona bajo el brazo—. Tienes una expresión extraña en la cara, Kris. No te vayas a culpar ahora. Fue desafortunado, pero no hay nada que podamos hacer al respecto.

Kristoffer parpadea.

—No me estoy culpando. Es solo que... no puedo creerlo.

—Lo sé —asiente Ragnar—. Es una lástima. Era demasiado joven. Debería haber tenido más cuidado con su salud.

—No, me refiero a... —Kristoffer se muerde el labio.

Ragnar lo mira atentamente.

—¿Qué no puedes creer? ¿Tienes algo en mente, Kris?

Él sacude la cabeza lentamente.

—No estoy seguro. Probablemente esté en estado de shock.

Mira hacia otro lado, pero Ragnar se inclina, atrapando de nuevo su mirada.

—¿Te estás preguntando si la maté?

Kristoffer siente una descarga eléctrica recorrer su interior. Se da cuenta de que estaba siendo demasiado obvio, y por supuesto, Ragnar le ha leído la mente. Casi como si se lo hubiera preguntado directamente. Respira por la nariz, esperando que Ragnar diga algo más.

Ragnar suspira.

—Te entiendo. Pero tienes que comprenderlo, soy un pragmático, Kris. Solo hago cosas de las que obtengo algo. —Se encoge de hombros—. Todo lo que consigo con esto es un dolor de cabeza, un cadáver de 150 kilos con el que lidiar, un tipo que ahí fuera no funcionará bien durante días por el dolor de haber perdido a alguien, y perder una lona en buen estado. No es un gran análisis de coste-beneficio si me lo preguntas. Además —inclina la cabeza hacia la entrada de la cueva—, si no la quisiera aquí, podría simplemente decirle que se largue. Me parece mucho menos trabajo.

Kristoffer no sabe qué decir. Todo tiene sentido. Y sin embargo, no puede relajarse, el nudo en su plexo solar sigue ahí.

Ragnar le da una palmada en el brazo.

—El mundo ha cambiado, Kris. Está a punto de mostrar su verdadera cara. La civilización siempre fue una mentira frágil. Tienes que estar preparado para enfrentar la vida y la muerte, porque nos guste o no, va a empezar a haber mucho más. Ahora, voy a salir ahí fuera a dar una digna despedida a tu mujer, y me vendría bien algo de ayuda.

Entonces, antes de que Kristoffer pueda responder, Ragnar simplemente pasa junto a él y sale de la cueva.

Gira el pestillo y se vuelve hacia el lavabo. No quiere mirarse en el espejo, pero sabe que debe hacerlo.

No es tan malo como temía. Su pelo está desordenado, su camisa está rasgada, sus manos están cubiertas de pequeños arañazos por el seto, y tiene marcas de tierra por todas partes de haber rodado por el suelo helado. Pero aparte de eso, se ve bien.

Ella está helada. También está temblando por todo el cuerpo, y siente ganas de llorar, pero se obliga a reprimir el impulso. Entra en la ducha sin molestarse en quitarse la ropa al principio. Está completamente destrozada de todos modos, y no hay forma de que se las vuelva a poner. Se acuerda de sacar el teléfono y dejarlo en la encimera. Mueve la silla de plástico destinada a los ancianos para que se sienten mientras se duchan. Luego abre el grifo, espera a que el agua se caliente, y se pone bajo el chorro. Deja que el agua le caiga sobre el pelo, la cara y el cuerpo, y siente que es purificadora, reconfortante.

Mira hacia abajo y ve el barro deslizarse por el suelo y bajar por el desagüe. Se quita la ropa con esfuerzo y la deja caer en la esquina. Luego se lava adecuadamente, usando el gel de baño del estante. Los arañazos en sus manos escuecen un poco, pero se asegura de limpiar bien su piel.

Al salir, encuentra una toalla en el armario y se seca el pelo, luego el cuerpo. Se mira de nuevo en el espejo, y solo ahora se da cuenta de que no tiene ropa limpia. Abre el armario otra vez. La anciana que vive aquí tiene mucha ropa. Ella no tiene otra opción que elegir algo que parezca que le quede bien. Escoge unos pantalones de lino, una camisa abotonada y calcetines de lana. El conjunto es tan antiguo que casi parece retro, y sorprendentemente le queda bien. Las mangas y las perneras son un poco cortas, pero servirá.

Se recoge el pelo en un moño y se queda frente al espejo por un momento, escuchando. Puede oírlos hablando fuera. También puede oír gritos y ruidos fuertes provenientes de otras partes del

edificio.

Mierda, esto se está descontrolando...

Coge su teléfono y ve varias llamadas perdidas de su madre, junto con cinco mensajes.

Escribe: «Estoy bien. Marit también. Estamos a salvo. Siento haberte asustado. Llamaré pronto».

Lo primero es averiguar cuán mala es la situación y cómo demonios salir de ahí.

Así que abre la puerta y sale de nuevo. Agradece salir del baño humeante, ya que el calor la estaba haciendo sudar.

Lo primero que nota es que Gunnar sigue peleando por entrar con el cristal de la puerta de la terraza. El vidrio ya está completamente rajado. Ha amanecido afuera, y la luz gris muestra el césped y la fila de pequeños árboles al final. Detrás de ellos está el pueblo, y Ella ve pasar un coche.

¿Acaso alguien fuera de la residencia de ancianos se habrá dado cuenta de lo que está pasando aquí? Ella tiene el mal presentimiento de que el pueblo de Mo está a punto de ser tomado por sorpresa. Todos deben haber oído hablar de lo que está ocurriendo en Torik, pero con varios kilómetros de distancia entre los pueblos, seguro que nadie espera que la infección aparezca por aquí.

Marit y la anciana están sentadas junto a la pequeña mesa, y el tipo corpulento sigue desplomado en la cama junto a la pared opuesta. El hombre negro está caminando de un lado a otro. Lo hace de una manera casi caricaturesca, como el pato Donald o Bugs Bunny cuando están pensando en algo. Su expresión es extrañamente neutral, y sigue mirando a Gunnar, aparentemente es el único en la sala que no intenta evitar mirarlo.

Al ver a Ella, Marit se pone de pie. Parece que está a punto de salir corriendo de la habitación, pero obviamente no puede, ya que desde aquí, los sonidos provenientes del resto del edificio son aún más notorios, a pesar de los gruñidos y golpes de Gunnar contra el cristal.

—Mira, lo siento —dice Marit—. Me asusté...

Ella suspira y asiente.

—Lo entiendo. Perdona por haberte abofeteado. No debería haberlo hecho. Acabas de perder a tus dos... Lo siento.

Marit rompe a llorar de nuevo y se acerca a abrazar a Ella. Ella le devuelve el abrazo, apretando a su prima.

—Estás temblando —dice Marit, soltándola—. ¿Estás bien?

—Es solo la adrenalina, supongo —murmura Ella. No se había dado cuenta hasta ahora, pero Marit tiene razón: los músculos de sus brazos y piernas están temblando ligeramente. No es de extrañar, con el esfuerzo que ha hecho. A eso se suma el hecho de que no ha dormido en más de veinticuatro horas. Se vuelve hacia el hombre negro.

—Gracias por ayudarme.

Él le envía una breve sonrisa.

—No es nada.

Ella mira a la anciana y al hombre en la cama. Aunque son los mayores en la sala, ninguno parece querer tomar el control. Así que Ella vuelve a mirar al hombre negro.

—¿Cómo salimos de aquí?

—No lo haremos —responde él, aun paseándose por la habitación—. Al menos no por ahora. Llamé al 112. Ya sabían lo que está pasando. Están enviando gente para ayudarnos.

—Bien —dice Ella. Eso no la tranquiliza. Primero, su madre ya llamó a la policía, y no ha servido de nada. Segundo, a juzgar por cómo están yendo las cosas en Torik, no está en absoluto convencida de que la policía vaya a ser de ayuda; podrían incluso empeorar las cosas si irrumpen aquí sin las precauciones adecuadas. Ella está cien por ciento segura ahora de que los infectados no son solo unos pobres infectados, sino que son muertos que caminan, y deben ser tratados como tales. Sin embargo, apenas puede imaginarse a los oficiales de policía noruegos abriendo fuego contra lo que, sin duda, consideran personas enfermas que necesitan asistencia médica, incluso si están atacándolos.

Recuerda un incidente de Trondheim hace unos años. Su madre no estaba de servicio ese día, y Ella sigue agradecida por ello. Un tipo psicótico entró en una cafetería con un cuchillo y amenazó con matar a todos los allí presentes, incluyéndose a sí mismo. La policía llegó e intentó convencerlo de que se rindiera. El hombre salió a la calle, y tuvieron varias oportunidades para dispararle. Podrían incluso haberle disparado en la pierna. Pero no lo hicieron. Y acabó corriendo hacia uno de ellos, un oficial mayor, matándolo. Solo entonces fue abatido, pero con golpes de porra y esposas de por medio. Ni un solo disparo fue efectuado, incluso mientras el hombre apuñalaba repetidamente al oficial. Más tarde se supo que también había apuñalado a una mujer dentro de la cafetería, mientras la policía dudaba afuera.

Ella le preguntó a su madre por qué diablos el oficial no se había defendido disparándole cuando el tipo corrió hacia él.

Su madre dijo simplemente: «No es tan fácil como crees».

Ella dedujo de esto que los oficiales no solo no tenían permitido disparar a alguien a menos que fuera absolutamente necesario, sino que tampoco querían hacerlo. Y eso parece ser exactamente lo que está ocurriendo en Torik.

Así que, incluso si a los policías que vienen a la residencia de ancianos se les permitiera usar sus armas, probablemente no lo harían.

Ella se acerca a la puerta que asume que lleva al pasillo; la otra parece ser un armario, y el área de la cocina es una extensión de la sala principal, sin puertas que la separen.

—¡No salgas, Ella! —le grita Marit.

—No lo haré —murmura Ella, deteniéndose frente a la puerta. Escucha, intenta imaginar lo que está pasando ahí fuera. No suena bien. Puede oír cosas cayendo al suelo, puertas que se cierran de golpe, pasos corriendo. También hay gente gritando, algunos de dolor, otros de miedo, algunos intentando advertir a los demás. Muchas de las voces parecen de ancianos. Luego están los sonidos aún más inquietantes. Gruñidos. Resoplidos. Pasos arrastrándose. Desgarros. Masticación. Dientes chasqueando.

Entonces, de repente, alguien choca contra la puerta.

Ella ahoga un grito y retrocede, mientras el pomo se mueve violentamente.

—Déjame entrar —se escucha la voz delgada de un hombre. Está sin aliento, débil y aterrorizada—. ¡Por favor, abre la puerta, por el amor de Dios! ¡Por favor, no dejes que... no, aléjate!

Un gruñido ahoga la voz temblorosa del hombre, y se escucha una pelea, un grito ronco, y luego cuerpos golpeando el suelo. El grito se convierte en un gorgoteo. Luego, una masticación húmeda y repugnante.

Ella siente náuseas. Vuelve con los demás.

Marit se ha sentado de nuevo junto a la anciana. Ambas la miran.

—Está mal la situación ahí fuera, ¿verdad? —pregunta la mujer—. Por una vez, me alegro de no oír bien...

—Estoy segura de que muchos de los otros residentes se han encerrado en sus habitaciones —dice Ella—. Estarán bien. Igual que nosotros.

—Eso espero —dice la mujer. Entonces parece notar algo—. ¿Qué le ha pasado a tu muñeca, querida?

Ella mira hacia abajo.

—Es solo de una cadena. No es nada.

—Pero tu piel —dice Marit, frunciendo el ceño—. Parece que...

Un golpe en el otro extremo de la sala hace que todos dirijan su atención en esa dirección.

El tipo corpulento se ha desplomado en el suelo. El primer pensamiento de Ella es que simplemente se quedó dormido. Pero por la forma en que está tendido, boca abajo y con el trasero en alto, parece más como si estuviera borracho o, peor aún... como si estuviera enfermo.

El hombre negro se apresura a acercarse.

—¿Señor? ¿Señor? ¿Está bien?

El hombre gordo intenta responder, pero todo lo que logra es un débil murmullo. El hombre negro lo ayuda a ponerse de espaldas con la mayor delicadeza posible. El brazo del hombre cae al suelo, y es solo ahora que Ella nota que tiene el costado desgarrado. Estuvo todo el tiempo sentado con los brazos apretados contra su estómago, casi como si estuviera escondiendo algo. El material blanco de lana es visible, y en él, Ella ve manchas oscuras que solo pueden ser de sangre.

—Joder, ¡lo han mordido! —Exclama.

—Espera un momento —dice la policía, levantando la mano mientras Aksel se pone de pie—. Solo un momento.

Revisa el pasillo en ambas direcciones, luego abre la puerta del todo, revelando la pistola en su otra mano.

Aksel automáticamente muestra las palmas de las manos—. Oye, no hace falta eso...

—No estoy aquí para amenazarte —dice la policía con calma—. Pero te haré una oferta. Si vienes conmigo y me ayudas, haré todo lo posible por llevarte a un lugar seguro.

—¿Ayudarte? —repite Aksel—. ¿Con qué, exactamente?

—A llegar hasta mi hija. Está al norte, y necesita...

—No voy a volver a Torik —dice Aksel de inmediato.

—No, no a Torik. No tan al norte. —Vuelve a revisar en ambas direcciones y luego mira a Aksel—. ¿Vienes conmigo o no?

—¿Aksel? —pregunta Belinda desde la habitación contigua—. ¿Qué está pasando?

—¡Todo está bien! —grita Aksel. Luego, dirigiéndose a la policía:— ¿Pueden venir ellas también? ¿O la oferta es solo para mí?

—Si no están enfermas, pueden unirse.

—¿Y si digo que no? ¿Vas a cerrar esa puerta de nuevo y dejarnos?

—Por supuesto que no —dice la policía, frunciendo el ceño como si la sugerencia la horrorizara. Saca una tarjeta llave de su bolsillo y se la lanza a Aksel. Él la atrapa torpemente—. Podéis intentar hacerlo por vuestra cuenta. Pero sinceramente creo que tendremos más posibilidades juntos. Mi hermano tenía... tenía un barco, y sé dónde está anclado y cómo navegar. Podemos ir a Gran Bretaña o algún otro destino que sea seguro. Pero primero, tenemos que ir a buscar a mi hija.

Aksel se muerde el labio—. ¿Me darás un arma?

La policía lo considera brevemente—. Solo tengo la mía. Creo que sé dónde podemos conseguirte una —Le señala con el dedo—. Pero esa oferta es solo si aceptas ayudarme.

—Me parece un buen trato —dice Aksel—. Lo haré.

La policía asiente una vez y está a punto de decir algo cuando se oye un ruido a la izquierda—. Mierda —murmura—. ¡Tapaos los oídos! —Adopta una posición con los pies separados, levantando la pistola con ambas manos, inclina ligeramente la cabeza y cierra un ojo.

Aksel se tapa los oídos con las manos, entrecerrando los ojos, mientras anticipa el disparo. Pero la mujer no dispara de inmediato. Aksel escucha un gemido y unos pasos que se acercan, como si alguien caminara arrastrándose. Aun así, la mujer sigue allí, inmóvil. Mueve ligeramente la pistola de un lado a otro, y Aksel se da cuenta de que está esperando a que el zombi esté lo suficientemente cerca para...

El disparo llega inesperadamente y es mucho más fuerte de lo que pensaba, incluso con los oídos tapados. Literalmente puede sentir cómo la vibración del sonido golpea las paredes, luego impacta su rostro y al mismo tiempo su cuerpo.

La policía baja su arma a un ángulo de cuarenta y cinco grados, manteniendo el objetivo, aparentemente esperando ver si necesita disparar una vez más. Luego se relaja, deja salir un largo suspiro entre sus labios apretados y mira a Aksel.

—Vamos. No tenemos mucho tiempo.

Desaparece de su vista, y mientras Aksel sale de la habitación, se detiene brevemente para mirar a la doctora que había venido antes. Está boca abajo, un charco marrón se está formando alrededor de su cabeza.

De repente, como de la nada, un pensamiento le llega claro como el agua: «No me rendiré. No haré lo que hizo Jakob. Voy a sobrevivir. Cueste lo que cueste».

Aksel corre hacia la puerta de Rosa con la tarjeta llave.

—Vale —dice Ragnar, enderezando la espalda con un quejido—. Ya está.

Kristoffer da un paso atrás y observa la momia (improvisada) que tienen frente a ellos. Envolver a Ingrid fue más difícil de lo que pensaba. Intentó no tocar su piel desnuda, pero incluso a través de la ropa, podía sentir lo fría que estaba, casi congelada. Sus articulaciones también estaban extrañamente rígidas, y parecía incluso más pesada de lo que aparentaba.

De ahí viene la expresión "pesas más que un muerto"...

Ahora es más fácil mirar a Ingrid, ya que se asemeja a un enorme burrito verde. Ragnar ató sus pies y cuello con una cuerda, e instruyó a Kristoffer para que la colocaran sobre un par de ramas grandes de un pino que había traído.

—Podemos deslizarla hasta el arroyo —dice Ragnar, secándose la frente con la manga—. Así no tendremos que hacer que ruede.

Un ruido detrás hace que Kristoffer se gire.

Hans sale a la meseta. Ha estado vagando sin rumbo desde que comenzaron el proceso de envolver el cuerpo. Su tez está muy pálida, sus ojos están enrojecidos de tanto llorar.

—¿Ya... habéis terminado? —pregunta.

—Sí, estamos a punto de irnos —dice Ragnar—. ¿Quieres despedirte de ella una última vez?

Hans mira a la momia y traga con esfuerzo.

—Ya lo hice. Pero creo que deberíamos hacer una oración.

—Oh. Claro —Ragnar junta las manos delante de su ingle, y Hans copia el gesto.

Kristoffer baja la cabeza mientras Hans comienza a murmurar. Suena como el Padrenuestro, que Kristoffer recuerda cuando estaba en la escuela de primaria.

Cuando termina, vuelve a sollozar.

Ragnar carraspea.

—Muy bien, pongámonos en marcha. Kristoffer, tú coge esa rama, yo tomaré la otra.

—¿Y yo qué? —pregunta Hans, con la voz entrecortada—. ¿Cómo puedo ayudar?

Ragnar duda.

—Si estás seguro de querer ayudar, puedes empujar.

El grandullón asiente, luciendo decidido a pesar de las lágrimas derramadas.

—¿Estáis listos? —pregunta Ragnar, mientras toman posiciones—. Solo seguid mi ritmo.

Es más fácil de lo que temía Kristoffer. Puede sentir cómo Hans realmente se esfuerza; el tipo no es solo gordo, sino también bastante fuerte, y agradece que esté ayudando, de lo contrario, él y Ragnar habrían tenido mucho trabajo.

Logran mantenerse en terreno plano y rocoso casi todo el camino. Ragnar evita cualquier arbusto, acantilado o agujero. Es evidente lo familiarizado que está con la zona. Pasados unos diez minutos, llegan al arroyo.

Mientras hacen una pausa para recuperar el aliento, Ragnar desabrocha los botones superiores de su camisa, Hans se deja caer en una roca, y Kristoffer simplemente se queda allí, mirando al agua reluciente, pensando en el viaje que Ingrid está a punto de emprender. Algo en la orilla opuesta llama su atención. Es de color bronce y refleja la luz del sol. Moviéndose un poco a la izquierda, Kristoffer distingue que es una placa de metal oxidada, grande como un torso, con bordes irregulares. Está encajada entre un par de rocas grandes. Hay algo escrito en ella, con pintura negra casi desvanecida. Kristoffer logra leerlo.

—Fallschirmjäger, Regimiento Tres —lee en voz baja.

—Excelente pronunciación —comenta Ragnar, de pie, de repente, justo a su lado, haciendo que Kristoffer se sobresalte—. No sabía que hablabas alemán.

Kristoffer se encoge de hombros.

—Aprendí algunas frases en la escuela. ¿Qué hace un fragmento de un avión paracaidista nazi aquí?

—Es de las batallas de Narvik, por supuesto —dice Ragnar—. Todavía hay un montón de basura por estas montañas. —Echa un vistazo alrededor, y luego murmura en un alemán casi perfecto—: "Maldita vergüenza".

—Tampoco sabía que hablastes alemán.

Ragnar comienza a desenrollar otra cuerda que llevaba colgando de su cadera.

—Estuve sirviendo allí durante la Guerra Fría. Échame una mano, Kris.

Kristoffer le ayuda a atar la cuerda alrededor de los pies de Ingrid. Ragnar se asegura de que esté bien sujeta.

—¿Cómo la bajamos hasta allí? —pregunta Hans, mirando al agua. Desde donde están, hay una caída de unos cuantos pies hasta el arroyo.

—Tendremos que tirarla —dice Ragnar sencillamente—. Bajarla sería demasiado complicado —Cuando Hans está a punto de protestar, Ragnar continúa—: No tienes por qué estar aquí viendo esto. Ni tú, Kris. Puedo encargarme yo solo —Señala río abajo—. Los primeros cien metros son un poco sinuosos, así que me quedaré a observar para asegurarme de que siga el curso correctamente. El terreno es complicado, así que no quiero que ninguno de vosotros venga. Si pisáis una roca suelta y caéis al agua, os convertiréis en hipotérmicos en segundos, y podríamos estar despidiendo a dos cuerpos en lugar de uno.

Hans asiente con la cabeza.

—Vale. Gracias, Ragnar.

—No me des las gracias. Vuelve y descansa un poco.

Hans asiente y se da la vuelta. Kristoffer mira a Ragnar una última vez. Luego sigue a Hans.

—¡Aléjate de él!

El hombre negro duda, obviamente dividido entre atender la advertencia de Ella y ayudar al tipo. Entonces también se da cuenta de la sangre, y eso parece despejar las dudas de su mente.

—Maldición, no pensé que estuviera herido. —Sus ojos parecen particularmente grandes y blancos, mientras mira al hombre en el suelo y luego a Ella—. Nunca debería haberlo traído aquí.

—No, no deberías haberlo hecho —dice Ella, acercándose, dándose cuenta de que está actuando sin apenas saber lo que va a hacer. Es como si sus instintos estuvieran tomando las decisiones—. Ahora necesitamos sacarlo de aquí...

—¡No deberías tocarlo! —grita Marit.

—¿Y cómo vamos a sacarlo entonces? —responde Ella con brusquedad—. Vamos, dame esa manta... —Señala la cama, y el hombre negro capta la indirecta de inmediato. La agarra y la arroja sobre el hombre, luego la envuelve alrededor de él.

Ella se siente aliviada al ver que el hombre negro no tenga miedo de ensuciarse las manos. Lo último que necesita en una situación como esta es más personas como Marit, que se vuelven inútiles bajo presión.

Él la mira, levantando las cejas.

—¿Al baño?

Ella asiente.

—Creo que es la única opción que tenemos, sí.

—Espera —interviene la anciana—. No puedes simplemente...

—Podemos y lo haremos —la interrumpe Ella—. Está infectado, y se transformará en cuestión de minutos. Aún debemos tener cuidado. Si pueden morder a través de un abrigo, pueden morder

a través de una manta.

—Este es mi hogar —protesta la anciana, poniéndose de pie—. Ese es mi baño. Ya tomasteis mi ropa sin pedir permiso. Sinceramente creo que deberías pensar un poco en los demás, jovencita...

Ella ignora el sermón. No puede creer que la mujer esté realmente preocupada por su ropa en este momento. Es como si no se hubiera dado cuenta de que esta es una situación de vida o muerte. Entonces, Ella recuerda donde está, de que tal vez la mujer no está del todo en sus cabales. Muchas de las personas aquí están sufriendo probablemente de demencia y cosas por el estilo.

—Vamos —le dice al hombre negro—. Tenemos que movernos.

Él rodea al hombre envuelto, que sigue gruñendo y murmurando bajo la manta. Ella y el hombre cogen cada uno una bota del hombre y comienzan a arrastrarlo por el suelo, que es de moqueta, por lo que se desliza con facilidad. Hay un umbral de unos cinco centímetros hacia el baño, y necesitan tirar con fuerza para que el hombre lo cruce. El hombre gime, como si le doliera la espalda.

El baño es tan pequeño que ocupa casi todo el suelo. Aun así, necesitan meter todo su cuerpo para poder cerrar la puerta. Entonces, el hombre negro salta afuera y se agacha para empujar los hombros del hombre, mientras Ella tira de sus piernas. Justo cuando logran meterlo lo suficiente, el hombre suelta un grito y se incorpora.

Parece una escena de una película de terror clásica, donde un cadáver en la morgue se despierta de repente en la camilla.

—¡No, no lo hagáis! —grita, con voz aturdida, mientras empieza a quitarse la manta de la cabeza—. ¿Qué estáis haciendo? ¡Quitadme esto de encima...!

—Sal de ahí —murmura el hombre negro a Ella, que está detrás del hombre gordo, sin casi posibilidades de poder salir.

Ella lo rodea, y el codo del hombre la golpea fuerte en la rodilla, haciendo que su pierna ceda. Se tambalea y se agarra al armario para no caer. Cuando logra ponerse de pie de nuevo, se gira para ver al hombre sentado allí, mirándola con furia. Su pelo está revuelto, su boca abierta, sus ojos enfadados pero vivos.

—¿Qué demonios estáis haciendo? No tenéis derecho a... ¿intentabais encerrarme aquí?

—Estás infectado —dice Ella. Su mente va a mil por hora, buscando una forma de pasar junto al hombre sin que la agarre. Pero está atrapada.

El hombre gruñe y comienza a levantarse.

—Desde luego que no. Solo me quedé dormido. Padezco apnea del sueño, que es una condición muy seria...

Ella se lanza hacia la puerta. El hombre está centrado en levantarse, lo cual, en el mejor de los casos, parece ser un desafío. Pero la ve moverse y golpea el marco de la puerta con la mano. Ella se agacha para intentar pasar por debajo, pero él se mueve de lado, apretándola, dejándola sin más opción que retroceder.

—Por favor —dice ella, extendiendo las manos—. Vas a morir. Y no quiero estar atrapada aquí contigo cuando lo hagas...

El hombre sacude la cabeza, haciendo que sus papadas tiemblen.

—No estoy muriendo. ¿Por qué demonios pensarías que...?

—Estás sangrando.

El hombre baja la vista a su chaqueta rota. Luego mira de nuevo a Ella.

—No, no estoy sangrando.

Está en shock, piensa Ella. Ni siquiera puede ver la sangre.

—Señor, fue atacado —le informa el hombre negro desde detrás—. Yo estaba allí. Lo vi. La señora. Fuera, cuando estaba paseando a su perro. ¿Lo recuerda?

—Sí, por supuesto que lo recuerdo —dice el hombre, sin moverse del umbral—. Pero no me hirió. Solo mi abrigo está...

—Mírate —casi grita Ella, señalando la chaqueta—. ¡Tienes sangre!

El hombre mira de nuevo, abriendo aún más el agujero en la chaqueta, revelando la sangre. Y al hacerlo, Ella finalmente ve que en realidad tiene razón: no es sangre. Las luces en el baño son mejores que en la sala de estar, y puede notar que la sustancia roja es demasiado brillante y espesa para ser sangre.

—¿Es esto a lo que te refieres? —pregunta el hombre, metiendo los dedos en el agujero y levantándolos—. ¡Es ketchup! —Baja la cremallera de la chaqueta, mete la mano en su bolsillo interior, y saca dos pequeñas bolsas de plástico con dibujos de tomates en ellas, del tipo que te dan en los McDonald's al pasar por el autoservicio. Ambas están rotas.

—Vamos —gruñe Ella—. Tienes que estar bromeando. ¿Quién demonios lleva ketchup en el bolsillo?

El hombre parece no haber oído el comentario.

—Os demostraré que no estoy herido, si es eso lo que queréis —continúa, quitándose la chaqueta. Lleva debajo una camisa gris abotonada, y el costado está intacto. Para demostrarlo aún más, se la sube y muestra su barriga. La piel en su costado está rosada e intacta.

—Madre mía —murmura el hombre negro, mientras el hombre se da la vuelta para enseñárselo—. Lo siento, señor. Estaba convencido de que...

—Bueno, estabas equivocado —interrumpe el hombre—. Estoy perfectamente bien, muchas gracias. Si alguien aquí parece enfermo... —le lanza una mirada a Ella, y luego vuelve a la sala de estar.

El hombre negro mira a Ella. De repente, hay algo en sus ojos que a Ella le gusta muy poco.

—¿Qué? —pregunta, notando una gota de sudor bajar por su sien—. ¿Qué pasa?

Marit se acerca desde un lado. Parece a punto de llorar de nuevo. Se lleva la mano a la boca al ver a Ella.

—Dios, Ella, lo siento mucho. Traté de decirte...

—¿Decirme qué? —exige Ella.

Marit comienza a llorar. El hombre negro señala hacia un lado. Ella gira la cabeza. Se ve a sí misma en el espejo. Su cara está toda roja, su frente perlada de sudor.

Finalmente, comprende. Ahora nota lo mal que se siente: está ardiendo, mareada y agotada, y su muñeca le duele como si estuviera en llamas. Ha estado apartando esa sensación para poder seguir adelante y lidiar con la situación. En ese momento, cuando se sube la manga, de lo que ya era consciente a un nivel más profundo de su ser llega a su mente con claridad.

—Oh, no —murmura—. Estoy infectada...

—Ahí —dice la policía, señalando hacia adelante—. Esa es nuestra salida.

Aksel está justo detrás de ella y ve las puertas de cristal. Parece una entrada de personal. Fuera hay un aparcamiento con algunos vehículos. Uno de ellos, un monovolumen azul, está aparcado en el centro, y hay un tipo muerto, o al menos Aksel asume que está muerto, ya que está tumbado junto al neumático delantero, con las piernas ocultas bajo el coche. Más lejos, dos zombis, un hombre y una niña, están cruzando el aparcamiento, aparentemente en persecución o en búsqueda de alguien.

Aksel mira hacia atrás, a Belinda y Rosa. Están cogidas de la mano, ambas mirando fijamente las puertas de cristal.

—Va a salir bien —les asegura—. No son muy rápidos. Podemos alejarnos de ellos fácilmente si tenemos que hacerlo. Solo aseguraos de manteneros unidas.

Desde que dejaron las salas de detención, no se han encontrado con ningún no muerto, aunque sí pasaron por delante de un cadáver. Pero ahora, al estar a punto de salir del edificio, eso ya no se puede evitar, y Aksel no tiene idea de cómo reaccionarán Belinda y Rosa. Lo que vio en la casa, sin embargo, le da esperanzas. Ambas parecían manejarse bien, incluso cuando enfrentaron a la mujer zombi de la ambulancia. Rosa incluso logró escapar por su cuenta y refugiarse en el vehículo.

—¿Cuánto queda hasta tu coche? —pregunta Belinda a la policía.

—Está aparcado a una manzana de aquí.

—¿Y no tenemos las llaves de ninguno de los coches que hay fuera? —pregunta Aksel.

La policía niega con la cabeza.

—Podríamos volver a los vestuarios, pero tendríamos que forzar las taquillas, y sería como una lotería encontrar una llave que coincida. Hasta donde sé, docenas de personas trabajaban aquí y

no todos conducían hasta el trabajo.

Otro zombi aparece, en el lado opuesto. Es un anciano, y no viene solo: Dos zombis femeninos le siguen de cerca. Se separan y deambulan en diferentes direcciones.

—Parece que hay muchos ahí fuera —dice Belinda—. ¿Seguro que no hay otra salida?

—Este lado del edificio es el menos concurrido, por lo que puedo ver —dice la policía. Suena también vacilante—. Solo me quedan seis balas, así que no podemos abrirnos paso a tiros. Tendremos que salir corriendo.

—No creo que sea una buena idea —dice Aksel.

La policía gira la cabeza para lanzarle una mirada helada.

—Como dije, esta es nuestra mejor opción.

—Y te digo que será un maldito suicidio —dice Aksel, señalando—. Mira, hay tres más... la calle está llena. Nos atraparán antes de que siquiera crucemos el aparcamiento.

—Si nos mantenemos juntos, estaremos bien —dice la policía—. Solo tenemos que seguir avanzando y no dejar que nos rodeen.

—Creo que Aksel tiene razón —dice Belinda, frotándose el brazo—. Creo que deberíamos reconsiderarlo... quizás esperar un poco.

—Esto no se va a calmar —dice la policía—. Y aunque lo hiciera, no tenemos tiempo para esperar. Mi hija sigue viva, acabo de recibir un mensaje suyo. Pero cada minuto que pierdo aquí, podría ser atacada y...

—Y eso no es nuestro problema ahora mismo —dice Aksel—. Mira, queremos ayudarte a llegar hasta ella, pero si nos precipitamos, nos morderán. He visto a un montón de gente hacer estupideces estos últimos días, y todos han acabado muertos.

La policía, obviamente no acostumbrada a que la contradigan, aprieta los dientes con fuerza. Mira de Aksel a Belinda y luego dice con voz gélida:

—Me voy. Por esas puertas. Con o sin vosotros. Es así de simple. O me seguís, u os quedáis. Me da igual.

—Eso es, trabajar en equipo —se burla Aksel—. Querías nuestra ayuda, pero solo si hacemos lo que dices, ¿es así?

—Dejemos las cosas claras —dice la policía, acercándose a Aksel. Es un poco más alta que él, y sus ojos arden de ira. Por un momento, él teme que lo golpee.

—Vosotros no sois mi responsabilidad. Mi hija lo es. No me importa nada más. Ahora si tú...

—¿¡Rosa!?

Aksel se sobresalta y luego se vuelve hacia Belinda. Ella está mirando por el pasillo. En ese momento Aksel se da cuenta de que estaba tan enfrascado en discutir con la policía que no se dio cuenta de que Rosa se había alejado. Está agachada junto al cadáver de un hombre que está tumbado de espaldas, con los brazos extendidos. Parece que alguien le ha pisoteado la cara varias veces. El color de la piel de sus manos revela que era un zombi cuando sucedió.

—¡No lo toques! —grita Belinda, corriendo hacia su hija—. ¿Qué estás haciendo?

—Está bien, mamá —dice la niña, levantándose—. Ya está muerto. Su cerebro ha sido destruido, ¿ves? Eso significa que está realmente muerto.

—Dios mío —exhala Belinda, agarrando a la niña y llevándola de vuelta—. ¡No puedes tocarlos, y no puedes alejarte así!

—No me estaba alejando —murmura Rosa.

—¿Qué estabas haciendo, entonces? —pregunta Aksel mientras Belinda trae de vuelta a la niña.

Rosa se encoge de hombros.

—Estaba buscando las llaves del coche en sus bolsillos, obviamente. No tenía ninguna.

Se produce un momento de silencio. Aksel, Belinda y la policía se miran entre ellos.

—Maldita sea —dice Aksel—. La niña es la única que está pensando de manera constructiva aquí.

—Eso... fue una buena idea, Rosa —cede Belinda—. Pero por favor, la próxima vez, dínoslo antes, ¿de acuerdo?

—Vale, claro —La niña señala—. Me gustaría revisar a ese tipo que está ahí fuera ahora. Creo que es muy probable que tenga llaves encima, ¿no crees? Quiero decir, probablemente se dirigía a su coche cuando le alcanzaron.

—Ni hablar —dice Belinda—. No vas a salir ahí fuera.

—Pero está bastante cerca de las puertas —insiste Rosa—. Puedo alcanzarlo en, como, tres segundos. Volveré antes de que cualquiera de ellos me vea.

—¡He dicho que no! —casi grita Belinda.

—No es mala idea —murmura Aksel. Belinda le fulmina con la mirada, claramente a punto de echarle la bronca, así que Aksel añade rápidamente—: No estoy diciendo que Rosa deba hacerlo. Lo haré yo. Probablemente soy el más rápido de nosotros.

—Tú también eres el más grande —señala Rosa—. Te verán enseguida. Yo soy mucho más pequeña. Quizás ni siquiera me noten.

—Te he dicho que de ninguna manera lo harás tú —la reprende Belinda, agarrándola de la camisa, como si temiera que Rosa pudiera correr hacia la puerta de repente—. Te quedas aquí conmigo.

Rosa mira a su madre, y por primera vez, Aksel ve desafío en sus ojos.

—Fue mi idea, mamá. Debería ser yo quien lo haga.

—No. De ninguna manera.

—Mis manos son más pequeñas también. Pueden deslizarse en los bolsillos fácilmente y...

—¡He dicho que no!

—¿Y si voy con ella? —sugiere la policía.

Belinda se vuelve hacia ella.

—¿Por qué sería eso más seguro?

—Puedo cubrirla —insiste la policía—. Si nos ven y vienen hacia nosotras, los abatiré. No debería tardar más de treinta segundos en revisar todos los bolsillos. Sería posible.

—No —dice Belinda, cruzando los brazos—. Claro que no.

—Yo iré con ella también —se une Aksel—. Ya he peleado con ellos antes, sé cómo hacerlo. Y con dos guardaespaldas, Rosa estará a salvo. Si la cosa se pone fea, siempre podemos volver corriendo.

Belinda niega con la cabeza.

—No va a pasar. No voy a dejarla salir ahí fuera.

—Pero, mamá...

—Lo haré yo —la interrumpe Belinda—. Vosotros me cubrís. Rosa se queda aquí. ¿Qué te parece?

La policía mira de reojo a Aksel, como si le preguntara sin palabras cuál es su opinión sobre Belinda.

—Levanta la mano, por favor —le dice Aksel a Belinda.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Así. —Él levanta la mano a la altura del pecho, con la palma hacia abajo—. Por favor, hazlo.

Belinda imita su gesto de manera vacilante. Su mano tiembla visiblemente.

—Ahora tú, Rosa.

La niña, aparentemente habiendo captado la idea, coloca inmediatamente su mano junto a la de su madre. Está completamente firme.

—Eso es lo que pensaba. Estás demasiado asustada, Belinda —Aksel intenta no sonar acusador —. Te pondrás nerviosa. Tardarás más. Incluso podrías dejar caer las llaves si las encuentras. Creo que es mejor que lo haga Rosa. Y realmente creo que es nuestra mejor opción para salir vivos de aquí.

Belinda emite un sonido que es mitad suspiro, mitad un «¡joder!». Se pasa las manos por el pelo. Luego sujeta los hombros de Rosa y mira a su hija a los ojos.

—¿Estás segura... estás absolutamente segura de que puedes hacerlo?

—Absolutamente, mamá. —Al ver que su madre sigue dudando, la niña continúa—: Me asusté en casa de Helen. Cuando encontré a la mujer zombi en la ambulancia. Pero también aprendí lo lentos que son. Aksel tiene razón, podemos escapar fácilmente de ellos. Todavía les tengo miedo, pero no tanto como antes. Me congelé en aquel momento, pero no me volverá a pasar.

Aksel se sorprende una vez más por la extraña forma en que habla la niña. Es como si fuera una reportera leyendo un una pantalla para algún comercial. Apenas hay emoción en sus palabras, pero de alguna manera eso las hace más convincentes. Quizás porque no está intentando convencer a su madre. Simplemente está exponiendo los hechos.

Belinda vuelve a sacudir la cabeza, pero luego murmura:

—Vale —Mira a Aksel—. Pero si algo le pasa, te mataré.

Aksel no sonríe.

—Es un trato justo.

—Oh, Ella... —solloza Marit. Extiende las manos como si estuviera a punto de entrar al baño y abrazarla.

Ella la señala con el dedo

—No. Quédate atrás —su voz es firme—. No me toques.

Marit se estremece.

—Dios mío —susurra, ocultando su rostro entre las manos—. Tú no, también... He perdido a todos...

La anciana aparece arrastrando los pies, rodeando con su brazo los hombros de Marit. Mira a Ella, con una mezcla de empatía, disgusto y temor en su rostro—. Lo siento —dice secamente—. Deberías encerrarte ahí —Luego, tira suavemente de Marit, apartándola de la vista.

Ella parpadea y mira al hombre negro, que es el único que aún sigue allí, observándola.

—Supongo que debería —murmura, limpiándose la frente. Su mano sale empapada—. Mierda, ¿cómo no me di cuenta?

—Yo tampoco lo vi —dice el hombre en voz baja—. Estaba demasiado concentrado en él.

De repente, Ella se siente como una extraña en su propio cuerpo. Es como si su mente se estuviera preparando para abandonarlo. Como si nunca le hubiera pertenecido realmente, sino que solo estuviera alquilando el espacio, y ahora acaba de recibir un aviso de desalojo: «Se le notifica que debe abandonar las instalaciones antes de que termine el día...»

Excepto que no tendrá hasta el final del día.

«¿Qué tan rápido me iré? Gunnar tardó un par de horas. Greta, solo unos minutos».

—Vale —dice Ella, respirando hondo. Todavía se sorprende de lo tranquila que se siente. ¿No debería estar volviéndose loca? Probablemente esté en estado de shock—. Vale —repite—.

Supongo... supongo que esto es todo, entonces. ¿Podrías... me dejarías...? —No está muy segura de lo que quiere pedirle al hombre—. ¿Puedo ver el cielo una vez más?

El hombre negro la mira discretamente de arriba abajo, para finalmente clavar la vista en su rostro. Luego asiente una vez—. Claro. Vamos.

—¡No! —grazna la anciana cuando Ella sale del baño—. ¡No, tú te quedas ahí! ¿Qué estás haciendo, dejándola salir? ¡Está contagiada!

—No os tocaré —dice Ella. Se siente como una extraterrestre que acaba de aterrizar desde su nave espacial. Así es como todos la miran. La anciana, el hombre, Marit, que aún llora y murmura lo mucho que lo siente. Sorprendentemente, Ella se da cuenta de que siente lástima por ella. Es la que acaba de perder a sus dos padres, Ella está segura de que esa es la verdadera razón por la que llora, y también es la que tendrá que seguir teniendo miedo, huyendo y luchando por su vida. Ella, en cambio, descubre que ya no tiene nada que temer.

«Al parecer, cuando ya estás muerta, nada es una amenaza para ti».

Da unos pasos hacia las ventanas que dan a la terraza. Gunnar sigue golpeando la puerta, y una anciana con la mayor parte de la barbilla destrozada se ha unido a él. Ella espera que se muevan hacia ella. Pero no lo hacen. Ella se coloca justo enfrente de Gunnar. Mueve su brazo frente a su cara, pero parece que él mira a través de ella. Sus ojos negros están fijos en los demás.

—Bueno —murmura Ella, bajando el brazo de nuevo—. Supongo que esa es la prueba final. Ya no le intereso —Le lanza una mirada al hombre negro, luego regresa al otro lado de la habitación para mirar hacia afuera. Observa el cielo durante un minuto. Es azul y hermoso. Un grupo de palomas pasa volando. Ella esperaba llorar o al menos sentirse sentimental. Pero en realidad no siente nada.

La anciana carraspea bruscamente—. Creo que deberías irte ya.

Ella suspira.

—Sí, tienes razón —Se da la vuelta y camina de regreso al baño. De repente, es muy consciente de que estos son los últimos pasos que dará en su vida. Como un condenado a muerte en camino a la silla eléctrica.

Se detiene frente a la puerta abierta del baño. De repente, la habitación se siente muy pequeña y agobiante. Cuando era niña, Ella sufría de claustrofobia. Empezó un verano, cuando jugaba en la calle con el hijo de los vecinos. Sus padres acababan de comprar un frigorífico nuevo, y el viejo estaba en el jardín, esperando ser llevado al vertedero. Jugaban fingiendo que el frigorífico era una caja fuerte llena de lingotes de oro que tenían que abrir, y Ella se metió dentro para alcanzar el tesoro. De alguna manera, la puerta se atascó, y quedó atrapada en la oscuridad total durante

unos cinco minutos, gritando y pateando la puerta, hasta que finalmente el niño fue a buscar a su padre, quien la pudo sacar.

Desde entonces, los lugares oscuros y estrechos le han causado problemas. No ha sentido claustrofobia en años, pero de repente, ahora, le vuelve de golpe, y se encuentra incapaz de entrar al baño.

—¿A qué estás esperando? —grita la anciana—. Tienes que entrar ahí, antes de que...

—¿Quieres compañía? —el hombre negro está de repente a su lado—. Puedo entrar contigo. Al menos por un par de minutos.

Ella intenta sonreír, pero sus labios comienzan a temblar en su lugar—. Gracias —susurra—. Me gustaría mucho.

Entran juntos al baño, y el hombre cierra suavemente la puerta.

—Espera —dice Aksel—. Necesito algún tipo de arma.

La policía y Rosa lo miran mientras escanea el pasillo. Lo único que hay es la mesa. Va hacia ella y la vuelca de lado. La parte superior es de madera, pero las patas son de metal. Están aseguradas con cuatro tornillos gruesos. No tiene nada para desatornillarlos, así que simplemente golpea la pata con fuerza. Después de cuatro intentos, se rompe. Aksel la recoge, saca los tornillos y pesa la barra de metal en sus manos. Es hueca y no tan pesada como le hubiera gustado. También está barnizada, lo que la hace un poco resbaladiza. Pero ciertamente puede servir.

—Vale —dice—. Esto servirá.

—¿Estás seguro? —pregunta Belinda mientras todos se acercan a las puertas de cristal.

Aksel no está seguro de a quién se dirige exactamente, así que está a punto de responder, cuando Rosa se le adelanta.

—No podemos asegurarlo, mamá —dice la niña, sin ni siquiera mirar atrás. Parece completamente centrada en la tarea—. No es como si estuviéramos vendiendo coches usados, ¿sabes? Pero prometo ser lo más rápida y cuidadosa que pueda.

—Dios mío —murmura Belinda.

La policía llega a las puertas de cristal y se inclina hacia adelante para mirar en ambas direcciones—. Todo despejado. Los más cercanos son esos dos, en la calle. —Asiente, y Aksel sigue su mirada para ver a un hombre y una mujer tambaleándose sin rumbo fijo.

—Vale —respira—. ¿Estáis listos? Yo digo que lo hagamos antes de que nos pongamos nerv...

Rosa empuja la puerta y sale disparada.

Aksel reacciona de inmediato y la sigue, con la policía pisándole los talones.

La niña realmente es rápida. Cuando Aksel sale a la luz clara del día, ella ya está a mitad de camino. Entrecierra los ojos mientras la sigue, trotando mientras escanea su entorno, manteniendo la barra de metal lista para golpear. A pesar de que no hay zombis cerca, y a pesar de que el aparcamiento es en realidad muy abierto y fácil de vigilar, de inmediato se siente como un blanco fácil. Su adrenalina ya estaba a tope, y ahora se encuentra de nuevo en modo de supervivencia total. Sorprendentemente, esta vez se siente más cómodo con ello.

«Me estoy acostumbrando a esta mierda. Debe ser como los soldados que se enfrentan a combates una y otra vez».

Rosa casi se lanza sobre el hombre, hundiendo las manos en sus bolsillos. Primero revisa la chaqueta, interior y exterior, luego, al no encontrar nada más que un paquete de pañuelos de papel, un teléfono móvil y una cartera, se mete debajo del coche, buscando en los pantalones. Al meterse bajo el coche, Rosa lo pateo involuntariamente en el hombro y luego en el costado de la cabeza. Lleva uno de esos gorros de aviador que Aksel siempre encontró ridículos, y sorprendentemente, el gorro ha permanecido en su cabeza incluso después de ser atropellado. Ahora, el zapato de Rosa le quita el gorro, revelando un cuero cabelludo parcialmente calvo.

Aksel ve de inmediato el tono verdoso de la piel en la cabeza del hombre, lo que le hace congelarse.

En un instante, se da cuenta del error en su plan.

El único detalle que pasaron por alto.

Todos estaban tan concentrados en los zombis que rondaban el aparcamiento, que nunca prestaron atención al hombre bajo el coche.

Aksel simplemente asumió que estaba muerto. Realmente muerto. No miró más de cerca, no comprobó si el hombre seguía moviéndose. Y tal vez no lo hacía. Aun así, deberían haberlo pensado.

Aparentemente, despertado por la patada en la cabeza, el hombre cobra vida. Intenta incorporarse, pero al no poder hacerlo, debido a que su brazo está atrapado bajo el neumático, en su lugar agarra las piernas de Rosa con la otra mano. La niña grita sorprendida. Desde algún lugar más lejos, Belinda también grita.

Aksel está a solo cinco pasos de distancia. Se mueve rápidamente, cierra la distancia y lanza un golpe corriendo a la cabeza del hombre. La pata de la mesa golpea justo por encima de su oreja, emitiendo un fuerte CLONG carnoso que lanza punzadas dolorosas a través de ambas muñecas. Aksel apenas lo nota. Vuelve a golpear, esta vez desde el otro lado. Otro golpe aplastante al cráneo del hombre. Sería más que suficiente para noquear a una persona viva. Sin embargo, el

arma no es lo suficientemente pesada como para romper realmente el cráneo, por lo que el calvo simplemente sacude la cabeza y sigue arañando las piernas de Rosa.

Aksel lo golpea de nuevo, esta vez directamente en la cara. La nariz del hombre se aplasta audiblemente, y una mezcla de sangre rosada y mocos amarillos explota por toda su cara. Esta vez, el hombre ni siquiera parece darse cuenta, tan concentrado está en llevar las piernas pateadoras de Rosa a su boca. Uno de sus zapatos se suelta, y ella vuelve a gritar.

Aksel levanta la pata de la mesa para otro golpe, apretando los dientes.

—¡Para ya, maldito pedazo de...!

Un destello brillante les deslumbra. Es un pequeño agujero en la coronilla del hombre. Se estremece una vez, luego se desploma.

Aksel parpadea, dándose cuenta de que no puede oír nada. Girando la cabeza, ve a la policía aún con el arma apuntando al hombre. Mira hacia un lado, luego directamente a Aksel, y dice algo que él no oye.

Siguiendo su mirada, Aksel se gira y ve a cinco “no muertos” acercándose directamente hacia ellos. Tambaleándose ansiosos, con los brazos extendidos, están acercándose rápidamente.

Con el rabillo del ojo, Aksel nota que las piernas de Rosa desaparecen bajo el coche. Luego, la policía comienza a disparar. Lo hace meticulosamente, apuntando con cuidado, eliminando a los zombis uno por uno. Pero los disparos están atrayendo a más. Ahora vienen también desde la otra dirección.

La policía se vuelve para lanzarle a Aksel una mirada significativa. Grita algo. Todo lo que él oye es un zumbido agudo. Leyendo sus labios, sin embargo, capta la última palabra: «... ¡corre!»

Aksel no tiene otra opción. Se da la vuelta y corre hacia las puertas de cristal.

Ella sigue mirando el reloj de su teléfono. Solo han pasado cinco minutos desde que entraron. Le parece que han sido cinco horas.

Sabe que tiene que hacer una última llamada. Lo prometió. Y lo hará. Pero la aterra. No le importa posponer esa horrible conversación. Romperá el corazón de su madre. Ella quiere darle unos minutos más de felicidad ignorante.

Fuera, Marit está sollozando. La anciana y el hombre gordo intercambian algunas palabras de vez en cuando, pero en su mayoría, están callados. Ella todavía puede oír a Gunnar y a la mujer forcejeando con la puerta de la terraza. También escucha peleas, gritos, alaridos a su alrededor. Pero menos. Si tuviera que adivinar, no quedará mucha gente con vida en el edificio. Los sonidos de gruñidos, gemidos y pasos arrastrados son más prominentes. La mayoría de los residentes probablemente ya son zombis. A lo lejos, puede oír sirenas.

Se está extendiendo a lo loco. No podrán contenerlo.

Ella no quiere pensar en eso ahora. No puede hacer nada al respecto. Hizo todo lo posible por detenerlo, pero no es culpa suya que haya llegado aquí a Mo. Fue Gunnar. Nunca debió dejar Torik.

Suspira profundamente. Está sentada en el inodoro. El hombre negro se ha dejado caer al suelo, apoyando la espalda contra la puerta. Está mirando fijamente la pared. A medida que la fiebre de Ella ha empeorado, el miedo también ha comenzado a invadirla. Se está instalando en su plexo solar, formando una bola helada, y ha comenzado a temblar por completo.

—Nunca imaginé que moriría tan joven —murmura, rompiendo el silencio—. O en el baño.

El hombre la mira.

—No creo que ninguno de nosotros pueda prever nuestra propia muerte.

Ella lo estudia por un momento, mientras él parece volver a sumirse en sus pensamientos.

—Gracias por hacer esto —dice Ella—. Es agradable no estar sola en este momento.

—Por supuesto —responde él simplemente.

—Ni siquiera sé tu nombre —continúa ella—. Soy Ella.

—Hagos —dice él.

—¿Eres inmigrante?

—Sí. Llevo aquí casi dos años ya.

—Lo imaginé cuando me dijiste que habías luchado por tu vida antes. ¿Hubo una guerra en tu país?

Él asiente.

—Desde que tengo memoria.

—Lo siento. Me alegro de que pudieras venir aquí.

—Yo también.

Hay un momento de silencio entre ellos.

—Sabes —dice Ella pensativa—. Creo que habría sido buena en esto. Sobrevivir, quiero decir. Nunca lo había pensado, porque... ¿por qué lo haría? Nunca había estado en una situación real de vida o muerte antes. No hasta anoche. Y claro, fue aterrador y todo eso, pero... aún sabía qué hacer, y fui capaz de hacerlo. Quiero decir, luché contra un soldado adulto. Tenía fiebre, pero aun así.

Hagos asiente lentamente.

—Creo que también habrías sido buena.

Ella mira hacia el techo y deja escapar un largo suspiro.

—No duele mucho. Al menos todavía no. Pero estoy empezando a tener mucho miedo.

—¿Quieres rezar?

La pregunta la pilló desprevenida.

—Creo que sería raro... rezar a un dios en el que nunca creí.

—A Él no le importará, créeme.

—¿Eres musulmán?

—Cristiano.

—Ojalá creyera en el cielo. Debe ser un gran consuelo, creer que iremos a algún lugar agradable cuando muramos.

—No es exactamente así como funciona.

—¿Cómo es entonces?

—El cielo no es un lugar, y la muerte no es un evento.

Ella levanta las cejas.

—No creo que lo entienda.

Hagos se humedece los labios.

—El cielo es lo que somos. Y la muerte... bueno, es solo una ilusión que llega a su fin, que es el cuerpo.

—Espera, ¿entonces el cuerpo no es real?

—No.

—Vamos, no puedes creer que eso es así, en serio... —Ella levanta la mano—. Puedo ver mis dedos. Puedo sentirlos.

Hagos se encoge de hombros.

—Podemos ver y sentir muchas cosas que no son reales.

—Sí, pero... el cuerpo es algo físico. Está hecho de materia.

—¿De qué está hecha la materia?

—Moléculas y átomos, supongo.

—¿Sabías que los átomos son un noventa y nueve por ciento vacío? La materia que forma tu cuerpo no es más física que el aire a tu alrededor. Solo la percibes de manera diferente.

Ella considera esta idea.

—Entonces, ¿estás diciendo que no somos reales? ¿Nosotros? ¿Los humanos?

—Oh, no, nosotros somos muy reales. Pero nuestros cuerpos no lo son.

A Ella le viene a la mente esa sensación, de ser una visitante en su propia piel, esa sensación que sintió de repente, al darse cuenta de que iba a morir.

—Supongo que tiene sentido —admite—. Entonces, ¿qué significa eso, que soy el cielo?

—Significa que eres todo, que estás completa. No puedes ser otra cosa.

Ella valora ese concepto. Aunque las palabras no tienen mucho sentido para la parte lógica de su mente, y las ideas parecen chocar entre sí, como piezas de diferentes rompecabezas que nunca se diseñaron para encajar juntas, algo parece estar acomodándose en un nivel más profundo. Una comprensión que está por debajo de las palabras, incluso de los pensamientos.

—Supongo que el concepto de un dios nunca tuvo mucho sentido para mí —continúa, dándose cuenta de que está disfrutando de la conversación, porque mantiene el miedo a distancia—. Quiero decir, con todas las diferentes religiones en todo el mundo, creyendo en tantos dioses diferentes... ¿cómo sabes cuál es el verdadero?

—Solo hay un Dios verdadero.

Ella levanta una ceja.

—¿Y resulta que es el tuyo? ¿El dios cristiano?

—Sí. Y todos los demás.

—¿Entonces todos son verdaderos?

—Todos son uno.

—¿Cómo puede ser? ¿Cómo pueden ser el mismo dios el musulmán y el cristiano? Tienen libros diferentes y todo.

Hagos lo piensa por un momento.

—Piénsalo como el sol. Mucha gente lo ha adorado a lo largo de la historia, ¿no? Los egipcios lo llamaban Ra. Los griegos lo nombraron Helios. Tus antepasados lo consideraban una diosa llamada Sol. ¿Realmente crees que al sol le importa qué nombres le damos? Brilla sobre todos nosotros, sin excepción. No puede hacer otra cosa. Es luz. Dios solo puede amar, porque eso es lo que Él es.

El tipo habla de manera muy natural, como si estuviera explicando cómo hacer una tortilla o cómo llegar al aeropuerto. Quizás por eso sus palabras calan en Ella de una forma que nunca antes había sentido. Como prácticamente cualquier otro noruego, fue bautizada, confirmada y criada en general como protestante. Va a la iglesia en Navidad, y en la escuela le enseñaron el Padre Nuestro. Pero todo era una farsa. Nunca se lo tomó en serio.

Y sin embargo, la forma en que Hagos lo expone ahora, de repente todo le parece muy obvio. Quizás el enfrentarse a la muerte también influya en ello. De cualquier forma, siente un profundo consuelo en su interior, sabiendo que es la verdad. Que ya está a salvo.

—Entonces —dice, aclarando su garganta cuando su voz se quiebra—. ¿Qué pasa entonces? Cuando muera. Si no soy mi cuerpo, y si ya estoy en el cielo... ¿qué será de esta cosa que la gente llama Ella? La que está pensando y hablando y sintiendo cosas.

El tipo inclina la cabeza.

—¿Qué le pasa a una ola cuando rompe?

—Pues... vuelve a ser agua, supongo.

—¿Y qué era antes de convertirse en ola?

—No lo sé... ¿agua?

—¿Y alguna vez fue otra cosa?

—No, yo... supongo que no.

Hagos sonríe.

—Entonces ahí tienes tu respuesta.

Ella toma una profunda respiración por la nariz. Luego dice en voz baja:

—Creo que ahora estoy lista para rezar.

Se siente como una de esas pesadillas en las que intentas correr, pero te mueves dolorosamente despacio.

Las puertas de cristal parecen mucho más lejos que hace un momento. Quizás tenga algo que ver con los zombis que se acercan por ambos lados. El aparcamiento, que estaba prácticamente vacío treinta segundos antes, ahora está plagado de ellos. Obviamente, los atrae el sonido del disparo o el hecho de que tres presas vivas están de repente disponibles. Quizás ambas cosas. Aksel no tiene tiempo de preocuparse por ello. Simplemente corre hacia la seguridad.

Belinda sale corriendo por las puertas justo cuando él las alcanza. Chocan, y él la empuja hacia atrás. Ella grita, forcejea e intenta liberarse. Aksel no puede sujetarla, y ella está a punto de escaparse y correr hacia una muerte segura, así que la agarra por la cintura y la levanta del suelo. Mientras la lleva a través de las puertas abiertas, ella se retuerce y araña sus brazos. Aksel la deja caer sentada, luego se da la vuelta y cierra las puertas de cristal justo medio segundo antes de que el zombi más cercano choque contra ellas.

Cerrar las puertas requiere una tarjeta, quizás la que tiene la policía en su bolsillo, pero por suerte, solo se abren hacia afuera, lo que significa que probablemente los zombis no lo descubrirán. Ya hay tres de ellos presionando contra el cristal, y más se están uniendo. El empuje de la multitud de cuerpos es suficiente para mantener las puertas cerradas, pero no para romper el cristal.

Aksel retrocede, respirando rápido, tratando de entender lo que acaba de suceder.

Belinda se queda a un lado, golpeándolo y abofeteándolo, gritando como una amazona, con su cabello alborotado alrededor de su cabeza.

—¡Pedazo de mierda! ¡Maldito cabrón! ¡La mataste! ¡Mataste a mi pequeña!

Aksel le agarra las muñecas, lo que solo la hace intentar darle una patada en las pelotas, así que la empuja hacia atrás.

—¡Espera! —le dice, su propia voz resonando metálica en sus oídos—. ¡Por favor, detente!

Belinda lo fulmina con la mirada, un fuego salvaje en sus ojos, sus labios están temblando incontrolablemente.

—¡La dejaste ahí fuera! ¡Corriste como un cobarde y la dejaste morir!

Aksel mira a través de las puertas de cristal. Es difícil ver algo debido a la multitud al otro lado, pero poniéndose de puntillas y estirando el cuello, alcanza a ver el monovolumen. Detrás del volante está la policía. Parece sin aliento, pero no parece estar herida. Está mirando a los zombis que rodean el coche. Algunos de ellos intentan alcanzarla, arañando la ventana. Otros, Aksel nota, se han puesto a cuatro patas y están intentando meterse debajo del coche. El espacio debajo parece estrecho, quizás demasiado estrecho para que realmente puedan colarse ahí, como lo hizo Rosa. Y, juzgando por lo ansiosos que parecen por entrar allí, solo puede suponer que la niña sigue bajo el coche. Y con vida.

Podría estar bien. Quizás no puedan alcanzarla.

Como si captara sus pensamientos, la policía lo mira directamente. Sus miradas se cruzan, y ella hace un gesto. Levantando la mano, primero señala hacia abajo, luego forma un círculo con el pulgar y el índice. La señal universal de "OK".

—¡Pedazo de mierda! —solloza Belinda, atacándolo de nuevo, esta vez con menos determinación. Sus rodillas ceden, y Aksel la sostiene mientras se desploma y comienza a llorar desconsoladamente—. ¡Maldito... cabrón! ¡Oh, Dios, Rosa! ¡Mi pequeña!

—¡Está bien! —dice Aksel—. ¡Rosa está bien!

Belinda parece no escucharlo. Aksel la agarra firmemente por los hombros y se agacha para captar su mirada.

—¡Escúchame, Belinda! ¡Rosa está viva! ¡Está a salvo!

Belinda parpadea, resopla cogiendo aire y parece intentar entender las palabras.

—¿No... no está muerta?

—¡No, está bien! Está debajo del coche, y no pueden alcanzarla.

Belinda vuelve a parpadear, frunciendo el ceño, luego mira hacia las puertas de cristal.

—No puedes verlo, pero la policía... —Aksel se interrumpe al ver a la policía sosteniendo un cuaderno abierto. Lo presiona contra la ventana del coche. A través de las páginas, escrito toscamente, Aksel apenas puede distinguir: NO ESTÁ HERIDA – ZOMBIS NO PUEDEN ALCANZARLA. Aksel señala.

—¡Mira! —Luego, dándose cuenta de que Belinda no puede verlo—: ¡Está sosteniendo un cartel que dice que Rosa está bien, que no pueden alcanzarla!

Belinda deja de llorar, y su expresión se transforma en una de miedo.

—¿Estás... estás seguro?

—Sí —Aksel asiente, mirando de nuevo, mientras la policía sostiene el cuaderno de nuevo, habiendo dado la vuelta a una página con un nuevo mensaje.

ROSA TIENE LA LLAVE — ¿Y AHORA QUÉ?

—Gracias —susurra Ella cuando Hagos deja de hablar.

Abre los ojos solo para descubrir que las lágrimas han corrido por sus mejillas.

—De nada —responde él en voz baja, poniéndose de pie—. Creo que es hora de que yo... —
Hace un gesto hacia la puerta.

Ella se limpia los ojos con la manga y asiente.

—Lo sé. Está bien. De todas formas, necesito llamar a mi madre.

Él se da la vuelta, saca la llave y está a punto de abrir la puerta.

—Hagos, ¿puedo hacerte una última pregunta?

Él mira hacia atrás.

—Claro.

—¿Qué son? Los zombis, quiero decir.

Hagos la mira a los ojos durante un largo momento.

—He pensado en eso. Están definitivamente muertos.

—Sí, lo sé, pero... ¿qué significa eso? ¿Solo son cuerpos andando? ¿No son nada?

Hagos se pasa la punta de la lengua por los labios.

—Lo único que sé es que Dios no puede crear enfermedad ni maldad. Solo nosotros podemos.
Así que, lo que sean, son creación humana.

Ella resopla.

—Tiene sentido. Por supuesto, teníamos que jodernos a nosotros mismos.

Hagos no sonríe.

—Es una buena noticia.

—¿Por qué?

—Porque las creaciones de Dios nunca pueden perecer.

Lo dice como si esa frase tuviera que responder su pregunta. Ella tarda un momento en darse cuenta de que lo hace.

—Se puede detener —susurra—. Se puede arreglar.

Hagos asiente.

—Hay esperanza.

Ella respira profundamente una vez más. Luego dice:

—Buena suerte.

Hagos le dedica una última mirada antes de cerrar la puerta suavemente.

Ella levanta su teléfono. Solo le queda un 9 por ciento de batería. Suficiente para una última llamada. No se siente realmente lista para llamar a su madre. Pero al menos ahora tiene menos miedo. La oración y el llanto han aliviado mucho de ello.

«Puedes superarlo. Sé fuerte por ella una última vez».

Ella hace la llamada.

—Maldita sea —murmura Ragnar, sacando las manos del agua helada.

Se las mete bajo las axilas. Hizo todo lo posible por ser rápido, pero solo unos segundos abajo fueron suficientes para que sus dedos se pusieran azules. Realmente no quería hacerlo, pero la gorda, por supuesto, tuvo que hacerle la vida difícil incluso después de su muerte, girándose en la dirección incorrecta, así que no tuvo otra opción. Por suerte, ya está solucionado, y puede volver a la cueva.

Se pone los guantes de nuevo y está a punto de darse la vuelta, cuando de repente vuelve a captar un sonido proveniente del otro lado del valle. Mira en dirección a la instalación militar. Desde allí tiene una vista clara del lugar donde la cima se encuentra con el cielo. Saca sus binoculares. Ve finos hilos de humo blanco elevándose. Un camión, probablemente. O generadores de algún tipo.

«De todos los lugares que podían haber elegido...»

Ragnar nunca confió en el gobierno, ni en el ejército, ni en la policía, ni en los políticos, ni en ningún tipo de autoridad. Creció con su padrastro, un hombre que no tenía amor por nadie, especialmente por su hijo ilegítimo, a quien solo aceptó a regañadientes después de que la madre de Ragnar muriera trágicamente en un accidente de coche. Desde muy joven, Ragnar aprendió que nadie que imponga reglas o restricciones sobre ti, te protegerá o te dará afecto.

Criado por un veterano endurecido, Ragnar mismo se volvió duro y convirtió la independencia en su máxima prioridad. Sabía que el mundo que los humanos habían construido, no estaba destinado a durar, y él sería de los que estarían preparados para el colapso cuando llegara.

En realidad, no era más que la historia repitiéndose. Los mayas, los egipcios, los romanos: todas esas grandes civilizaciones que duraron siglos y que todos pensaban que durarían para siempre, se desmoronaron quedando en nada.

Esta civilización actual, el llamado "Occidente", puede tener solo unos siglos de antigüedad, pero ya está podrida hasta la médula. Aquellos que eligen no verlo son ciegos voluntariamente. Ragnar lo ha visto desde su niñez, y siempre supo que era cuestión de tiempo antes de que toda esta estructura sobrecargada se derrumbara.

Y ahora, finalmente ha comenzado.

Baja los binoculares y se muerde la lengua. No tiene ilusiones de que el campamento de concentración, improvisado, que han montado allí, sea seguro. Alguien cometerá un error, abandonará su puesto, o tal vez incluso saboteará algo a propósito. Y entonces se desatará el infierno.

«Tengo que prepararme. Tengo que idear una estrategia de defensa».

A Ragnar siempre le gusta prepararse para lo peor. La esperanza es para idiotas, y no tener un plan solo te meterá en problemas. Hasta ahora, desde que escuchó sobre la infección en las noticias, todo ha salido más o menos como él quería. Con la única excepción del obstáculo que representó la insistencia de Kristoffer en ayudar a la gorda pareja en el coche. Sin embargo, Ragnar logró incorporar eso en sus planes, convirtiéndolo en una ventaja imprevista de la que se beneficiarán durante semanas, tal vez incluso...

Una vibración en el bolsillo de su pecho interrumpe abruptamente sus pensamientos.

Saca el transmisor. El diodo rojo está encendido. Pero solo por un par de segundos: luego comienza a parpadear. Lo cual es mala señal. Una luz constante significa que uno de los sensores ha sido activado. El parpadeo, sin embargo, significa que uno de los sensores ha sido desconectado. Y dado que están bien escondidos, los animales no pueden acceder a ellos. Solo los humanos pueden hacer eso.

Otro contratiempo. Ragnar odia los contratiempos.

—Mierda —murmura, girando sobre sus talones y corriendo de regreso colina arriba, rezando para no llegar demasiado tarde.

—Oh, Rosa... oh, mi dulce niña... debe de estar aterrorizada...

Belinda se sienta junto a la pared, sacudiendo la cabeza, pasándose las manos por el pelo constantemente.

Aksel camina de un lado a otro, mordiéndose los nudillos, tratando de pensar.

—Vale, escúchame —murmura, hablando más para sí mismo que para Belinda—. Rosa tiene la llave. Pero está atrapada bajo el coche. En realidad es sencillo. Se reduce a tres opciones. O bien los distraemos, nos abrimos paso a tiros, o encontramos alguna forma de protegernos o camuflarnos para poder salir caminando.

Belinda lo mira con los ojos enrojecidos e hinchados.

—No tenemos armas, así que solo quedan dos opciones.

—Tienes razón. La policía me dijo que sabía dónde podría haber un arma, pero supongo que no está en este edificio, o nos habría llevado a por ella.

Un ruido proveniente del pasillo hace que Aksel se gire de inmediato. De la esquina aparece un tipo alto y delgado. Parece como si hubiese trabajado en una oficina de correos. Su uniforme está desgarrado en varias partes, especialmente en la zona de la ingle, y Aksel puede distinguir el cráter donde solía estar su muslo. Quienquiera que lo haya mordido, aparentemente no tenía gusto por nada demasiado exótico, porque la cartera y el cinturón del tipo siguen ahí, colgando junto a la herida abierta.

—Oh, Dios mío —exclama Aksel, mientras el tipo se dirige hacia ellos cojeando ansiosamente.

Belinda grita y salta. Corre hacia las puertas de cristal, pero luego lo reconsidera, ya que fuera todavía hay una multitud de zombis.

Aksel va en busca de la pata de la mesa que había dejado apoyada contra la pared. Al levantarla, le dice a Belinda:

—¡Quédate atrás! ¡Déjame encargarme de él! —El mensaje parece redundante, porque obviamente Belinda no tiene intención de enfrentarse al zombi.

Aksel avanza hacia el tipo. No es que tenga muchas ganas de empezar a golpearlo, sino que quiere poner la mayor distancia posible entre Belinda y el zombi. No tiene idea de cuántos golpes necesitará para derribarlo, pero necesita todo el espacio posible.

Cuando el tipo está a una distancia suficiente para golpearlo, Aksel lanza el primer golpe. Justo en ese momento, el tipo tropieza con sus propios pies y se lanza hacia adelante. Todo sucede tan rápido que Aksel no tiene tiempo de ajustar la trayectoria. La pata de la mesa impacta en el lateral de la cabeza del tipo, pero demasiado cerca de las manos de Aksel, lo que hace que apenas tenga fuerza suficiente para derribarlo de lado. Solo porque el tipo ya estaba cayendo, termina por desplomarse. En su caída, su mano izquierda agarra la manga de Aksel, y casi lo desequilibra.

—¡Mierda! —gruñe Aksel, logrando liberarse y retroceder, mientras el zombi intenta morderle las piernas. Desde el suelo se arrastra tras él, pero Aksel tiene una mejor oportunidad de acertar en la cabeza, y esta vez no corre el riesgo de que el tipo caiga.

Trata de transferir toda su fuerza a la pata de la mesa, impactando perfectamente. Se oye un crujido audible, como madera seca partiéndose, y el tipo colapsa de lado. Comienza a sacudirse con brazos y piernas, como si fuera un robot de juguete con un cableado defectuoso tratando de levantarse. Aksel da otro golpe en el cráneo ya destrozado, y eso detiene los espasmos repentinamente.

Respirando con dificultad, Aksel da un paso atrás. El olor a sangre y algo más, ¿materia cerebral, quizás?, es tan fuerte que casi le provoca arcadas. Traga y se vuelve hacia Belinda.

—¿Estás bien?

Ella está mirando al tipo muerto, con asco y miedo en su rostro. Luego mira a Aksel, cierra la boca y asiente una vez.

—Bien —jadea él—. Esto me está poniendo en forma, eso seguro... Supongo que en estas situaciones los jugadores de béisbol tienen ventaja, ¿eh? —Belinda no responde, así que continúa —: Bien, ¿en qué estábamos?

—No... no hay armas —dice ella, luchando por apartar la vista del cadáver.

—Cierto. Así que nos queda o bien distraerlos para alejarlos del coche, o encontrar algún tipo de armadura que no puedan atravesar con los dientes. No estoy del todo seguro de para qué servía este lugar, pero tal vez tengan equipo médico, quizás trajes de protección.

Belinda niega con la cabeza, con una expresión grave.

—Eso no será suficiente. Pueden rasgar la tela con facilidad. Lo advirtieron en las noticias. Incluso chaquetas de cuero.

—Sí, lo sé —murmura Aksel, mirando el horrible cráter entre las piernas del tipo. El grueso vaquero hizo poco para evitar el ataque de la mandíbula que lo mordió—. A menos que tuvieran equipo antidisturbios, creo que esa opción está descartada. Y no sabemos si el camuflaje funcionará.

—¿Qué quieres decir exactamente con camuflaje?

—¿No has visto The Walking Dead? —pregunta Aksel, genuinamente sorprendido—. Es en uno de los primeros episodios.

—No —dice Belinda, sacudiendo la cabeza—. Odio ese tipo de cosas.

—Pues se untaban con las tripas podridas de los zombis muertos. Eso hacía que los zombis vivos no los olieran, y los tomaran por uno de los suyos. —Aksel se encoge de hombros—. Siempre me molestó que no volvieran a usar ese truco, pero...

—Ni loca hago eso —dice Belinda, con repugnancia.

—Ya me lo imaginaba. Entonces solo nos queda la distracción. Alejarlos del coche.

—¿Pero cómo vamos a hacer eso? —dice Belinda—. Ni siquiera podemos salir.

—No por esa salida —dice Aksel, señalando las puertas de cristal—. Pero tal vez... —Se queda callado mientras observa el aparcamiento. El coche está en el centro, orientado hacia el este. La policía sigue al volante, con la mirada perdida y hablando por teléfono. Entonces, Aksel nota algo que antes no había visto.

—¿Qué? —pregunta Belinda alarmada—. ¿Qué pasa? ¿Has visto a Rosa?

—No —responde Aksel, acercándose—. Ese cable ahí arriba... ¿crees que nos aguantará a los dos?

Belinda sigue su mirada.

Un cable de metal va desde el edificio hasta el poste de luz más cercano. El cable sostiene una cuerda gruesa, con bridas cada metro o algo así. Pasa justo por encima del coche.

—Eso sí que no —dice Belinda—. Tienes que estar loco para intentar algo así.

—He hecho cosas más locas estos últimos días —murmura Aksel—. Creo que es factible. Y considero que es nuestra mejor opción.

—Entonces quieres columpiarte hasta allí, dejarte caer sobre el coche, y entrar por el techo solar. Todo mientras estamos rodeados de esos infectados que intentan comernos. Y si resbalamos, estamos muertos.

—Sí, esa es la idea.

Belinda niega con la cabeza.

—¿Y luego qué? Si lo conseguimos, estaremos atrapados dentro del coche, y Rosa, mi pobre niña, seguirá... Dios mío, esto es un horror... —Vuelve a llorar.

Aksel la ignora, perdido en sus pensamientos. Es una buena pregunta la que acaba de hacer. Sobre cuál será el siguiente paso una vez dentro del coche. Porque Rosa seguirá bajo él, junto con la llave. Para arrancar el coche necesitarán...

Absurdamente, lleva la mano a su bolsillo. Sus propias llaves siguen ahí. La de su moto, la de su apartamento, y la de repuesto del camión de su padre. Probablemente no volverá a usarlas, pero...

Sacando el llavero, lo observa. Están unidas por la cadena que Jakob le regaló hace unos años por su cumpleaños. Es una bola de aluminio negro que se puede desenroscar. Dentro hay un imán con un cordón que se desenrolla. En el exterior de la bola está el texto: FISHING FOR METAL. Es el nombre de una banda de trash rock que le gustaba a Aksel en esa época. El imán obviamente es solo un truco, pero lo probó en su momento, y funcionaba perfectamente. ¿Seguirá funcionando ahora?

Abre la bola, saca el imán, recoge la pata de la mesa y los coloca cerca. El imán se adhiere rápidamente.

—Mierda... esto podría funcionar.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exclama Belinda—. ¿Jugando con imanes?

Aksel le sonríe.

—Creo que he encontrado la solución. Te va a encantar...

Mientras Aksel le explica su plan, Belinda no parece compartir su entusiasmo. De hecho, su expresión es aún más escéptica.

—Eso... es muy arriesgado, lo sabes, ¿verdad?

—Es nuestra mejor opción.

—No. Te lo dije, no voy a hacerlo. ¿No ves que estás poniendo a todos en peligro? Todo esto fue idea tuya, y...

—No, no lo fue. Fue idea de Rosa. Y era una buena idea. Simplemente... no pensamos en todo lo que podría pasar.

—¡Pues tú respaldaste la idea! —lo mira con furia visible, pero también al borde de las lágrimas otra vez.

—Escucha —dice Aksel—. Sé que esto parece mal. Pero podemos arreglarlo. No estoy tratando de ponernos en peligro. No estoy sugiriendo esto solo por la emoción del momento.

Claro, tomo riesgos. Así soy. Pero, honestamente, creo que es la mejor opción. Porque no creo que la ayuda esté en camino. Y tampoco esto va a detenerse o a calmarse. Lo que está pasando ahí fuera —señala las puertas de cristal— solo va a empeorar. Si tú y yo no hacemos nada, entonces Rosa quedará atrapada ahí fuera por mucho tiempo. Y no quiero eso. Quiero que todos salgamos de aquí ilesos. Ahora bien, si tienes un mejor plan, te escucho. Si no, entonces me voy. Y creo que deberías venir también, porque si te quedas aquí, estarás sola, y no veo cómo podríamos llevarte al coche de forma segura.

Belinda lo mira, respirando por la nariz. Aksel puede notar que está luchando consigo misma internamente. Finalmente suspira.

—No tengo un mejor plan... —admite.

Aksel le toca el hombro.

—Entonces, vámonos. Vamos a salvar a Rosa.

—¿Ella?

Pensaba que estaba preparada para oír la voz de su madre. Pero la mezcla de esperanza y alivio es tan fuerte, casi palpable, que de inmediato siente cómo se le cierra la garganta.

—¿Estás ahí, cariño?

—Sí —responde Ella con voz ronca, tragando dolorosamente—. ¿Estás bien, mamá?

—Estoy bien. Dios, qué alegría oírte.

Ella aprieta los labios. «No lo celebres todavía...»

—Yo, eh...

—¿Estás a salvo?

—Sí, lo estoy.

—No suenas bien. ¿Estás segura de que no estás en peligro?

—No te preocupes, mamá. Ahora estoy perfectamente a salvo.

—Bien —responde su madre con cautelosa tranquilidad.

Ella percibe ruidos de fondo: gruñidos, gemidos, dedos raspando. Frunce el ceño.

—¿Estás bien, mamá? Oigo sonidos de infectados.

—No estoy en peligro. Estoy en un coche. Están fuera, pero no pueden entrar. No te preocupes por mí. ¿Dónde estás tú?

—Estoy en la residencia de ancianos. La que está al lado de Greta y Gunnar.

—Oh. Sí, lo recuerdo. ¿Marit está contigo?

—Sí.

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, es una larga historia... —Ella se frota las sienes. El sudor le empapa, haciendo que el cabello se le pegue a la cabeza, empapando la ropa prestada—. Supongo que debería contarte

todo. ¿Tienes... tienes tiempo?

—Claro. ¿Qué ha pasado, Ella? Cuéntame.

Ella deja escapar un largo y tembloroso suspiro. Ya puede sentir la fiebre.

—Vale, escucha. Esto es lo que ha pasado... —Y le cuenta todo. Trata de hacerlo de la forma más objetiva posible, limitándose a relatar los hechos. Su madre escucha sin interrumpir ni una sola vez.

—Así que ahora... ahora voy a morir, desafortunadamente —termina Ella, casi soltando una risa nerviosa—. Lo siento, mamá. Intenté ser cuidadosa, de veras. Supongo que debería haberme marchado cuando tuve la oportunidad, ¿verdad? No debería haberme preocupado por Gunnar, Greta o Marit, y simplemente haberme largado. Pero no lo hice. La cagué. —Ya no puede contener la risa, y al empezar a salir, se da cuenta de que no es risa en absoluto, sino llanto—. Lo siento mucho, mamá. De verdad. Perdóname, por favor.

—¿Per... perdonarte? —La voz de su madre suena más débil que nunca—. Soy yo la que... yo debería haber estado allí... No puedo... No sé... qué decir...

Ella se limpia la nariz.

—No tienes que decir nada. No te culpes. Nadie podía saber lo grave que era esto.

—¿Cuánto... cuánto tiempo crees que te queda...? ¿Crees que podré...? Estamos a una hora todavía...

Ella cierra los ojos.

—Será demasiado tarde. Pero probablemente sea lo mejor. No quiero que estés aquí cuando... No te reconocería, mamá. Y podría hacerte daño.

Hay un momento de silencio. Luego escucha algo que no puede identificar de inmediato, porque nunca lo ha oído antes. Escuchando con atención, se da cuenta poco a poco de que es su madre llorando.

—Lo siento, mamá —dice de nuevo—. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Yo también te quiero, cariño. Más que a nada.

Ella sonríe.

—Lo sé.

Ambas lloran suavemente durante medio minuto o algo así.

—¿Tienes... tienes miedo? —le pregunta su madre.

—Un poco. No tanto como pensé que tendría.

—Dios, ojalá estuviera ahí contigo, cariño.

—Sí, ojalá. Pero está bien. Solo hablar contigo ya me ayuda mucho.

Hay otro momento de silencio.

Ella empieza a sentirse muy cansada.

—Escucha, mamá, creo que debería colgar ya...

—No, Ella, por favor...

—Lo siento, pero es lo mejor. Además, a mi teléfono le queda poca batería. Creo que intentaré dormir un poco.

Su madre está llorando abiertamente ahora.

—Todo esto... todo esto está ocurriendo tan rápido...

—Lo sé. Pensé que tenía mucho más tiempo, ¿sabes? Iba a ser arquitecta. Casarme. Quizá incluso tener hijos. Siempre estuve sana. Pensé que viviría hasta los cien años. —Suelta una risa irónica—. Imagina mi sorpresa.

—Oh, cariño... Ojalá hubiera sido una mejor madre para ti.

—¿De qué estás hablando? Me convertiste en quien soy, mamá. Me hiciste fuerte. Eres la razón por la que puedo hacer esto sin derrumbarme. Claro que tengo miedo, pero... tengo esa estabilidad interior, igual que tú.

Su madre solloza.

—Sé lo que quieres decir, cariño. Eres tan valiente.

—Eso también me lo enseñaste tú. No podría haber pedido una mejor madre. En serio. Recuérдалo, mamá. Por favor.

Su madre dice débilmente:

—Lo haré. Dios, te quiero, Ella.

—Yo también te quiero, mamá. Adiós.

Su madre hace una última y temblorosa inhalación, y luego susurra:

—Adiós, cariño.

Ella baja el teléfono y termina la llamada.

Cierra los ojos y se inclina de lado. La pared está agradablemente fría contra su mejilla. Las lágrimas y el sudor le resbalan por la cara, mientras siente cómo una suave oscuridad comienza a subir desde dentro.

«Esto es todo. Estos son mis últimos pensamientos. Ya me voy».

Y entonces, se va.

Se mueven con cautela de vuelta por el pasillo, giran la esquina, luego otra más.

Aksel mantiene la pata de la mesa lista, y Belinda camina justo detrás de él.

—Creo que es por aquí —susurra, señalando una puerta marcada como ESCALERAS.

Extiende la mano libre y la empuja. Hay un hueco de escalera vacío. Vacío, excepto por una mujer tumbada al pie de las escaleras, boca abajo. Su cuello está claramente roto, y parece haber sufrido una muerte normal. Sus ojos, que miran fijamente a la nada, son normales.

Belinda emite un gemido ahogado.

—Está bien, no la mires —murmura Aksel, inspeccionando tanto hacia arriba como hacia abajo por las escaleras.

La parte de abajo parece conducir a un sótano, el último lugar al que quieren ir ahora. También hay una puerta de salida de emergencia justo enfrente del rellano, pero muchas manos la golpean con ansias desde fuera.

—Vamos —dice por encima del hombro, rodeando a la mujer—. Ya casi llegamos.

Suben las escaleras. Aunque intentan caminar lo más silenciosamente posible, el sonido de sus pasos resuena en el hueco de la escalera.

Al llegar al siguiente rellano, Aksel nota inmediatamente dos cosas. La primera, la puerta del pasillo está abierta; de hecho, parece que ha sido forzada y cuelga solo de la bisagra superior. Y segundo, en el suelo hay un enorme charco de sangre casi seca. Alguien estuvo aquí antes, y sangraba profusamente. El rastro parece continuar escaleras arriba, hacia el tercer piso. El pasillo, o al menos lo que pueden ver de él, está vacío.

—Vale, mantén los ojos y los oídos abiertos —susurra Aksel, señalando el pasillo—. Yo abriré la ventana.

Belinda asiente, con una expresión de querer salir corriendo, pero se queda quieta.

La ventana es del tamaño de un buzón grande, lo suficientemente grande como para que puedan trepar por ella. El cristal está cubierto con esa película no transparente que se usa a menudo en los baños, así que Aksel no puede ver el aparcamiento. Desbloquea el cierre y gira el pomo. La ventana solo se abre un par de pulgadas, luego se detiene al encontrarse con algún tipo de restricción de seguridad. El sonido del exterior se hace más fuerte de inmediato.

Aksel tira un poco más fuerte de la ventana, intentando averiguar dónde está el problema. Hay un tope fijo en la parte superior. Es de latón y no muy grueso. Aksel lo agarra y tira de él con precaución. Luego lo arranca de un tirón, y se rompe. Lo deja caer al suelo y abre la ventana por completo.

—Aksel —susurra Belinda—. Creo que he oído algo...

—Espera un momento —responde él, asomándose. Desde aquí arriba, tiene una vista clara del aparcamiento. El coche sigue completamente rodeado por todos lados. Puede ver a la policía tras el volante, pero no diferencia su rostro, y no parece haberle visto. La escena es aún más desalentadora desde aquí. Cuenta al menos veinte “no muertos” solo en el aparcamiento, y una docena más en la calle. Hasta donde alcanza la vista, hay coches abandonados o chocados, cuerpos tirados por todas partes y zombis tambaleándose, buscando a alguien a quien atacar.

Revisa la pared exterior junto a la ventana. No hay nada en lo que apoyarse, ni salidas de emergencia, cornisas o siquiera canalones cerca. Lo único al alcance es el cable. Están sujetos a la pared justo encima de la ventana, subiendo unos metros antes de llegar a una caja eléctrica. Lo que sostiene el cable es un simple perno de ojo taladrado en los ladrillos. Parece lo suficientemente robusto, aunque claramente no está diseñado para escalar. Aun así, Aksel se siente bastante confiado en que...

—¡Aksel!

—¿Qué? —dice, mirando hacia atrás.

Belinda no necesita decirle nada, porque lo ve por sí mismo. En el pasillo, caminando rápidamente hacia ellos, vienen dos personas. Ambos parecen vivos y sin heridas. Uno es un hombre mayor, y el otro, un tipo regordete con una camiseta ajustada, tiene aproximadamente la edad de Aksel. El hombre mayor lleva un cuchillo de pan, y el más joven tiene una escoba con un mango de plástico que parece endeble, probablemente la peor elección de arma que Aksel pueda imaginar. Obviamente, han visto a Belinda y a Aksel, y la ventana abierta, y parecen decididos a alcanzarlos, probablemente ansiosos por escapar del edificio también.

—Mierda —murmura Aksel—. Cuatro son multitud. El cable no soportará a todos.

Considera brevemente intentar bloquear la puerta del hueco de las escaleras, pero probablemente no serviría de nada. Tampoco tiene con qué amenazar a los hombres; al contrario, ellos son los que tienen el arma más letal, obviamente el cuchillo, no la escoba.

—Vamos —susurra Aksel, extendiendo la mano para agarrar el brazo de Belinda—. Nos piramos.

—Espera, no puedo... ¿cómo...?

Aksel la empuja hacia la ventana, para que agarre el cable, pero ella se resiste.

—Es fácil —le dice—. Solo tienes que envolver las piernas alrededor y empezar a trepar.

—Pero...

—¡Eh! —grita el hombre mayor—. ¡Esperad!

—Sssh —el joven lo calla—. ¡Vas a atraer a los infectados!

Los hombres han acelerado el paso y ahora llegan al hueco de las escaleras. Belinda sigue dudando, y Aksel se da cuenta de que tendrá que ocuparse de los hombres.

—Me alegra ver a alguien más con vida —dice, forzando una sonrisa—. ¿Estáis bien?

—Estamos bien —responde el hombre mayor, sin apenas mirar a Aksel—. ¿Es una salida? ¿Es seguro?

—Es prácticamente imposible, para serte sincero —responde Aksel—. Queríamos saltar, pero hay demasiados ahí abajo.

—Maldita sea —escupe el joven. Sigue mirando nervioso por el pasillo, como si temiera que alguien les estuviera siguiendo—. Te lo dije, tío. No podremos salir de aquí hasta que la policía despeje la zona...

—La policía —gruñe el hombre mayor—. Se han largado, esos cobardes. —Parece notar algo fuera de la ventana—. Ese cable de ahí... ¿aguantará si intentamos trepar?

—¿Ese? —pregunta Aksel, fingiendo que acaba de darse cuenta—. No creo. —Siente la mirada de Belinda sobre él y le lanza una rápida mirada, esperando que capte su intención.

—Apartaos —ordena el hombre mayor, agitando el cuchillo. No lo hace de manera amenazante, y Aksel ni siquiera está seguro de que lo usaría si no le obedecen, pero no tiene sentido correr ese riesgo. Así que él y Belinda se apartan, dejando que el tipo se acerque a la ventana. El hombre mira hacia arriba, al cable, luego sigue su recorrido hasta el aparcamiento, deteniéndose en el coche.

—Vaya —dice—. Ibas a trepar por aquí, ¿verdad?

Aksel se muerde el interior de la mejilla.

—Hay alguien ahí abajo —continúa el hombre mayor, sin esperar respuesta—. ¿Conocéis a la persona en el coche?

—No la verdad que no —responde Aksel.

—¿Por qué no se marchan? —pregunta el joven, asomándose por encima del hombro de su compañero—. ¿Hay algo mal con el coche?

—Creo que están esperando —dice el hombre mayor, mirando a Aksel y Belinda—. Esperando a estos dos. —Luego mira al joven—. Esta es nuestra forma de salir de aquí. Treparemos hasta el coche, saltaremos, entraremos por el techo solar y luego nos largaremos de aquí.

El joven parece menos que entusiasmado con la idea.

—No puedo hacer eso...

—Claro que puedes. ¿Y sabes por qué? Porque tu maldita vida depende de ello, ¡por eso!

—Mira, nos encantaría llevaros con nosotros —comienza Aksel—. Pero...

—No estamos pidiendo una invitación —gruñe el hombre mayor, volviéndose hacia él—. Iremos.

—Pero me temo seriamente que el cable no aguantará a todos —termina Aksel.

—Iremos de uno en uno, obviamente.

—Sí, bueno... sin ofender... —Aksel mira al joven de arriba abajo, luego se encoge de hombros—. Creo que pesas más que nosotros.

El joven dice:

—Jódete, imbécil.

—No, tiene razón —murmura el hombre mayor, echando un vistazo a la barriga del otro—. Eres demasiado gordo tío.

—¿Qué demonios estás diciendo? —chilla el joven, su voz se torna aguda—. ¿Quieres que me quede aquí?

—No, pero quiero que vayas después de mí. Así, si el cable aguanta, vosotros dos podréis venir después... —Indica a Aksel y Belinda.

—Qué amable de tu parte —dice Aksel entre dientes. Con cada segundo que pasa, lamenta más no haber salido antes de que estos dos aparecieran.

El hombre agita el cuchillo frente a la nariz de Aksel, y esta vez el gesto es ligeramente amenazante.

—Mira, daos por afortunados de que no os haya destripado y os haya dejado aquí. Podría hacerlo, ¿sabéis? Nadie en el mundo sabría lo que ha pasado...

—Por favor —interviene Belinda, hablando por primera vez—. Mi hija está ahí abajo.

El hombre mayor la mira.

—No somos monstruos. Solo queremos llegar a un lugar seguro, igual que vosotros.

—Entonces, por favor, dejadnos... —comienza Belinda, pero se interrumpe con un grito.

Aksel ve lo mismo. Detrás de ellos, en el pasillo, ha aparecido un policía. La mitad de su cara ha desaparecido, y la piel de su cuero cabelludo ha sido arrancada, dejando al descubierto el hueso. Le faltan las botas, pero sus piernas parecen ilesas, y se mueve rápido para ser un no muerto.

—¿Qué pasa? —pregunta el joven, alarmado de inmediato.

—Lo he oído también, Belinda —dice Aksel, colocándose frente a ella para bloquearle la vista y, también, para evitar que el joven vea lo que ella está mirando. En lugar de mirar al policía, Aksel finge concentrarse en las escaleras, frunciendo el ceño—. Creo que alguien está bajando...

El joven mira hacia arriba y escucha.

—No oigo nada...

Por suerte, dado que el policía no lleva zapatos, sus pasos son casi imperceptibles. Tampoco emite gruñidos o gemidos, algo que Aksel ha notado antes en otros zombis. Es como si, cuando detectan que no han sido descubiertos, fuesen capaces de acechar a sus víctimas, moviéndose más rápido, más decididos, y terriblemente silenciosos.

—Bueno, nos vamos igualmente—dice el hombre mayor, deslizándose el cuchillo por la parte trasera del cinturón—. Échame una mano, ¿quieres? Vosotros dos, apartaos. ¡Nada de tonterías!

Aksel está más que feliz de obedecer. Toma el brazo de Belinda y la aparta con él. Se colocan en una esquina y observan cómo el joven ayuda al otro a subirse al alféizar de la ventana. El hombre mayor, aunque parece fuerte, no es particularmente ágil, y sus rodillas crujen ruidosamente cuando se agacha como si fuera Spiderman, luego se inclina hacia afuera para agarrar el cable.

Todavía no han visto al policía, piensa Aksel. No puede evitar sentir un poco de lástima por no haberles advertido. Por otro lado, no solo amenazaron con matarlo, sino que probablemente están a punto de arruinar la única oportunidad que él y Belinda tienen de salir vivos de allí. Puede oír a Belinda respirar rápido. Está completamente tensa, y está mirando la puerta rota del pasillo. Es obvio que quiere gritar, pero se está conteniendo.

—De acuerdo, creo que aguantará —dice el hombre mayor por encima del hombro—. Me voy. Esperad hasta que llegue al coche, y luego vosotros podéis— ¡Oh, mierda! ¡Cuidado!

El policía acaba de entrar en el hueco de las escaleras. De cerca, ofrece una visión aún más horrible. Al darse cuenta de que lo han visto, acelera el paso, cruza el rellano en cinco zancadas

tambaleantes y se lanza contra el joven. Este apenas logra girarse y agarrar las muñecas del zombi. Gritando, su voz llena el hueco de las escaleras, haciendo que a Aksel le zumben los oídos, mientras el chico comienza una macabra danza con el policía zombi, que intenta morderle la cara y el cuello con ansias.

El hombre mayor, sin preocuparse siquiera por ayudar a su compañero, desaparece por la ventana. Desde donde está, Aksel puede ver cómo el cable se agita, pero no se rompe.

El joven empuja al zombi hacia atrás con un grito, y luego corre hacia la ventana. Se lanza de cabeza, retorciéndose y agarrando el cable. Es una hazaña impresionante para un tipo de su tamaño, y de hecho logra agarrarse y mantenerse colgado. Pero el policía lo persigue, llegando a la ventana dos segundos después. Se inclina hacia afuera, agarra la camiseta del chico y lo arrastra hacia atrás, intentando morderlo. El chico vuelve a gritar, forcejeando y pateando mientras cuelga del cable. El hombre mayor grita algo. Las piernas del zombi se levantan del suelo mientras la gravedad los empuja a ambos hacia afuera de la ventana. Aferrado a la camiseta del joven, ambos cuelgan por un momento. El chico grita, pero el sonido se vuelve débil debido a lo agotado que está y lo difícil que le resulta seguir agarrado. Aksel ve cómo sus dedos resbalan, y luego cae.

No quiere mirar, pero no puede evitarlo. Al acercarse a la ventana, lo primero que ve es al hombre mayor aun colgando del cable. Ha conseguido levantar las piernas y envolverlas alrededor del mismo. Su cara está roja, ya que la sangre ha subido a su cabeza, pero está avanzando lentamente, acercándose al coche.

Abajo, el joven ha caído sobre tres zombis que, aparentemente, fueron atraídos por el alboroto. Aturdido por la caída, pero aparentemente sin haberse roto nada, intenta ponerse de pie, pero es una batalla perdida. Las manos de los zombis lo agarran por todos lados, y lo rodean en cuestión de segundos. Como perros salvajes que no han comido en días, se lanzan sobre él y comienzan a devorarlo con vigor. Trozos de piel y carne son arrancados como si fueran ropa de un stripper, y los gritos del chico se vuelven aún más agudos antes de convertirse rápidamente en gorgoteos agónicos.

—Dios —susurra Belinda sobre el hombro de Aksel—. No les avisamos...

—No —dice Aksel—. No lo hicimos.

—¡Suéltame!

El dolor es intenso mientras Hakon se aferra a su espinilla. Por suerte, el viejo ha dejado caer su dentadura postiza, pero aún le quedan un par de muñones afilados, y estos rasgan la tela de su pantalón y perforan su piel.

Louisa grita de nuevo y trata de zafarse. Pero está sentada, y Hakon está en el suelo a cuatro patas, aferrado a su pierna como un cachorro juguetón. Lo único que consigue es arrastrarlo mientras se desliza hacia atrás por el suelo. Le da una bofetada fuerte, y él gruñe molesto y ajusta su mordida, intentando arrancar un buen pedazo. Solo consigue un trozo de tela, lo que le da a Louisa la oportunidad de levantar la otra pierna y darle una patada fuerte en la barbilla.

Hakon se desploma, y Louisa se pone de pie, casi cayéndose de nuevo. Hakon le ha hecho más daño en la pierna del que pensaba. Duele como el infierno. Y él ya va otra vez hacia ella.

—¡Jódete, viejo bastardo!

Louisa le da una patada de fútbol en la cabeza. En su lugar, lo golpea en el pecho, pero es suficiente para tumbarlo de nuevo.

Después de haber sido la gerente del Centro de Mayores de Mo durante casi nueve años, Louisa conoce íntimamente a todos los que han vivido allí, y Hakon no es la excepción. Como el resto del personal, tiene unos residentes favoritos y otros que no lo son tanto. Hakon cae en la segunda categoría. Es uno de esos viejos orgullosos que nunca aceptó el hecho de que no puede cuidarse solo. Para mostrar su resentimiento, se tira pedos a propósito, ruidosos y malolientes, a menudo cagándose un poco en el proceso. Además, es descaradamente machista y, a menudo, le ha dado una palmada en el trasero a Louisa si pasa a su alcance.

Por eso, le da otra patada antes de que pueda levantarse, solo por si acaso. Esta vez, su zapato le da en la garganta, y él emite un sonido ronco y burbujeante mientras se dobla. No puede evitar

sentir una oleada de satisfacción. Pero aun así, él sigue viniendo hacia ella.

«No hay manera de detenerlos», piensa Louisa, moviéndose alrededor de Hakon para alcanzar la puerta que da al pasillo.

Estaba sentada aquí, en el salón, terminando el horario de la próxima semana, cuando Hakon irrumpió. Esos eran sus cuarenta y cinco minutos especiales, la parte menos estresante de su día, y estaba escuchando esa estúpida grabación de mindfulness que su terapeuta le recomendó. Debido a los auriculares pesados que lleva puestos, no oyó a Hakon entrar en el salón hasta que cayó sobre ella.

«Eso es típico de mi suerte. ¡Intento deshacerme del estrés, y mira lo que me ha pasado!»

No estaba del todo convencida de las prácticas de meditación, pero tenía que intentar algo, porque hablar de su divorcio no le hacía ningún bien. Desde que Osmond la dejó hace seis meses, se ha sentido cada vez más deprimida y tensa. Su terapeuta parece pensar que el divorcio ha despertado sentimientos latentes de abandono de su infancia, cuando su madre a menudo la dejaba si no se comportaba bien, lo que convirtió a Louisa en una complaciente sin carácter, no fue exactamente así como lo dijo, pero fue lo que quiso decir.

Así que ahora, todas las mañanas, escucha afirmaciones como «Estoy exactamente donde debo estar», «Estoy agradecida por todo lo que tengo» y «Tengo todo lo que deseo ya dentro de mí», y no solo no le ayuda en nada, sino que ahora ha sellado su destino.

Finalmente, puede moverse alrededor de Hakon y se dirige hacia la puerta. Es una de esas sin cerradura ni pomo, que se puede empujar en cualquier dirección. Cuando está a punto de atravesarla corriendo, otro residente entra en el salón, esta vez es Estrid, una de las personas más amables en el lugar. Todavía lleva su camión, o lo que queda de él. Está desgarrado, dejando al descubierto sus pechos caídos y venosos. Uno de ellos ha sido arrancado a mordiscos. La sangre le ha salpicado por todo su cuerpo, y sus pies descalzos hacen ruidos húmedos con cada paso.

—¡Joder! —murmura Louisa, esquivándola. En el mostrador justo al lado de la puerta está el café que preparó hace más de veinte minutos. Ahora está en la cafetera, negro y ya está hirviendo, Louisa lo agarra. Cuando Estrid se acerca a ella, le golpea la cabeza con la cafetera.

Louisa ha visto este movimiento muchas veces en películas de acción. Parece ser una táctica clásica, especialmente para mujeres que intentan escapar de atacantes masculinos. Espera que funcione. Al menos, que derribe a Estrid con una lluvia de café hirviendo y cristales rotos.

Pero sorprendentemente, la cafetera ni siquiera se rompe. Solo la golpea con un sonido seco, y un chorro de café se derrama. La mayor parte va al suelo, pero algo le salpica el estómago a Louisa.

—¡Ay! ¡Maldita sea!

El dolor por la quemadura momentáneamente eclipsa el punzante dolor en su espinilla.

Estrid solo tarda un par de segundos en recuperarse, y luego va de nuevo hacia Louisa. Instintivamente, Louisa lanza el resto del café a la cara de la anciana, pero a Estrid parece no molestarle en absoluto, a pesar de lo mucho que debería doler.

Hakon entra por un lado, y Louisa le lanza la cafetera. A pesar de golpearle de lleno en la frente, no se rompe. «¿De qué demonios están hechas estas cosas? ¿Vidrio a prueba de balas?», piensa. Lo que sí que consigue es que retroceda unos pasos, lo cual es suficiente para que Louisa pueda deslizarse entre los dos ancianos y salir corriendo por la puerta.

Deteniéndose un momento para tomar conciencia del caos, y maldiciendo una vez más la estúpida grabación, se queda asombrada de cuánto ha sucedido sin que oyera nada. Las personas literalmente se están comiendo unas a otras.

Louisa supo en cuanto vio a Hakon que esto es el virus Torik. Como todo el mundo, ha estado siguiendo las noticias, y ha visto vídeos compartidos en Facebook de lo horribles que se ven los infectados de cerca. Y a juzgar por el estado del pasillo, todo el maldito centro ha sido infectado.

Corriendo por el pasillo, esquivo a quienes tratan de agarrarla. Varias personas han sido derribadas y están siendo despedazadas. Louisa ni siquiera considera detenerse a ayudar. La mayoría de las puertas están abiertas, revelando más caos dentro de las habitaciones. Los ancianos probablemente fueron atraídos por la curiosidad al oír los ruidos.

Al llegar al vestíbulo, Louisa se detiene abruptamente. Las puertas de vidrio están prácticamente bloqueadas. Hay gente infectada por todas partes.

—¡Joder!

Alguien gruñe justo detrás de ella. Louisa sigue corriendo por el ala sur, pero también está completamente llena de gente. De repente, queda atrapada entre dos grupos de infectados. Un hombre llamado Gustaf, que es uno de los residentes más recientes, se lanza hacia ella con un gruñido, sus ojos negros reflejan las luces del techo.

«Esto es el final».

Louisa está acorralada. Retrocediendo, choca contra una puerta. Se da la vuelta y agarra el pomo. La puerta está cerrada. Se da cuenta de que su tarjeta de acceso aún está colgada en su cuello. Activa el cerrojo justo cuando Gustaf la agarra por los hombros. —¡Suéltame! ¡Déjame ir! —gruñe, tratando de darle un codazo en la cara a Gustaf. Pero falla, y mientras él le muerde la parte superior de la espalda, la empuja hacia adelante, y ambos irrumpen en la habitación.

—No tenía ni idea de que se sentiría así.

Kristoffer estaba perdido en pensamientos sombríos cuando Hans rompe el silencio, levanta la vista. Están de nuevo sentados uno frente al otro, cerca del fuego que Kris ha reavivado echando un par de troncos.

El grandulón ha dejado de llorar. Está mirando fijamente las llamas. —Nunca había perdido a alguien que amaba, así que realmente no sabía qué esperar —parpadea y mira a Kristoffer—. ¿Tú has perdido a alguien alguna vez?

Kristoffer asiente.

—Mis padres murieron cuando era pequeño.

—¿En serio?

—Sí, pero ni siquiera los recuerdo, así que en realidad no fue como si estuviera de luto ni nada.

—¿Así que eres como Batman?

El comentario hace que Kristoffer suelte una risita.

—Nunca lo había pensado así. Supongo que debería estar luchando contra el crimen por las noches.

Hans sonríe, luego vuelve a mirar el fuego.

—Lo siento, no quería que el tema girase sobre mí, tío.

—No pasa nada. Yo pregunté. ¿Quién te crio entonces?

—Mi abuela. Murió hace unos años. Esa pérdida sí la sentí. Pero al mismo tiempo, estaba un poco preparado, ¿sabes? Tenía ochenta y ocho años, así que no fue exactamente una sorpresa.

—Aun así, debió de doler, ¿no?

—Claro que sí.

—¿Cómo lo superaste?

Kris se da cuenta de que Hans está buscando algún tipo de consuelo. Tal vez espera escuchar que la pérdida de su prometida no dolerá para siempre. Kristoffer no quiere mentirle, pero tampoco quiere causarle más dolor del que ya está sintiendo. Así que elige sus palabras con cuidado.

—Bueno, lloré mucho. Eso ayudó a aliviar un poco el dolor. Aparte de eso, me mantuve ocupado. De hecho, estaba agradecido de que me hubiera dejado toda una casa que cuidar. Teníamos gallinas en el patio trasero. Así que incluso en esos días en los que me sentía mal, tenía responsabilidades. Eso fue lo que me ayudó a superarlo.

Hans asiente de nuevo. Frunce el ceño, como si estuviera resolviendo un enigma.

—Pensé que envejeceríamos juntos, ¿sabes? Estaba realmente convencido.

Kristoffer traga con esfuerzo.

—Sí, lo sé.

Hans lanza una mirada hacia el arroyo. Luego baja la voz.

—¿Puedo preguntarte algo, Kristoffer?

—Claro.

—¿Confías en él?

Kristoffer sabía que esa pregunta llegaría. Sabe a qué se refiere realmente. Aun así, se queda sin respuesta. Abre la boca, pero no sale ninguna palabra.

—No lo sé, tío —dice finalmente—. No puedo descifrarlo. Hay algo que no cuadra...

Un silbido agudo y breve los sobresalta a ambos y girar la cabeza rápidamente. El sonido fue claramente producido por un humano, y Kristoffer asume que es Ragnar quien ha regresado. Pero viene de la dirección diferente.

Kristoffer no ve a nadie al principio. Luego nota el cañón de un rifle apuntado hacia ellos. Sobresale desde detrás de una esquina del acantilado. También asoma medio rostro, con un ojo fijo en ellos. Es un chico joven, de unos veinticinco años, y lleva puesto el inconfundible casco militar de invierno.

—No mováis ni un músculo —les dice el soldado con voz tranquila—. Si alguno de vosotros intenta ponerse de pie, será lo último que haga en su vida.

—Por favor, vigila el pasillo Belinda. Asegúrate de que nadie más se nos acerque a hurtadillas.

Belinda se aparta de la ventana, respirando rápidamente.

—Dios, esto es horrible...

Aksel está de acuerdo. Sigue mirando al anciano, que ha llegado al coche. Está colgando boca abajo, a unos cuatro metros y medio del suelo. Incluso lograra colgarse solo de las manos, sigue siendo una caída enorme. Más de lo que Aksel había calculado.

No será fácil aterrizar bien...

El anciano resopla. Obviamente, le cuesta mantenerse colgado. Mira hacia abajo, aparentemente planeando la caída.

—Será mejor que nos preparemos —dice Aksel por encima del hombro—. Está a punto de saltar, y deberíamos ir detrás.

Ya ha empezado a pensar en qué hacer si el tipo logra llegar al coche. No asume que la policía le vaya a hacer frente, aunque tenga un arma. Lo que significa que se unirá a ellos. Pero, como Aksel lo llevó a una emboscada, provocando la muerte de su compañero y casi la suya también, probablemente no confíe en él, y asume que el tipo será aún más imposible de soportar.

—No estoy segura de poder trepar —dice Belinda—. No tengo tanta fuerza en los brazos.

—Estarás bien —la tranquiliza Aksel—. Conozco algunos trucos, no te preocupes.

Realmente no le preocupa que ella llegue al coche. Esa es la parte fácil. La parte mucho más difícil es pasar del cable al techo del monovolumen de forma segura. Ese es el desafío al que se enfrenta el anciano ahora. Sigue colgando allí, mirando hacia abajo, tratando de decidir cómo hacer mejor el salto. Los zombis están rodeando el vehículo, levantando sus manos ansiosas. Por suerte, el coche es lo suficientemente alto como para que ni el más alto de ellos alcance el centro

del techo, donde está el techo solar. Y el capó es de los verticales, por lo que tampoco pueden trepar por ahí.

«Te vas a cansar», piensa Aksel. «Solo hazlo».

Como si lo hubiera escuchado, el anciano desenvuelve sus piernas. Estas se balancean hacia abajo, y el cambio repentino resulta demasiado para sus manos. Se resbala y cae con un rugido. Al aterrizar en el techo del coche, se golpea visiblemente la rodilla, y se desploma sobre su vientre con un grito aún más fuerte. Se retuerce y trata de agarrarse a algo, pero realmente no hay nada, y ambas piernas se balancean hacia el borde del coche. Los muertos no pierden la oportunidad y lo agarran de inmediato.

—¡No! ¡Soltadme!

Empieza a patear frenéticamente. Habiendo conseguido aferrarse al borde del techo, logra mantenerse colgado, pero no puede sacudirse a los zombis, que arañan y muerden sus pantalones. Le arrancan una de las botas. El tipo saca el cuchillo con una mano e intenta golpear a los zombis. Consigue hacer un corte en la mandíbula de una mujer y un corte profundo en el antebrazo de un hombre. Por supuesto, a ninguno le importa. Siguen tirando de sus piernas, con más fuerza.

El hombre pierde el agarre y suelta el cuchillo con un grito. Justo cuando está a punto de ser arrastrado fuera del coche, la policía aparece por el techo solar y le agarra las muñecas. Intenta tirarle hacia atrás, pero ya son seis contra uno, y los zombis son simplemente demasiado fuertes. El tipo es arrastrado fuera del coche y desaparece en la multitud. Su grito de muerte resuena en el aparcamiento.

—Mierda —murmura Aksel—. Tampoco lo logré.

—¡Aksel!

La voz de Belinda es aguda, lo que lo obliga a mirar hacia atrás. Espera ver a otro zombi venir por el pasillo. Pero este está vacío. En cambio, ve a Belinda mirando escaleras arriba. Cuando sigue su mirada, ve a una mujer bajar torpemente los escalones.

—¡Mierda!

Todos los planes cuidadosos que Aksel había estado elaborando sobre cómo trepar se desvanecen en ese momento. De repente, solo tienen diez segundos para salir.

Aksel agarra a Belinda y la envuelve en un fuerte abrazo. —Agárrate a mí —le dice al oído—. Y no me sueltes.

Se inclina hacia atrás por la ventana como un buceador que se tira desde el borde de un barco. Agarra el cable y, empujándose con los pies desde el alféizar, envuelve la otra pierna alrededor

del cable. Es difícil porque también está cargando con el peso de Belinda, y el metal se le clava en las manos. Pero no puede preocuparse por eso. Levanta la otra pierna y empieza a alejarse del edificio.

Belinda grita mientras la mujer parece intentar agarrar sus piernas. Aksel siente una mano rozar su pie también. En ese momento quedan fuera de su alcance, y escucha el gemido de la mujer zombi al inclinarse más y finalmente caer al suelo.

Belinda está hiperventilando en su oído, repitiendo: —No me sueltes... no me sueltes... — Debido a la forma en que están posicionados, ella tiene una vista clara de lo que hay justo debajo de ellos, y Aksel asume que no es precisamente alentador.

Él se concentra en avanzar. Si no hubiera conocido la técnica adecuada, probablemente ya habrían caído. Y si no fuera por su fuerza de agarre, no habría podido soportar el peso de ambos. Mueve primero una pierna, luego una mano. No suelta el cable, solo afloja el agarre lo suficiente para deslizarse. Normalmente llevaría guantes de escalada, pero él no tiene ese lujo, y siente cómo el cable le roza la piel. Tendrá algunas ampollas desagradables, pero es un pequeño precio a pagar, considerando que la alternativa es caer varios metros, y ser despedazado mientras aún está vivo.

Llegan a la mitad del recorrido, y Belinda sigue con su mantra.

—No te preocupes —gruñe Aksel—. Lo lograremos.

Inhala una bocanada de su cabello y tose. No puede evitar oler su perfume, y a pesar de lo aterradora que es la situación, sentirla presionada contra él le recuerda mucho a cómo se sentía Frida, cuando estaba encima de él por la noche. El recuerdo es reemplazado inmediatamente por la imagen de Frida en el helicóptero, con la garganta desgarrada y la sangre brotando, y Aksel casi vomita.

«Concéntrate, hombre...», piensa.

Aprieta los dientes y sigue trepando. Los gemidos de la horda de muertos debajo le taladran el cráneo, el dolor en sus manos se intensifica, y entonces...

Están sobre el coche.

Aksel se detiene y echa un rápido vistazo hacia abajo. La policía está de pie en el techo solar, extendiendo los brazos hacia arriba. —¡De uno en uno! —grita por encima del ruido de los zombis—. ¡Yo os ayudo!

Aksel no está convencido. La caída es demasiado pronunciada. Hay un gran riesgo de que salga mal. Si deja caer a Belinda y, por ejemplo, su talón golpea a la policía en la cara,

probablemente la dejaría inconsciente y luego caerían a su muerte. Tienen que aterrizar justo al lado de la policía, y ella tiene que ser rápida para agarrarlos antes de que se deslicen del techo.

Es una posibilidad de éxito muy reducida. Pero no hay otra opción.

—Está bien —Aksel jadea al oído de Belinda—. Tendrás que saltar ahora. Deliberadamente usa la palabra "saltar" en lugar de "dejarte caer", ya que implica un cierto control. Es como cuando los médicos prefieren usar "presión" o "molestia", aunque claramente se refieran a "dolor".

—No puedo hacerlo —jadea Belinda—. No podré conseguirlo...

—Claro que puedes. Hazlo por Rosa. Piensa en tu hija. ¡Ella aún te necesita!

Belinda empieza a llorar, pero al mismo tiempo inhala con fuerza, obligándose a controlarse. —Está bien —dice—. Está bien. Solo dame un segundo.

—No puedo aguantar mucho más, Belinda. Tenemos que hacerlo. —Es cierto, sus antebrazos son como piedras, sus manos están completamente agarrotadas—. Voy a soltar el cable con la mano izquierda. En cuanto lo haga, agárrate a mi muñeca y sujétate con todas tus fuerzas. ¿Lista?

—Lista —susurra Belinda.

—Tres... dos... uno... ¡ahora!

—Se está yendo.

La chica pelirroja (Marit), rompe el silencio.

Hagos está sentado en la cama, rezando. Ahora levanta la vista y ve que Marit tiene razón. El hombre afuera, que es el padre de Marit, aparentemente ha encontrado algo más de interés, porque se tambalea alejándose de la puerta de la terraza. La mujer ya se ha ido. Aparece a la vista una anciana, cojeando por el césped, sosteniendo (de todas las cosas posible), una lámpara en la mano. Hagos la reconoce como Lili, de la habitación 21. El cable cuelga de la lámpara y las piernas de Lili se enredan en él. Cae de bruces, dándole al hombre los segundos que necesita para alcanzarla.

Lili trata de levantarse, pero no puede. En lugar de eso, balancea la lámpara con valentía mientras el hombre cae sobre ella. Es inútil. La mata casi al instante.

—Oh, Dios —gime Marit, apartando la mirada.

—¿Deberíamos intentar salir? —Es el tipo gordo quien habla. Su mirada se desliza de Edith a Hagos—. ¿Huir?

Hagos está bastante seguro de que ni el tipo gordo ni Edith pueden realmente correr, al menos no por mucho tiempo. Pero no lo dice. En cambio, responde:

—Creo que por ahora, estamos más seguros aquí. A juzgar por los sonidos afuera, esto ya se ha extendido a varias manzanas.

—Sí, estoy de acuerdo —interviene Edith—. Yo digo que nos quedemos aquí hasta que la policía logre controlar esta situación...

Alguien golpea la puerta de la habitación.

Marit se levanta de un salto.

—Tranquila —dice Hagos—. Está cerrada. No pueden entrar.

Entonces, como para desmentirlo, suena un pitido.

Por una fracción de segundo, los ojos de Hagos y Edith se encuentran. Puede decir que ella también lo escuchó y que reconoce el sonido. Provino de la cerradura, que solo puede abrirse con una tarjeta de acceso del personal. Pero ninguno de los residentes tendría una de esas, y aunque la tuvieran, no sabrían cómo usarla. Así que, ¿cómo diablos...?

—¡Suéltame! —una voz de mujer viene del otro lado—. ¡Déjame ir!

Es Louisa. La gerente. Una de las pocas personas en el edificio que tiene una tarjeta de acceso.

Hagos se pone de pie justo cuando la puerta de la habitación se abre de golpe y Louisa cae al suelo. Sobre su espalda está un anciano, que se llama Gustaf, al menos según lo que se puede distinguir, y está desgarrando la espalda de Louisa.

—¡Dios santo! —exclama el tipo gordo, levantándose con sorprendente rapidez—. Tenemos que...

Lo interrumpe el grito de Marit. Edith también grita algo, pero Hagos no le pone atención. Ve todo lo que sucede en la entrada como si fuera en cámara lenta. Louisa, retorciéndose, tratando de quitarse de encima a Gustaf. Gustaf, mordiéndole la piel de la espalda, haciendo que la sangre brote. Y otras dos figuras que aparecen detrás, empujándose para entrar, ansiosas por unirse al festín.

Hagos se da la vuelta. Ve al tipo en el césped, que sigue atacando a Lili, quien ya ha dejado de luchar. Ve a Marit, que está más cerca de la puerta de la terraza, tapándose la cara y gritando. Entonces corre hacia ella, la agarra de la muñeca y la arrastra.

Desbloqueando y abriendo la puerta de la terraza, grita por encima del hombro:

—¡Venid!

Se lo dice al tipo gordo y a Edith, pero ninguno parece escucharlo. Ambos están paralizados, mirando la horrible escena. Tres infectados más están abriéndose paso hacia el interior de la habitación. Hagos deja la puerta de la terraza completamente abierta, dándoles la oportunidad de salir si reaccionan a tiempo.

Luego arrastra a Marit al aire frío del exterior.

Apenas logran dar dos pasos afuera cuando un hombre, que es demasiado joven para ser residente del centro de ancianos, salta desde un lado. Lleva puesto lo que podría haber sido un uniforme de policía. Es imposible saberlo debido a que está empapado en sangre y suciedad.

Marit grita e intenta regresar al interior, pero Hagos la detiene. La habitación es ahora una auténtica carnicería. Los infectados han atacado tanto a Edith como al tipo gordo. Este último al menos parece haber intentado llegar a la puerta de la terraza, pero ha sido derribado justo en el

marco. Está retorciéndose y gritando para que Hagos lo ayude, mientras dos infectados le desgarran los tendones y las nalgas.

«Solo hay una salida», piensa Hagos.

El joven se dirige directamente hacia ellos, entrando en la terraza, acorralándolos.

Kristoffer quiere obedecer, pero automáticamente levanta las manos para mostrar que están vacías.

—Oye, tío, no estamos armados. Y no queremos problemas.

—Totalmente de acuerdo con eso último —le responde el soldado, sin moverse ni un centímetro, ni siquiera pestañear. Tiene un ligero acento—. Pero depende de vosotros si esto se complica o no. Y lo siento, pero no podemos simplemente confiar en tu palabra de que no llevas nada. Espero que lo entiendas.

«¿Podemos?» piensa Kristoffer.

El soldado silba de nuevo.

Desde otra dirección se oye un ruido de ramas, y una figura emerge de entre los arbustos y aparece a la vista. Es otro soldado, este algo mayor, también vestido con uniforme de invierno. También apunta un rifle automático hacia ellos mientras se acerca.

—Mantened las manos donde pueda verlas —les ordena, hablando con el mismo dialecto. Parece que son suecos, o quizá daneses, pero, por el poco acento que tienen, deben de llevar varios años viviendo en Noruega.

Tanto Hans como Kristoffer obedecen. El segundo soldado se acerca a ellos para registrarles, les pide que se levanten y revisa los bolsillos de sus pantalones. Saca la navaja plegable de Kristoffer y se la guarda en su propio bolsillo.

—Dijiste que no estabas armado, ¿no? —comenta el soldado detrás del acantilado—. ¿Eso significa que no podemos confiar en ti?

—Yo... me refería a que no tenemos armas de fuego —murmura Kristoffer, sintiendo un nudo en el estómago. Esta es la segunda vez en pocos días que alguien le apunta con un arma, y, al igual que cuando lo hizo el policía en la despensa, Kristoffer tiene la clara sensación de que hay

una buena posibilidad de que lo disparen en cualquier momento—. Me había olvidado de la navaja.

—Vale, aceptaremos eso por ahora —dice el soldado—. ¿Encontraste algo más, Lukas?

—No, nada —responde el segundo soldado, apartándose a un lado, pero manteniendo el rifle apuntando a Hans y Kristoffer—. Están limpios.

—Genial. ¿Oíste eso, Jan? Te toca.

Kristoffer y Hans intercambian una mirada. Los ojos de Hans parecen hacer la misma pregunta que Kristoffer está pensando: ¿Son tres?

Confirmando su pensamiento, un tercer soldado aparece en la meseta desde otra dirección. Es más bajo y no lleva rifle. Tampoco lleva casco, y su uniforme parece más normal, no del tipo diseñado para expediciones al aire libre. En su lugar, lleva una enorme mochila.

—¡Joder! ¡Era un detector de movimiento! —exclama. Su voz es un poco ronca y no tiene un acento discernible. Mastica chicle de forma frenética—. Lo siento por no creerte, Kjell.

—Me lo agradecerás luego —dice el soldado detrás del acantilado, y luego, dirigiéndose a Kristoffer y Hans—: Parece que tenéis montado un buen operativo aquí. ¿Qué hay en la cueva?

—Nada —responde Kristoffer.

—¿Nada, como que no llevabais armas? —gruñe el soldado—. Sé específico, imbécil.

Kristoffer traga con dificultad.

—Quiero decir, no hay nadie allí... solo, como, cosas.

—¿Qué cosas? ¿Estamos hablando de juguetes sexuales y disfraces? ¿Vinisteis aquí para hacer cosas raras?

—No —responde Kristoffer, casi soltando una risa nerviosa—. Son cosas para sobrevivir. Comida, agua, herramientas y un generador. No recuerdo todo, pero son solo... cosas.

—¿Hay algún tipo de trampa?

Kristoffer frunce el ceño.

—Te dije que no somos gais.

Por primera vez, los ojos del soldado titilan brevemente.

—¿Qué tiene eso que ver?

Kristoffer sacude la cabeza, mirando de un soldado al otro.

—Pensé que te referías a... ¿a qué te refieres exactamente?

El soldado se burla.

—Vaya superviviente. Por lo visto no fuiste tú quien puso esos sensores de movimiento, ¿verdad?

Kristoffer no sabe qué decir. De repente, se da cuenta de que Ragnar podría ser su única esperanza de sobrevivir, y que, sin querer, acaba de delatarlo.

—¿Quién está en esa cueva? —pregunta el soldado.

—Nadie —responde Kristoffer—. Te lo juro.

—Sí, jura todo lo que quieras. No te creo. Dile a tu amigo que salga.

—Está diciendo la verdad —interviene Hans, hablando por primera vez. Mira al soldado detrás del acantilado, al que no está armado—. No hay nadie en la cueva. Yo puse los detectores de movimiento, y para responder a tu pregunta anterior, no hay trampas ocultas ahí dentro.

Hay un momento de silencio en la meseta.

—Tiene pinta de ser un friki de la tecnología —comenta el soldado detrás del acantilado—. Digamos que tú pusiste esos detectores, amigo. ¿Por qué no te avisó de que veníamos? Jan no miró por dónde iba y seguro que lo activó. Fui rápido en destruirlo, pero aun así seguro que te llegó la señal.

—Dejé el receptor en algún lugar dentro de la cueva —responde Hans, apenas titubeando—. Debí de distraerme. Perdí a mi prometida esta mañana. Acabamos de regresar de enterrarla.

Hay otro momento de silencio, este más largo.

Kristoffer puede notar que los soldados captan la sinceridad en la voz de Hans. No hay forma de que alguien se invente una mentira así, mucho menos que la haga sonar verdadera si no lo fuera, y Kristoffer no puede evitar admirar lo rápido que Hans piensa, incluso bajo presión. Le parece una persona completamente distinta del tipo nervioso y torpe de ayer.

—Lamento tu pérdida —dice el soldado detrás del acantilado, sin sonar muy compasivo, pero al menos no sarcástico—. ¿Cómo murió?

—Diabetes —responde Hans de inmediato, dejando entrever un dolor real en su voz—. Entró en shock anafiláctico. No teníamos insulina.

—Vaya. Eso es típico. Intentas pensar en todo cuando te preparas para el Apocalipsis, pero siempre olvidas algo, ¿no? Bueno, supongo que irse así sigue siendo mejor que ser devorado vivo por malditos zombis.

Sus ojos van de un lado a otro entre Hans y Kristoffer.

—Entonces, ¿decidisteis venir aquí a vuestra pequeña cueva en cuanto empezó todo el caos? ¿Es eso?

—Así es —responde Kristoffer.

—¿De dónde sois?

—De Bodum —responde Kristoffer—. Es un pueblo que está...

—Sé dónde está Bodum. ¿Y cuál era vuestro plan? ¿Quedaros aquí hasta que las cosas se calmaran?

Kristoffer se encoge de hombros.

—Básicamente, sí.

—Bueno, tengo malas noticias, chicos. Las cosas no se van a calmar. Al menos, no pronto. De hecho, esto acaba de empezar.

La mente de Kristoffer sigue pensando en Ragnar. ¿Cuánto tardará en regresar? Si pueden mantener a los soldados hablando, Ragnar sin duda los escuchará al regresar, y tal vez pueda sorprenderlos. Tiene el rifle, pero Kristoffer no está del todo seguro de que lo use. No mientras esté en desventaja de armas. Podría simplemente darse la vuelta y huir sin mirar atrás, dejando a Kristoffer y Hans a su suerte. Pero Kristoffer no cree que sea ese tipo de personas. Está bastante seguro de que Ragnar no cederá su cueva tan fácilmente.

—¿Sois del campamento que está ahí? —pregunta Hans, señalando hacia el norte.

Al levantar el brazo, el soldado mayor levanta su rifle, siseando:

—Nada de movimientos.

—Perdón —dice Hans, sonrojándose.

—Sí, salimos esta mañana —dice el soldado detrás del acantilado—. No nos apetecía quedarnos con mil quinientos cadáveres andantes. Tal vez sea solo cosa mía, pero empezaba a dar mal rollo.

—Kjell —dice el soldado mayor—. Tenemos que seguir moviéndonos.

—Sí, ya lo sé. Solo quiero echar un vistazo rápido a esa cueva.

—¿Para qué? No nos vamos a quedar.

—No, lo sé. Pero puede que haya cosas útiles ahí.

—Mira, llevaos lo que queráis —dice Kristoffer—. Solo por favor no...

—Eso es, nos llevaremos lo que queramos —gruñe el soldado detrás del acantilado—. Y no necesitamos tu maldita autorización, así que cállate mientras los adultos hablan.

—Estoy con Lukas —dice el soldado desarmado, cambiando su postura—. Yo digo que nos larguemos. Si seguimos avanzando, conseguiremos cruzar la frontera mañana.

—¿Y luego qué? —gruñe el soldado detrás del acantilado—. A una infección no le importan las fronteras. Nos seguirá.

—Ya hablamos de esto, Kjell —dice el soldado mayor, sin apartar la mirada de Hans y Kristoffer—. Ya está decidido.

—Sí, mi tío nos subirá a ese avión —dice el soldado con la mochila—. Estaremos en San Petersburgo antes de...

—¡No les digas nada! —grita el soldado detrás del acantilado, y por primera vez da un paso al lado, revelando todo su rostro y cuerpo—. ¡Eres un maldito idiota, Jan! ¡Ahora saben adónde vamos!

—¿Pero qué... por qué importa? —pregunta Jan, sacudiendo la cabeza—. No es como si fueran a venir con nosotros.

—No, pero pueden delatarnos, idiota. Nos hemos fugado, ¿recuerdas? ¿Quieres que acabemos entre rejas? Sería una jodida ironía morir de sed y hambre mientras los malditos zombis se apoderan de todo...

—Tranquilo —dice el soldado mayor—. No va a pasar eso. No es como si fueran a mandar la caballería a buscar a tres desertores ahora mismo. Tienen suficiente de qué preocuparse.

—Sí, pero no quiero dejar cabos sueltos. Nos escapamos limpiamente, y si tenemos suerte, no se darán cuenta de que nos hemos ido hasta mañana. Si dejamos a estos dos aquí sentados, podrían delatarnos y nos atraparán antes de que lleguemos a Suecia.

—No le diremos nada a nadie —dice Kristoffer.

—¡Te dije que te callaras! —grita el soldado llamado Kjell, levantando su rifle y apuntando a Kristoffer—. ¡Una palabra más y te juro que...!

—¡Cálmate, Kjell, por el amor de Dios! —grita Lukas. Por primera vez, aparta la mirada de Hans y Kristoffer para mirar a su compañero detrás del acantilado—. No puedes perder la cabeza y ponerte así cada vez que algo...

El soldado deja de hablar abruptamente. Lo hace porque de repente su mandíbula ha desaparecido. Sus ojos miran a la nada mientras se desploma hacia adelante. Una fracción de segundo antes de que golpee el suelo, el disparo que lo mató retumba en los oídos de Kristoffer.

—¡Mierda! —grita alguien desde lejos.

Entonces se escuchan cuatro o cinco disparos más, en rápida sucesión.

Kristoffer se agacha instintivamente, sintiendo, tanto como escuchando, los proyectiles que pasan a unos centímetros de su cabeza. Gira sobre sus talones para correr, cuando Hans choca contra él, derribándolo y cayendo sobre él. Kristoffer intenta gritar algo, decirle a Hans que se levante. Pero no se mueve, y cuando Kristoffer lo empuja a un lado, ve que la parte superior de la cabeza de Hans está abierta como una lata de tomates pelados.

«Dios mío, oh Dios...»

Kristoffer se apresura a levantarse mientras otro disparo suena, este se escucha más cerca. Luego corre hacia la cueva.

Aksel suelta el cable con su mano izquierda.

Belinda inmediatamente le agarra la muñeca.

Tal y como esperaba, no es capaz de sostener el peso de ambos solo con una mano, y cuando su mano derecha pierde el agarre, él y Belinda intentan sujetarse el uno al otro.

Pese a que Belinda se inclina hacia un lado y está a punto de caer, logran aguantar el equilibrio. Aksel aprieta con todas sus fuerzas mientras Belinda se balancea hacia abajo, gritando.

Sus piernas están cruzadas alrededor del cable, y aunque se hunde cada vez más en la parte trasera de las rodillas, se sostiene.

También lo hacen sus manos. Durante unos segundos, cuelgan como artistas de circo, Aksel boca abajo y Belinda colgando debajo de él. Ella contiene un grito, intenta mirar hacia abajo, estirando el cuello. —No me sueltes— repite. —Por favor, ¡no me dejes caer!

—Está bien— jadea Aksel. —Solo caerás unos pocos metros. La policía te ayudará. Agárrate a ella tan pronto como caigas. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!— exclama.

Aksel está a punto de contar de nuevo, cuando el agarre de Belinda se resbala. No puede sostenerla, y ella cae al vacío con un grito.

Aksel la ve aterrizar sobre el coche, con más gracia que el anciano, pero aun así, no es exactamente un diez. Ella se desploma, rueda hacia un lado y está a punto de deslizarse por el parabrisas cuando la policía le agarra una pierna y la detiene. Tirando de ella, logra sacar a Belinda del alcance de las manos de los zombis que ansiosamente la buscan. —¡Te tengo! ¡Te tengo!

Belinda se agarra a los brazos de la policía como una persona que se ahoga. Comienza a llorar de miedo y alivio mientras la agente se agacha hacia el coche, ayudando a Belinda a entrar.

Luego la policía vuelve a asomarse y mira a Aksel.

—¡Ahora te toca a ti!

Aksel asiente.

—Será más difícil conmigo. Soy más pesado, y es una caída más alta. ¿Crees que puedes agarrarme como lo hiciste con ella?

—Haré lo que pueda.

—Intentaré caer de pie, pero no puedo garantizar que lo consiga.

—Lo conseguiremos. Dime cuándo estés listo.

Aksel inspira un par de veces profundamente mientras observa la escena. Desde aquí arriba, parece una escena sacada de una película de terror. Los zombis están por todo el aparcamiento. Al empujar contra el coche, lo hacen balancearse de un lado a otro. El chico joven y regordete se ha vuelto a levantar y se ha unido a los otros zombis, y el anciano sigue siendo devorado, aunque la mayoría de los muertos vivientes han perdido el interés en él y han vuelto su atención hacia las presas más frescas.

«Esto es todo. Si no lo consigo, moriré. Y los demás también».

Aksel reúne lo que queda de su determinación y coraje. No ha llegado hasta aquí para convertirse en comida para zombis, al menos no todavía.

«Esto no es nada comparado con lo que hiciste en el hospital. En serio, esto es apenas una caída. Más bien, una acrobacia. Se acabará antes de que empiece».

Aun así, esto parece mucho más arriesgado. Un movimiento incorrecto, un brazo o una pierna que se salga del coche por un solo segundo, y sería arrastrado a su muerte.

—De acuerdo —le dice a la policía—. Estoy listo. Allá voy.

Entonces se suelta.

Mientras Marit grita, Hagos evalúa rápidamente sus opciones.

A su izquierda hay un camino relativamente despejado, con solo algunas macetas en el suelo. A su derecha hay una pequeña mesa con una sola silla, un calentador de terraza, una escoba y una manguera de jardín enrollada.

Hagos empuja a Marit hacia la izquierda, y él mismo va a la derecha. Esto le da a ella el camino con menos obstáculos, y por lo tanto, la mayor posibilidad de escapar. Además, separarse de ella consigue exactamente lo que él esperaba: hace que el infectado dude por medio segundo, sin saber por quién ir. Cuando Marit pasa corriendo junto a él, el infectado trata de alcanzarla, pero falla por unos centímetros. Ella corre como una jugadora de fútbol americano yendo por un touchdown, sin mirar atrás.

Hagos utiliza los pocos segundos adicionales antes de que el zombi pueda darse la vuelta. Se mueve alrededor de la mesa, tiene un pequeño margen de ventaja. Sin embargo, al infectado no le importa y simplemente atraviesa la mesa al intentar alcanzar a Hagos, volcando todo. Hagos salta hacia atrás, chocando contra el enrejado. El infectado agarra su camisa, y Hagos instintivamente golpea su muñeca. Pierde el agarre, pero de inmediato trata de agarrarse de nuevo. Al mismo tiempo, lo inmoviliza con la mesa. Hagos agarra la silla. No es muy pesada, y logra golpearle justo cuando vuelve a agarrar su camisa.

La silla golpea el hombro del infectado, haciendo que lo suelte de nuevo. Esta vez, también tropieza hacia un lado. Es suficiente para que Hagos pueda apartar la mesa y salir corriendo, volcando el calentador de la terraza y tropezando con la manguera de jardín. Oye al tipo lanzarse hacia él y siente su mano rozarle la espalda. Luego está en el césped y, por un segundo, está seguro de haberlo conseguido. Marit ha llegado al otro extremo del césped, y su padre sigue devorando a Lili.

Entonces, la pierna de Hagos desaparece debajo de él, y de repente se encuentra boca abajo en el suelo. Intenta levantarse, pero el infectado ha agarrado su tobillo. Hagos pateo y se revuelca. Al mirar hacia atrás, se da cuenta de que es la manguera de jardín que se ha enredado alrededor de su pie. El infectado se ha quedado atrás debido al golpe de la silla, pero ahora se dirige directamente hacia Hagos.

Hagos tira de su pierna con fuerza, pero solo consigue que la manguera apriete más. En su lugar, se sienta e intenta aflojarla.

Es demasiado tarde.

El tipo lo alcanza. Sin perder tiempo, se lanza sobre Hagos, atacándolo con sus dientes y uñas.

Hagos chilla y rueda hacia un lado.

Evita por poco que el tipo le caiga encima. Siente manos que lo buscan, e intenta arrastrarse lejos, pero la maldita manguera lo mantiene retenido, y el tipo tira de su camisa, acercándolo. Hagos lanza su brazo hacia atrás, golpeando al hombre en la cara con su antebrazo.

Entonces, de repente, oye un zumbido cerca de su oído.

Al mirar hacia un lado, ve un robot cortacésped pasar rodando. Sin siquiera pensarlo, Hagos se inclina y lo agarra. Es un modelo pequeño, pero aun así es pesado. Sin embargo, la adrenalina que recorre sus venas lo hace tan fácil de levantar como si estuviera recogiendo un plato. Con la intención de usarlo como escudo, sostiene el cortacésped frente a él, y luego lo lanza contra el hombre justo cuando se arrodilla y se inclina sobre él.

Hay un fuerte sonido de crujidos y salpicaduras, mientras las cuchillas que siguen girando conectan con las manos del hombre. Hagos ve volar cosas en todas direcciones: piel, carne, huesos y sangre. El infectado para por un momento, no porque parezca darse cuenta de que básicamente ha metido ambas manos en una picadora de carne, sino simplemente para tratar de abatir el obstáculo. Trata de agarrar el borde del cortacésped, pero solo queda un muñón ensangrentado y destrozado donde segundos antes estaba su mano.

Hagos encoge su pierna libre y pateo al tipo con fuerza en el pecho. Él cae de espaldas, y Hagos, de nuevo sin pensarlo, como si algún programa primitivo se hubiera apoderado de él, presiona el cortacésped sobre la manguera. Se escucha un fuerte chasquido cuando el caucho se corta... y entonces queda libre.

Por un momento ve que el tipo se ha levantado de nuevo y va hacia él una vez más.

Hagos tira el cortacésped a un lado, se pone de pie y retrocede. El zombi extiende los brazos. Ambas manos se han ido, los huesos son visibles en los muñones roídos. Sin embargo, avanza con la misma determinación.

Es como el Terminator... nunca se detiene...

Hagos gira y corre tras Marit.

Kristoffer tropieza dentro de la cueva, con el pulso retumbando en sus oídos y sus ojos esforzándose por ajustarse a la penumbra.

La imagen de Hans desplomándose, con la parte superior de su cerebro visible donde la bala le abrió el cráneo, sigue destellando en su mente, y las náuseas lo empujan desde dentro, queriendo vaciar su estómago. Sin embargo, el instinto de supervivencia prevalece sobre todo eso, y logra concentrarse únicamente en alejarse lo más posible del tiroteo.

Tiene que encontrar algo con lo que defenderse.

Habiendo perdido su cuchillo, se dirige a los estantes donde vio que Ragnar guardaba diferentes herramientas. Se detiene, tomándose un segundo para escanear la selección. Hay una sierra, una palanca, junto con varios destornilladores. Aunque todas esas son excelentes para el combate cuerpo a cuerpo, ninguna tiene posibilidades contra un rifle militar.

«No llesves una sierra a un tiroteo», piensa, sintiéndose como si estuviera perdiendo la cabeza. Sin embargo, el pensamiento no es una locura. Si el soldado detrás del acantilado dispara a Ragnar y luego entra en la cueva para matar a Kristoffer, quedará atrapado y tendrá que defenderse.

Se arrodilla en el estante inferior, donde ve algo más prometedor: diferentes herramientas accionadas por gas. Hay un taladro, una sierra de calar e incluso una pistola de clavos. Kristoffer agarra esta última junto con uno de los botes de gas.

Solía hacer todas las reparaciones en casa cuando algo se rompía, e incluso construyó el gallinero. Así que no le resulta extraño el uso de herramientas de carpintería, y solo le toma un par de segundos encajar el bote de gas en su lugar. Aunque la pistola de clavos solo contiene clavos de 7 centímetros para marcos, seguramente cumplirán con su papel, siempre que acierte en su objetivo. Nunca ha disparado una pistola de clavos a nada que no fueran tablones de piso y

listones, pero sabe que se puede hacer. Solo necesita liberar el seguro, apuntar y disparar, y cualquiera que esté lo suficientemente cerca recibirá un desagradable...

Kristoffer se congela al darse cuenta del silencio. No se han disparado más tiros desde que entró en la cueva. Esto le indica que el tiroteo afuera o ha terminado o ha llegado a un empate.

«Espero que Ragnar lo haya matado...»

Kristoffer duda, sin saber qué hacer: correr más adentro de la cueva o caminar hacia la entrada para ver quién queda afuera. Así que simplemente se queda quieto, conteniendo la respiración, escuchando cualquier sonido.

Y capta uno. Viene desde atrás.

En un instante, recuerda al tercer soldado, el desarmado con la voz ronca. Las armas resplandecientes hicieron que Kristoffer casi se olvidara de él. ¿A dónde fue? Kristoffer asumió que corrió a cubrirse detrás de los acantilados, pero tal vez en realidad corrió hacia...

Cuando va a girarse, un brazo se desliza alrededor de su cuello y lo atrae hacia atrás.

—Tranquilo, tranquilo —susurra el soldado en su oído. Su voz está tensa y llena de miedo. Kristoffer puede oler el chicle en su aliento: es de cereza o fresa—. No hagas nada estúpido. Tengo un cuchillo. No quiero usarlo, pero lo haré.

Kristoffer siente la hoja fría presionando el costado de su cuello, y se queda absolutamente quieto.

—Está bien —se aclara la garganta—. No estoy haciendo nada.

—Bien, eso es bueno —el soldado mastica ruidosamente y con rapidez, obviamente es un hábito para lidiar con el estrés—. Podemos... aún podemos solucionarlo...

—Claro que podemos —le dice Kristoffer.

—Cállate, no estoy hablando contigo ahora mismo...— El soldado lo jala hacia atrás. —Vamos, ven conmigo... tenemos que... necesito saber qué pasó ahí afuera...

Empujándolo hacia adelante, el soldado usa a Kristoffer como escudo humano. No es muy alto; de hecho, Kristoffer es unos centímetros más alto, y puede esconderse fácilmente detrás de él. Caminan torpemente hacia la entrada de la cueva. La luz del sol es cegadora. Kristoffer entrecierra los ojos. No puede evitar mirar hacia abajo, hacia los cuerpos que yacen allí. Hans y el soldado llamado Lukas murieron ambos por disparos precisos. Se han formado charcos de sangre alrededor de sus cabezas.

—Dios —gime el soldado— Dios mío... le dispararon a Lukas... mierda, esto es malo...

Kristoffer solo se queda allí, rígido como una tabla, consciente del cuchillo en su garganta. Escanea los alrededores, pero no ve a nadie.

—¿Quién hizo esto? —pregunta el soldado, levantando la voz— ¿Quién está ahí fuera?

Kristoffer no está seguro de si se supone que debe responder, así que se queda callado.

—¿Eh?— pregunta el soldado de nuevo, dándole a Kristoffer un rápido sacudón. —
¡Contéstame!

—Me... me dijiste que no hablara— murmura Kristoffer.

—¡Bueno, ahora te estoy diciendo que me digas quién nos disparó!

—Es... mi compañero. Éramos tres, igual que vosotros.

—¿Así que solo es un tipo?

—Sí.

—Y tiene un maldito rifle de francotirador... —Esto suena más como algo que da por hecho, y no una pregunta, pero Kristoffer no responde—. Oh... esto es malo... —Se oye como mastica aún más rápido y ruidoso. —¿Kjell? —grita de repente, y Kristoffer se sobresalta—. Oye, tío, ¿estás ahí afuera?

La voz del soldado resuena por todo el paisaje. Pero no llega ninguna respuesta.

—¿Kjell? —lo intenta de nuevo, aún más fuerte.

—Tu amigo se ha ido.

Kristoffer siente una oleada de esperanza al escuchar la voz de Ragnar. No está gritando, y es difícil decir exactamente cuán lejos está. Kristoffer tampoco puede discernir la dirección, probablemente porque las palabras rebotan en las paredes de la cueva y se mezclan en el eco. El soldado obviamente tampoco puede averiguar desde dónde habla Ragnar, porque mira a su alrededor salvajemente, mientras tira de Kristoffer unos pasos hacia atrás.

—¿Estás bien, Kris?

—Estoy... estoy bien —dice Kristoffer en voz alta, dándose cuenta inmediatamente de que el soldado no le permitió hablar.

—¡Mierda! —sisea el tipo, masticando rápidamente— Mierda, esto es malo...

—Está bien —le dice Kristoffer—. Podemos solucionarlo, como dijiste...

—¿Le disparaste a Kjell? —grita el soldado, dirigiéndose a Ragnar—¿Lo mataste?

—No —responde la voz de Ragnar con calma—. Como acabo de decirte, se fue. Tomó una decisión inteligente, porque lo habría matado si no lo hacía. Igual que te mataré a ti si hieres a mi compañero.

Kristoffer siente una mezcla extraña de alivio, gratitud y tensión creciente. Está contento de que Ragnar esté decidido a ayudarlo, pero no le gusta su enfoque.

—Ragnar, me alegra que estés bien —dice en voz alta, antes de estar siquiera seguro de lo que va a decir—. Pero creo que deberíamos resolver esto sin más violencia. Todos podemos salir de esto tranquilamente.

Gira un poco la cabeza, intentando mirar hacia atrás al soldado. Se arrepiente de inmediato cuando la presión del cuchillo aumenta.

—¡No te muevas!

—Está bien, no lo haré. Solo baja el cuchillo.

—¿Estás loco? —dice el soldado, escupiendo saliva en el oído de Kristoffer. —Me va a volar la cabeza en cuanto lo suelte.

—No lo haré —dice Ragnar, y Kristoffer puede notar de inmediato que está más cerca ahora.

Mirando a través de la meseta, ve a Ragnar salir de detrás de los arbustos. Está sosteniendo el rifle de una manera que parece casual, con el cañón apuntando hacia el suelo. Sin embargo, Kristoffer puede decir que Ragnar está listo para levantarlo y disparar en cualquier segundo, pero trata de hacer que parezca que no es su intención, al levantar la otra mano, mostrando que está vacía.

—¡Detente! —grita el soldado— ¡No te acerques más o le corto el cuello!

Ragnar se detiene, pero dice con una voz tan tranquila que le recuerda a Kristoffer a esos tipos que trabajan como negociadores de rehenes:

—Sabes bien que no lo harás. Porque si lo haces, te mataré de inmediato. Pero Kris tiene razón. No tenemos por qué llegar a eso. Terminemos este pequeño desacuerdo de manera amistosa, ¿vale?

El soldado respira por la nariz, masticando el chicle por estrés. El ruido empieza a poner de los nervios a Kristoffer.

—¿Estás hablando en serio?— pregunta el soldado. —¿Realmente me dejarás vivir si lo suelto?

—Absolutamente— responde Ragnar.

Kristoffer no conoce bien a Ragnar, pero después de haber pasado los últimos días con él, ha empezado a captar ciertos detalles. Kristoffer siempre ha sido algo socialmente torpe, pero al mismo tiempo, es bueno para leer a las personas, especialmente cuando no están siendo sinceras. Es lo que le hizo sospechar antes, cuando trataba de averiguar si Ragnar escondía algo sobre cómo murió Ingrid.

Ahora tiene la sutil sensación de que Ragnar no está diciendo toda la verdad. Está demasiado dispuesto a cooperar.

El soldado parece percibirlo también.

—No confío en ti... ¿cómo podría? Le volaste la cara a mi amigo, y no tengo ni idea de si también mataste a Kjell...

—Cree lo que quieras —dice Ragnar con tono diplomático—. Aun así, esta es tu única oportunidad de salir vivo de esto. Puedes seguir con tu plan actual, y eventualmente tendré que matarte. O puedes soltar el cuchillo, patearlo hacia aquí y te dejaré ir. Dios es mi testigo.

El soldado parece querer creer a Ragnar, pero su sentido común le dice que no lo haga. —Jesús, no puedo creerte —murmura—. Mataste a Lukas... esto es malo... esto es realmente malo...

—Solo empeorará si no bajas ese cuchillo —dice Ragnar—. Mira, daré el primer paso...

—¡No lo hagas! —comienza el soldado, apretando más el agarre sobre Kristoffer, probablemente esperando que Ragnar se acerque más.

Pero Ragnar simplemente se agacha, coloca cuidadosamente el rifle en el suelo rocoso y luego se endereza, con sus rodillas crujiendo.

—Ahí lo tienes —dice, levantando las palmas—. Te toca.

Mientras el soldado parece considerar qué hacer, Ragnar mira a Kristoffer directamente a los ojos y pregunta:

—¿Das Ding aufgeladen?

Kristoffer parpadea. A su cerebro le toma un par de segundos ajustarse al cambio de idioma. Luego responde: —Was... was für ein Ding?

—Die Nagelpistole.

Kristoffer está tan sorprendido por esto que, de no haber estado atrapado en una llave de estrangulamiento, habría mirado hacia abajo. Sin embargo, no necesita hacerlo para darse cuenta de que todavía está sosteniendo la pistola de clavos. Está colgando justo allí, en su mano derecha. Lo había olvidado por completo. Increíblemente, el soldado tampoco se ha dado cuenta.

—Ja, schon —le dice a Ragnar.

—¿Qué estás diciendo? —pregunta el soldado. Por primera vez, ha dejado de masticar— ¿De qué demonios estáis hablando?

—Le estoy diciendo que todo estará bien —responde Ragnar.

—¡Mentira! Dijiste algo sobre una pistola. ¡Tienes otra arma!

Ragnar sonríe.

—No, no la tengo —Se sube la camisa, girando lentamente para mostrar que su cinturón está vacío. Luego se arremanga las mangas. —¿Contento? Ahora, por favor, suelta el cuchillo.

—No puedo hacerlo —dice el soldado— ¡Me dispararás en cuanto lo haga!

—Te dije que no lo haré —dice Ragnar, mirando directamente al soldado mientras agrega—:
Er wird das Messer nicht weglegen. Du musst ihn erschießen.

El corazón de Kristoffer, que ya latía rápido, se acelera aún más. Esto no es lo correcto. Esto está escalando la situación. Pero no puede detenerlo ahora. Tiene miedo de que Ragnar tenga razón. El soldado nunca iba a creerse la mentira de Ragnar. Esto podría muy bien terminar con Kristoffer siendo degollado si no hace lo que Ragnar le pide.

—¡Deja de hablar en alemán! —grita el soldado— ¡Estás intentando engañarme!

—Wenn ich das Wort ‘schießen’ sage —continúa Ragnar con calma—, schießt du ihm einen Nagel ins Knie.

Kristoffer traga un gran nudo en la garganta.

—Gut— Aprieta el agarre sobre la pistola de clavos. Está sudada. Su dedo índice encuentra el gatillo.

—¡Basta! —grita el soldado— ¡Cállate ya! ¡Una palabra más que no entienda, y juro que le corto la maldita oreja a este tipo! ¿Me oyes?

—De acuerdo, de acuerdo —dice Ragnar, levantando los brazos— Paramos.

—¿Qué estabais diciendo? ¡Dime ahora mismo exactamente de qué estabais hablando! ¡Sin más mentiras!

Ragnar baja las manos en un gesto de calma.

—Está bien, de verdad. Solo necesitaba decirle a mi compañero que, en caso de que no salga vivo de esto, fue un honor conocerlo, y que no se ‘schießen’ sienta mal por cómo sucedieron las cosas...

Ragnar desliza la palabra clave de forma tan discreta que Kristoffer casi la pasa por alto.

Actúa antes de poder pensar. Incluso mientras Ragnar sigue hablando, él echa hacia atrás su brazo, presiona la punta de la pistola de clavos contra el costado de la pierna del soldado y aprieta el gatillo con fuerza.

Ella abre los ojos de golpe.

Se incorpora rápidamente y mira a su alrededor.

Siente como si hubiera estado fuera mucho tiempo.

«¿Es así como se siente?» piensa, dándose cuenta, para su sorpresa, de que puede pensar. «¿Es esto ser un zombi?».

Mira sus manos. Su piel no es verde como esperaba. Y lo que es aún más curioso, parece ser capaz de controlar sus movimientos. Gira las manos, abre y cierra los dedos. Reaccionan a su voluntad. No hay espasmos ni sacudidas. Ni siquiera está temblando.

«¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué me siento como yo misma?»

Por un momento, el mundo entero gira sobre su propio eje, haciéndola sentir tan mareada que casi se desmaya de nuevo. Debe de estar muerta, y esto tiene que ser algún tipo de sueño. Tal vez su mente está bloqueando todo, creando su propia realidad reconfortante.

Excepto que no siente que esté soñando. De hecho, se siente más clara de mente ahora que antes de desmayarse. La fiebre obviamente se ha ido también. Su pelo y su ropa siguen húmedos, pero ya no está ardiendo, y la herida en su muñeca tampoco duele. Ni siquiera parece estar infectada.

—Esto no puede ser real —dice Ella. El sonido de su propia voz solo refuerza la impresión de que esto, de hecho, es real. Pero por supuesto, no puede serlo. Está muerta. Murió. Lo recuerda bien.

«Entonces, ¿qué demonios es esto? ¿El purgatorio? ¿Algún tipo de vida después de la muerte? No lo entiendo...»

Se pone de pie. Los músculos de sus piernas, brazos y espalda le indican lo desgastados que están por el esfuerzo que ha hecho desde anoche. Además, su cuerpo está agotado por no haber

dormido toda la noche y por haber luchado contra la infección. Eso también hace que todo parezca más real.

Se mira en el espejo, y eso es lo que finalmente le permite entender todo.

No solo está viva, está perfectamente.

«Lo he logrado», se da cuenta por fin. «He vencido la infección...».

Lo primero que le viene a la mente es llamar a su madre. Darle la buena noticia no solo le traerá un gran alivio, sino que también confirmará de una vez por todas el hecho de que esto es real. Coge su teléfono del suelo, solo para descubrir que se ha quedado sin batería.

—Maldita sea...

Lo guarda en su bolsillo, y cuando se gira hacia la puerta, se da cuenta de los sonidos que han estado allí todo el tiempo: pasos arrastrándose, varios, yendo de un lado a otro. No suena exactamente como si alguien estuviera tratando de abrir la puerta desde el otro lado, lo cual es algo raro. Dado que Ella no se ha convertido en zombi, deberían seguir interesados en ella.

A menos que...

A Ella se le ocurre una idea loca. Una que es simplemente demasiado inverosímil.

Aun así, necesita saberlo con certeza. Así que gira la cerradura y empuja el pomo. Al abrir la puerta a medias, ve a una anciana junto a las ventanas. Está de espaldas, y aún no le ha notado.

Luego, aparece un anciano, que se mueve torpemente alrededor de la puerta para mirarla directamente. Está a punto de cerrar la puerta de golpe de nuevo, pero algo la hace dudar.

El anciano simplemente se queda allí. Sus ojos negros descansan sobre ella por un momento. Su mandíbula se mueve, como si estuviera masticando chicle.

Luego, simplemente sigue caminando, tambaleándose por la habitación para unirse a la anciana junto a las ventanas.

Ella estalla en una risa aguda. No puede evitarlo. El sonido ni siquiera hace que la pareja de zombis se gire. Ya no les importa. Es como si ella no estuviera allí.

—Dios santo —murmura Ella—. Me he vuelto inmune...

* * *

¿Quieres leer las notas de Halgrim y descubrir lo que sucedió?

Consigue la precuela gratuita ahora.

Solo disponible al unirse al boletín de Nick en

nick-clausen.com/draug-es

O continúa con el libro 4:

nick-clausen.com/cada4